

GENIO VASCO

LATXAGA

Prólogo de Antonio Zabala

Versión castellana corregida por

Alvaro Bermejo

INDICE

PROLOGO	PAG. 4
LA CONCIENCIA DE LA PERSONALIDAD VASCA	" 8
LA CASA O EL CERRADO	" 11
EL VASCO NUNCA DEJA DE PENSAR	" 14
DE MARI TXINTXARRI, AL ITZA ITZ	" 16
ALGO QUIERE	" 18
VIGILANDO LA CASA	" 20
VIGILANDO LA PROPIA CABEZA	" 22
LOS LIMITEA DE LA INDEPENDENCIA	" 25
LA TIERRA PARCELADA PARA VIGILARSE MEJOR	" 27
XOMORRERIAS, ASTUCIAS E INTRIGAS	" 29
SIEMPRE PERSISTIR	" 31
LA SOLEDAD DEL VASCO	" 33
DURO DE CABEZA	" 35
EMPEZAR, SEGUIR Y TERMINAR	" 37
EL HIERRO HASTA DENTRO DE LA TIERRA	" 40
A SU MANERA	" 42
DURO DE OIDO DE CORAZON Y DE CONVICCION	" 44
FORTALECER EL PATRIMONIO	" 47
TRAETE ALGO PARA CASA	" 50
LO PRIMERO, EL BIEN DE CASA	" 52
DAR POCO LAS GRACIAS	" 55
NO ENDEUDAR LA CASA	" 58
EVITAR DEJAR DEUDAS	" 61
UN MAL NUESTRO: LA MARRULLERIA	" 63
EL OBRERO A LA CHITA CALLANDO	" 65
TRABAJOS NOCTURNOS	" 67
TE DOY PARA QUE ME DES	" 70
MORCILLAS CON VUELTA	" 72
POR QUE CALLAR	" 74
MIDIENDO AL PROJIMO	" 76
PARA MEDIR, PROVOCAR	" 78
COMO TE HAS REIDO DE EL	" 80
SE IMPONE LA MEDIDA PROPIA	" 82
MEDIRSE EN LA MESA	" 84
MEDIRSE EN EL TRABAJO	" 87
SOY MAS FUERTE QUE TU	" 89
MEDIR PARA DOMINAR	" 92
RISAS DE FIESTA EN EL BIDASOA	" 95
EL BUEN NOMBRE DE LA CASA	" 97
NECESITAMOS A LOS OTROS	" 99
LA FLORACION DE SOCIEDADES	" 102
ASOCIARSE PARA NO PERJUDICARSE	" 104
SABER ESTAR	" 106
ENTEREZA, PACIENCIA Y RESISTENCIA	" 108
SILENCIOS QUE HABLAN	" 111
EN BUSCA DEL CAMINO MEDIO	" 113

CUMPLIR LO PACTADO	“ 116
TODOS SOMOS IGUALES	“ 118
ARRUINANDO LA CASA	“ 120
NIÑOS MALCRIADOS	“ 122
HAY QUE ADELANTARSE	“ 124
FUERZA BRUTA	“ 126
NI PARA MI, NI PARA TI	“ 129
LAS LAGRIMAS DE LA BALLENA DE ZARAUZ	“ 132
DIVIDE Y PERDERAS	“ 135
LA FALSA GRANDEZA DEL ARROGANTE	“ 138
LA OBSTINACION	“ 140
EMPERRADOS DE CINISMO	“ 142
EL ETERNO INSATISFECHO	“ 144
NO TE METAS ENTRE ELLOS CON LA MAKILA ROTA	“ 146
CEGADOS POR LA APUESTA	“ 148
APUESTAS NUEVAS Y VIEJAS	“ 150
POR QUE NOS APASIONA EL JUEGO	“ 152
FUERA DE SI	“ 154
LA LOCURA DE LA FUERZA	“ 157
LA PRUEBA DE BUEYES	“ 159
LA LUCHA DE CARNEROS	“ 162
EL HOMBRE VASCO Y LA APUESTA,	
EN EL ESCRITOR MIGUEL PELAY	“ 164
FRAUDES YFIESTAS	“ 167
HIPOCRITAS Y FALSARIOS	“ 170
EL SEGUNDO Y EL TXO	“ 172
CIMIENTOS DE LA CULTURA VASCA	“ 175
JATORRA	“ 177
ERRIKOIA	“ 179
NO LAS DEJAMOS PARA LUEGO	“ 180
LOS VASCONES Y LOS TOROS	“ 182
EPILOGO	“ 185
AGRADECIMIENTOS	“ 188
BIBLIOGRAFIA	“ 194

A Mariagus y a Justo Azkue

les dedico, agradecido, este libro

PRÓLOGO

El escritor José María San Sebastián, más conocido en el mundo del euskera bajo el seudónimo de Latxaga, nos viene con este nuevo libro que tiene usted en las manos, querido lector. Y es que Latxaga no es hombre nacido para la inactividad, sino ejemplo de empeño y trabajador incansable.

La elección del título del libro, a saber, *Genio Vasco*, no puede ser más apropiada para declarar su contenido. Pretende dar noticia de la personalidad de nuestro pueblo. Pero sin quedarse en lo superficial, sino con la pretensión de dar a la luz lo más secreto de nuestras entrañas. Y es que, justamente ahí, en eso que a menudo no sabe ni uno mismo, es donde se encuentra la raíz última y la clave de la conducta y la actuación del hombre, en simas y penumbras de una profundidad inalcanzable por su sentido y su conciencia. Sin embargo, ahí radican las fuerzas principales de todos nuestros actos.

¿ Y de qué trata pues este nuevo trabajo de Latxaga? No cabe duda de que encuentra su lugar dentro de los géneros del ensayo y el análisis. Pero fuera de eso, no me parece sencillo definir con más precisión este libro, decidir en qué anaquel de los escritos de alcance cultural debe colocarse. Por un lado, en efecto, podríamos decir que es fruto del árbol de la etnología y la antropología, pero por otro lado también tiene mucho de psicología, ya que tal ciencia puede tomar por objeto, además del individuo, también a las comunidades.

En ocasiones, no deja de ser lamentable que todo nuestro empeño y nuestro interés se quede en eso: en el afán de clasificar en un género el trabajo que ha venido a dar a nuestras manos. Por ello, hoy no debemos perder demasiado tiempo en esta cuestión, ya que tenemos asuntos más perentorios de que tratar.

Habremos pues de procurar que tal cosa no suceda con este trabajo del señor Latxaga. Si le hiciéramos la pregunta directamente a él, nos contestaría sin la menor duda que a él la cuestión le importa un bledo.

Creemos en todo caso que es muy fácil expresar lo que se propone: que cada lector, según vaya leyendo las páginas de este libro, empiece a pensar y meditar a fin de aprender y aprehender la esencia de nuestra personalidad y nuestro genio.

Un libro, y más aún cuando es bueno, no es un fin sino un medio. No es una meta sino un punto de partida. No un cuadro sino ventana por donde podemos mirar y estudiar el ancho mundo. Y el lector que lo sea no debe quedarse en lo que diga u opine este libro sino que debiera continuar por el camino que le marca para llegar más lejos.

A mí al menos, según progresaba en la lectura, es lo que me ha sucedido más de una vez: imperceptiblemente levantaba la vista y la dirigía afuera por la ventana hacia las nubes del cielo o las montañas lejanas, y ahí que empezaba a dar vueltas en la cabeza a lo que acababa de entrarme y no lo dejaba un buen rato.

Este nuevo trabajo de Latxaga está bien cimentado en los libros anteriores. Pero no es esa su única fuente. Otra tiene que le ha sido más beneficiosa. ¿Cuál? La de nuestro pueblo. Eso es lo que vemos diáfananamente en estas páginas: que su autor ha pasado innumerables horas en tratos con nuestro pueblo, con los oídos alerta y atentos, prestos a sorprender de sus labios cualquier aparición de un secreto de nuestra personalidad.

No otra es la conducta del cazador. Hay muchos tipos de caza, en efecto; y esta actitud no sólo es útil para abatir la presa, también para conseguir otras muchas piezas de valor, aunque no se usen escopetas.

Podríamos expresar lo mismo de otra forma: aunque este libro tenga, como tiene, mucho de lógica, tiene tanto o más de intuición. Es decir, que las verdades y los criterios profundos e instructivos que vamos a encontrar en él han sido, más que aprendidos por el señor Latxaga en libros o papeles viejos, observados por su sabia pupila en la conducta de nuestros paisanos más

genuinos. Desde sus primeras páginas advertirán que este libro inusual es fruto de una atención muy intensa y prolongada, así como de un amor fuerte, sincero y auténtico. Auténtico, he dicho, queriendo significar que el amor de Latxaga no es falso, ni ciego.

Y es que nuestro pueblo, como todos los pueblos del mundo, tiene naturalmente aspectos buenos y espléndidos, pero también algunos malos y oscuros. A menudo, sin embargo, nos esforzamos por ocultar éstos y ensalzar desmedidamente aquéllos. Es lo que, por llamarlo por su nombre, se llama adulación. Pero de esa manera no nos beneficiamos; antes bien, nos perjudicamos en gran medida.

A decir verdad, recitar el yo pecador no es bueno solo para ir al cielo, sino también para actuar con rectitud en el mundo. No obstante, según le oí una vez al difunto Uztapide entre nosotros lo más corriente es recitar el tú pecador. Lo cual en sí mismo es ya un perfil caracteriológico bastante significativo de los vascos.

Tal vez por ello y en la misma medida, el señor Latxaga ensalza tanto nuestras virtudes como denuncia nuestros defectos. Al hacer esto se nos muestra "*hombre libre*". En la antigua Navarra, que él tanto ama, la nobleza del pueblo de Obanos solía enarbolar el siguiente lema como norte de su comportamiento: "*pro libertate patria gens libera state*". Por la libertad de vuestra patria, sed vosotros hombres libres.

Pero el significado del dicho no se refiere solo a la política, tal y como creemos a menudo. Tiene mucho que ver también con las demás tareas del hombre, y es muy aplicable así mismo al campo de la cultura. Al ser humano se le debe libertad total de formar su opiniones y expresarlas en público. Mientras no llegemos a eso, no podremos decir que nuestro pueblo ha roto todas las cadenas, más aún cuando para decir tal cosa se necesitará también una considerable independencia de criterio y no poco atrevimiento.

A su docta manera, también este libro de Latxaga es un paso en el camino que conduce a ese horizonte. Pero se hace camino al andar. Este no es sino el rastro que han dejado los caminantes que lo han hollado.

Esperemos pues que este sutil sendero que empezamos ahora a abrir se convierta algún día en amplia vía. No en vano, como dice el refrán. *"Lo empezado es ya medio acabado"*

A.Z.

LA CONCIENCIA DE LA PERSONALIDAD VASCA

EUSKAL NORTASUNAREN JAKINTZA

Para vivir en el País Vasco, si queremos conocerlo realmente, el primer paso que debemos dar es éste: "Aprender a vivir con los vascos". Sin saber cómo se comportan los vascos, sin conocer las razones profundas de ese comportamiento, podemos caminar, pero sin norte ni oriente: estamos perdidos, no llegaremos lejos.

El vasco posee muchos rasgos peculiares, y no solamente su lengua o su verbo, sino también una personalidad extremadamente compleja.

Sobre la lengua de los vascos está recogida una información considerable. No sucede lo mismo, sin embargo, en lo que se refiere a la personalidad vasca, y menos aún en aquella ciencia que pudiera vincular genio y carácter, palabras y obras, genio y figura, a la que se ha dado en llamar Metalingüística.

Desde una lectura popular de los preceptos de la Metalingüística y con un propósito que traduzca la erudición en divulgación, busquemos, ni más ni menos, contar cómo son los vascos. En un principio lo hicimos en euskera, hoy no rechazamos el desafío de hacerlo también en castellano, no sólo porque no son pocos los vascos que hablan y escriben en castellano. Si Rioja es la fuente de los vascos, como dije en unos de mis primeros libros, si Berceo hizo nacer juntas a las dos lenguas, juntos habremos de entendernos tanto en euskera como en castellano porque, como dijo un eminente lingüista vasco: "*Erdera ere emengoa da*"; es decir, que el castellano también es de aquí.

En cualquier caso, incluso para los euskaldunes mejor documentados, indagar en una tierra de raíces profundas, no es fácil. Cuesta mucho conocer realmente al vasco. Puede darte buenas sorpresas mientras observas su comportamiento, y de pronto dejarte con la boca abierta ante una respuesta

inaudita o una acción genuina que ni remotamente esperabas. Inmediatamente nos damos cuenta de que, por más ahítos de información que nos consideramos, en realidad, estamos ayunos de saber.

Queremos saber más, y enseguida nos encontramos con otra complejidad añadida a la del carácter, como es la de los tipos vascos, entre los que encontramos notables diferencias: También encontramos grandes diferencias entre los vascos. Algunos resultan ser hombres de una pieza, hechos y derechos, mientras que otros se comportan como niños eternos. Unos dan lecciones incluso con su silencio, otros se muestran ciegos de entendimiento y de palabra incluso a la luz del día.

El discurso aparente por sí solo nos dice bien poco. Debemos mirar más bien al otro discurso que hay detrás de la apariencia. Es por ese camino, el más agreste y penumbroso, el metalingüístico, por donde debemos atrevernos a caminar si verdaderamente queremos aprender: el camino invisible que sustenta al visible, el de la palabra nunca pronunciada bajo la palabra que oímos. De ahí en adelante, sólo cuando sintamos que cada paso que damos se asienta tanto en lo evidente como en lo tácito, entonces podemos creer que hemos encontrado el tronco central de la personalidad vasca. Serán pues esas líneas maestras, regulares en el comportamiento humano, las que nos darán, traducidas a la peculiaridad del carácter vasco, la claves de su personalidad.

Desde la más remota antigüedad, las raíces de la personalidad vasca están relacionadas tanto con su paisaje como por su entorno vivencial y, particularmente, con el caserío.

Hablamos de un tiempo extenso y poroso, antiguo, pero no tan lejano todavía, donde los avatares de la agricultura vertebraban toda la médula caracteriológica y social de una comunidad cerrada. Cuando el caserío y su forma de vida impregnaban hasta los últimos rincones de nuestra existencia: En las competiciones de traineras se pueden ver a menudo mozos de caserío que no saben nadar. No pocas veces encontramos también en las fábricas personas nacidas en los caseríos. La personalidad del vasco es resultante de

la suma de muchas subsociedades, no está determinada por un sólo nacimiento. Todas esas antiguas raíces están relacionadas con el caserío, que es su fuente inagotable.

A menudo hemos visto el mundo del caserío con malos ojos. En casi todas las culturas, la gente de ciudad tiende a despreciar muchas al campesino. Pero nosotros tenemos la suerte de vivir con toda la herencia del caserío en la piel. sabemos que se trata de un mundo más duro que bucólico, si bien esa dureza encierra aspectos muy positivos que son genuinamente nuestros. Por algo solía repetir Elías Martínez de Lecea, con su perspicacia habitual: "El casero de vuestras montañas, comparado a los campesinos de la llanada, tiene otro porte, y otra sabiduría." Es lo que buscamos en este camino ascensional, de la llanura a la montaña y, así mismo, desde el lenguaje llano a las cumbres de su significado: investigar las diversas raíces de la personalidad que se ha desarrollado en este medio, para saber mejor quiénes somos.

A la hora de examinar esa personalidad, no pretenderemos separar lo bueno de lo malo. Mostraremos las cosas como son, y no como quisiéramos que fueran. Los pasos para seguir la historia serán nuestros, pero están abiertos a nuevas investigaciones. Pues nada más lejos de nuestra intención que sentar la última palabra. Más bien al contrario, lo que nos guía es el propósito de abrir una ventana y desbrozar un camino, para que de algún modo comience a hacerse algo de luz en este campo donde toda nueva siembra sea promesa de una nueva cosecha.

LA CASA O EL CERRADO

ETXEA EDO ETSIA

Más allá de su evidente concordancia fonética y semántica, estas dos palabras están profundamente interrelacionadas en el ámbito metalingüístico, tanto que no pueden examinarse por separado. La palabra *etxe* (casa), toma por base la palabra *etsia* (cerrado). El hombre primitivo, para asegurarse la supervivencia, tuvo que empezar a hacer cerrados. Esa palabra *etsi* tenía mucho significado para el hombre primitivo. Tuvo que encontrar refugio en las cuevas y los peñascales le proporcionarían suficiente comodidad para, con sus cerrados, cuidar de su entorno con las mayores garantías.

No debe olvidarse, por otro lado, que el fuego era su más preciado bien. El fuego le proporcionaba de todo: calor con el que confortarse, un hogar donde cocinar sus alimentos, y la mejor arma contra los enemigos. Gracias al fuego, a ese fuego que guardaba entre las cenizas, el hombre pudo sobrevivir en los entornos más adversos a la supervivencia.

Realmente en las cavernas encontrarían no sólo refugio sino también una forma de conservar el fuego; y para conservarlo mejor, lógicamente, tenían que cerrar la entrada. Podemos imaginar que no apartarían la vista del cerrado. El fuego les confería gran poder. Sin fuego lo pasarían mal. Pero con el fuego, *sutondoan*, en torno al fuego, así como calentaban su memoria ancestral, también el futuro se les llenaba de esperanza.

El hombre primitivo, de la misma forma que tendría que cuidar y alimentar su fuego, también cuidaría celosamente de sus rebaños, sobre todo en la época de la reproducción. Para ello sin duda buscaría abrigos naturales, a fin de convertirlos en rediles y apriscos. Alrededor desde luego no faltarían alimañas. No sería fácil proteger a los corderos recién nacidos, y para protegerlos más tuvieron que levantar paramentos en las bocas de las cuevas.

Cortaban varas de avellano, las clavaban con fuerza y profundidad en la tierra, y luego las entreveraban con ramas encajadas y sujetas entre una y otra. Así hacían el cerramiento. Más tarde, para impedir que pasara el viento, enfoscaron los ramajes con arcilla. Poco a poco empezarían a perfeccionar sus cerrados, a revocarlos con arcilla, a hacerlos más sólidos y habitables.

Al final, dejarían las cavernas y construirían viviendas más firmes en las cercanías de los pastizales, en los lugares más adecuados para apacentar sus rebaños. Al paso, las ramas de avellano se convertirían en gruesos troncos de roble con los que alzar grandes vigas, pondrían puertas en las entradas y esparcirían grama y astillas sobre las techumbres. Estas nuevas viviendas, ya despegadas del abrigo natural, eran todavía propiamente cerramientos (etsiak), pero para marcar la diferencia les llamaron "etxea" (casa). El cambio fonético resaltaría el cambio en la forma de vida, con lo que nacería una palabra nueva. La necesidad daba nacimiento a una nueva realidad y el camino seguido es fácil de entender: ibxi-etsi-etxea.

No cabe duda de que esta evolución surgida de una necesidad general, a lo largo de muchas generaciones se impregnó en lo particular de matices sumamente reveladores por lo que se refiere a la personalidad humana. Fue esa necesidad de cerramiento y de construcción de paramentos la que estableció las bases más sólidas del carácter del hombre primitivo y, por supuesto, también de la personalidad vasca.

Es tarea nuestra ahora discernir, detallada y largamente, qué consecuencias tuvo aquello para el hombre vasco. Repentinamente nos vienen a la cabeza dos palabras todavía hoy extremadamente poderosas: pensar y cerrar. El vasco está siempre pensando, y es además de espíritu cerrado. Cuesta siempre mucho abrir el cerco de sus pensamientos profundos.

Ahí radica la raíz de todas las dificultades del vasco. Y es que aprendió, al principio de los tiempos, a hacer cerrados, y al mismo tiempo el espíritu se le fue cerrando. Nuestro propósito es abrirlo tanto como nos lo permita su lengua, para averiguar qué le anda por la cabeza.

EL VASCO NUNCA DEJA DE PENSAR

EUSKALDUNA BETI ASMATZEN

El verbo *pensar-ingeniar* tiene para el vasco un gran significado, y bien importante desde que dio sus primeros pasos sobre la tierra. En efecto: así como el *Ingenioso Hidalgo*, el vasco de los orígenes siempre tenía que andar ingeniando dónde y cuándo haría sus cerrados. Los entornos hostiles, las amenazas de toda índole, la vulnerabilidad personal y del grupo, en suma, las dificultades, eran el horizonte cotidiano y continuo para el hombre primitivo. Por ellas esforzaba su ingenio y pensaba día y noche. De día, mientras vigilaba su casa, su tierra y su ganado. De noche, frente al fuego, incluso cavilando cómo y en qué utilizar ese fuego. No bien se quedaba solo, al punto le aparecía esa necesidad de pensar, de ingeniárselas de un modo u otro, como una ayuda para él. No cesa en la búsqueda de pensamientos útiles que le definan tanto a él como a su territorio.

En las más simples ocasiones de saludo que le surgen diariamente, nuestro casero nunca cesa de pensar cómo dar sus respuestas. Desea establecer los problemas en formulaciones firmes. El abuelo entrado en años dice: "Buenos días, parece que viene tormenta, así que habrá que recoger las hierbas para dar de comer a las bestias".

En esta pretensión de matizar cualquier frase, siempre está pensando con no poco ingenio cómo usar bien las palabras. Modesto Arana, hermano soltero del caserío Unsalu me dijo una vez: "¿ El altar tiene buen aspecto ?... Claro, porque para que lo tenga hay que trabajar".

Cuando empieza a hablar, el vasco mide mucho sus palabras, y también el tono de su respuesta. Tan pronto como te abre sus cerrados mentales, no vacila en cerrarlos por medio de mil y una sutilezas verbales. Y así sucede que hasta el saludo que te dirija está bien pensado de antemano.

Muestra claramente por medio de sus bien meditadas respuestas que tiene la cabeza en su sitio. El vasco es un gran pensador, ingenioso hidalgo a su manera, pero siempre con los pies sobre la tierra.

Esta es, a su entender, la base de la vida: "Sólo vale lo que yo pienso". Por eso quiere dar efecto a lo que ha pensado. De ahí nace una ética que afecta tanto al presente como a todos sus posibles futuros. Debe de ser eso lo que significa este dicho en uso en Azpeitia: "Geurok asmatu eta geurok irentsi" "Nosotros lo ingeniamos y nosotros lo tragamos" (es decir, algo parecido al castellano "nosotros nos lo guisamos y nosotros nos lo comemos").

Ahora podemos entender por qué al vasco le gusta tanto jugar al mus. En cuanto tiene un momento para descansar entre amigos, saca las cartas y empieza a jugar al mus. Ya sea en pueblos grandes o en pequeños, hora tras hora, no paran de jugar al mus. ¿Por qué al mus? Pues porque hay que pensar mucho: que si qué juego habrá en las cartas, por dónde le saldrá el compañero que tiene delante. Si no lo piensa bien, sabe que está perdido.

Si quiere ganar ha de esforzarse en acertar. Es esa tensión de pensamiento lo que verdaderamente le gusta al vasco. No es casual que el último verbo que usaron los vascos cuando perdieron su lengua en la Rioja fue el verbo pensar-ingeniar (*asmatu*): no querían perderlo. El escritor Gonzalo de Berceo, en el siglo XII, lo usa al escribir castellano, junto a muchas otras palabras vascas, treinta en total. Y la que más usa es el verbo "asmar, asmando". Ocurre ochenta veces. No querían dejar que se perdiese. Se ve que les gustaba. Para ellos era muy importante.

Y es que para los vascos la palabra pensar era la raíz de todas las tareas: lo que se ha convertido en comportamiento diario, la fuente del futuro y también la clave del juego. No entiende la vida sino como una prueba de ingenio donde sólo gana quien más y mejor piensa.

DE MARI TXINTXARRI, AL ITZA ITZ

MARI TXINTXARRI GAIZKI IKUSIA

Mari Txintxarri, es decir, "La Cencerros" llamaban a una chica de ciudad que solía contar a gritos bien poco discretos las noticias del barrio. Ya con el mote que le pusieron, los vecinos estaban diciendo lo que pensaban de ella. Y es que al vasco no le gustan los charlatanes, y menos aún los que abren con tanta generosidad puertas que no son las suyas.

El carácter vasco es cerrado, casi hermético. No es sólo que haga cerrados para sus animales: en ese trabajo suyo constante e incesante, se le cierra además el espíritu. Quiere tener su personalidad a buen recaudo. Por más que se reconcoma por dentro, no ha de mostrar en que está pensando. Así decía Modesto el de Unsalu: "Nadie quiere que se vea lo que es."

En cierta ocasión los hombres del pueblo empezaron a hablar después de una buena comida en un restaurante: "Este año no ha salido ni una manzana ¡Qué desgracia!" Pero no decían que en sus establos tenían unas terneras espléndidas y que eran millonarios. Sin darse cuenta, estaban levantando cerramientos para no dejarse ver.

Es difícil conocer a quien cierra así su espíritu. Esa es la mayor dificultad: "saber qué lleva cociéndose por dentro". Si puede quedarse callado en vez de hablar, tanto mejor. No les cuesta poco esfuerzo a los vascos ocultar su personalidad.

Tampoco puede negarse que su vida interior es rica. Igual que guarda manzanas en el desván, guarda sus pensamientos en los más hondo de sus entrañas. Allí se le fermentan en continua maceración los que tiene por delante con los que le vienen por detrás. Todos caben en esa inmensa estancia secreta, y ahí los andará para arriba y para abajo en su cabeza. Incluso cuando los tiene bien meditados, falta todavía encontrar la ocasión más oportuna para darles cuerpo de la mejor manera.

Sería en vano querer abrir a la fuerza ese arcón enorme del vasco. Sería además ofenderlo. El vasco, en efecto, tiene muy sensible la piel de la personalidad. La apariencia externa del vasco no significa de por sí gran cosa. Puede ser un hombre ancho de espaldas, duro como una piedra en su envoltura aparente, y sin embargo albergar en su interior un carácter extremadamente susceptible y vulnerable. Si se le intenta forzar se cerrará y ya no podrás saber quién es. Lo perderás para siempre.

Y si lo acosas conseguirás todavía menos. Para saber quién es el vasco, hay que proceder muy despacio. Lo mejor es dejarse llevar por su paso , al menos, cuando entramos en su camino. Entonces sí, entonces es posible que consigas así mismo penetrar en su interior.

Al vasco le cuesta empeñar su palabra de antemano. A una con la palabra le parece que te cede su persona. En cierto modo, la clave de la personalidad del vasco se refleja en este dicho: "Itza itz " ; es decir, cuidado, porque "La palabra es la palabra". Imbuida con ese aura de respeto a lo que significa y a lo que compromete, la palabra se nos presenta como un producto del aliento que vincula hasta lo más profundo, tanto a la personalidad como a la responsabilidad de quien la dice.

Avaro de sus palabras, porque es muy consciente de cuánto le comprometen, muchas veces cuesta mucho adivinar la intención del vasco, incluso saber qué necesita. El vasco está esperando a que lo adivines. Espera que alguien acierte con la necesidad que siente por dentro. "Vosotros sí que estáis bien con la carretera; a ver si a nosotros nos la hace alguien..." nos decía una abuela.

La personalidad del vasco es esa entraña interna amplia y honda: un mundo interior sin límites, con una entrada sumamente estrecha, y una salida que cuesta mucho localizar. Si intentas forzarla todo será en vano, sólo verás el grueso muro. Tienes que aprender a esperar para abrir esa puerta. Si le apremias nunca conseguirás su conformidad. Tan cierto como que de la prisa sólo se saca el cansancio.

ALGO QUIERE

ZERBAITEN BILLA

Los vascos tienen a menudo en la punta de la lengua una coletilla inefable: "Zerbaiten billa ibilliko dek ori", es decir: "Algo quiere ése". Como son gente cerrada y se guardan sus cosas dentro, muchas veces acaban por ser desconfiados. Voy a contar tres anécdotas para ilustrarlo. Las tres me las contaron en un barrio de San Sebastián.

Una vez, cerca de la casa de un médico vivía un casero. El tal médico tenía un garaje y todos los días tenía que sacar el coche para ir a trabajar. Para dejarlo como es debido, entraba en el garaje marcha atrás. pero como el camino era muy estrecho tenía que andar haciendo maniobras y un entrante de la huerta le impedía hacerlo con facilidad. Ese trozo de huerta era, naturalmente, del casero. El médico decidió, pues, comprarle el trozo de huerta y se fue a hablar con él. estuvo con él muchas veces pero el casero se negó siempre a venderle la tierra. Murió el casero y el médico entonces fue a ver a su hijo. Le preguntó directamente: "¿Por qué tu padre nunca me quiso vender ese trozo de huerta?" Y ésta fue la respuesta: "siempre decía: "Algo quiere ese. Pero ¿qué querrá?" El médico le repetía siempre sus razones, pero el casero era esclavo de su desconfianza.

Segunda anécdota. Una mujer enviudó en una casa aislada. sufría de palpitaciones y el médico, para ayudarla, le dijo: "le vendría bien tener teléfono para llamar a los vecinos de vez en cuando." "¿Llamarles? ¿Para qué? Si no hay quien se fie de ellos", le contestó. No hace falta más para ilustrar qué ambiente había en aquel barrio.

Tercera anécdota: A un casero, un deudor suyo le dio un pagaré a cuenta de una deuda. En el pagaré se leía: "hago entrega de tres mil pesetas". El casero, después de leerlo atentamente le dijo: "Aquí tiene que poner *haré entrega*, que yo todavía no he recibido nada".

Si alguna vez, con toda tu buena voluntad, le ofreces ayuda a un vasco, a menudo se preguntará: "¿Qué querrá éste?", y te dirá que no. Esta forma de ser, ¿ será exclusiva de los que viven en los caseríos más apartados o, por el contrario, cabría calificarla como un rasgo de carácter generalizado ? Desde luego, indicios de este rasgo de nuestra personalidad se encuentran en todas partes y, a mi modo de ver, se remontan hasta el tiempo de los orígenes. Un día los vascos empezaron a hacer cerramientos, y ahora cuesta mucho cerrar y abrir la entrada de su personalidad.

Tanto como lo previo, no deja de ser significativo el hecho mismo de que al vasco le guste vivir en soledad. A unos la soledad les hace vulnerables, a otros egoístas, a unos los debilita, a otros los quiebra. Pero, sin duda, quienes llegan a amarla son los que mejor conocen las claves del hombre y de la vida. En su casa y en su corazón viven en calma, tal vez porque han aprendido a plantar cara a todas las tormentas.

Haciendo un poco de fisionomía, hasta podemos leer esa conclusión en los rostros de algunos de nuestros vecinos. En torno a la boca y a los ojos veremos cómo se les han formado pliegues como nudos sobre la piel. Los cerramientos del alma se le manifiestan en los nudos del rostro. Cada nudo corresponde a un cierre. La esencia escultórica del vasco, si es que tiene una definida, reside en esos rostros labrados en piedra y trabajados nudo a nudo hasta la raíz del alma. No hay más que ver las caras de los abuelos de Zubiaurre y Arrúe: Llevan esculpida en la cara la señal del cerramiento. Después de haber vigilado tantos cierres y cercados, no es de extrañar que sean desconfiados. Basta con estudiar surco a surco ese profundo lenguaje de su rostro para entenderlo.

VIGILANDO LA CASA

ETXEA ZAINTZEN

La necesidad de vigilar su casa le da muchos quebraderos de cabeza al vasco. No ha dejado de vigilar durante siglos. Cuando se levanta sólo piensa en una cosa: no perder de vista su casa.

Una casa no la hacen sólo cuatro paredes; el caserío lo componen muchas dependencias. Y los alrededores de la casa están relacionados con muchos entornos: los pastos, los bosques y las aguas, por lo menos. El vasco mira por las rendijas de su casa a ver quién viene. Y es que, así como el lenguaje oculta un metalenguaje, las ventanas reales de un caserío no son las que vemos, sino las rendijas por las que nos ven sin que les veamos.

Si vemos a un vasco muy de mañana subir y bajar la cuesta, a no dudar, cuando va de frente, no le quita ojo a la casa, e incluso cuando la deja atrás. Cuando nadie lo mira desde las zarzas, vuelve la mirada a la casa. Sin hacer ruido, sin decir nada, acecha. Al niño, desde muy pequeño ya le enseñan a vigilar la casa, a no dejar las ventanas abiertas, a cerrar la puertas, a saber al lado de quién está, a preguntar al extraño qué quiere, a no dejar pasar adentro a los desconocidos, a apagar bien el fuego, y, cuando no están los padres, a hablar poco.

Esta vigilancia de la casa da mucho trabajo: hay que mantener los pastos impecables, el agua limpia, los bosques cuidados y la casa bien informada de las noticias del mercado. Para cumplir con todo eso, es preciso y prioritario estar siempre alerta.

Y tal como sabe vigilar bien su casa, así también el vasco vigila la plaza del pueblo. Además de al frente, parece que sus ojos pueden mirar también hacia los lados, y, si las circunstancias le exigen ese imponderable, incluso hacia atrás.

Para entender de qué forma un vasco controla y vigila todo lo que pasa en una plaza, conviene acercarse a su medio un día de feria. Se puede ver especialmente bien si llueve: cada cual con su paraguas sobre la cabeza, bien tapado, con los ojos alerta, vivaces, la mirada penetrante, sin perder un ápice de nada. Ahí van José "el lento" y Miguel "el rápido", ojeando ahora una vaca, luego una ternera... En esa plaza, sobre las copas de los árboles, no moverá un pájaro una rama sin que lo vean muchos ojos. No entrará un perro sin que se sepa de quién es. No se ve cabeza alguna, están todas bien tapadas, pero sí se ven bien los ojos que trabajan, siempre a cubierto.

Ahora bien, esta vigilancia obsesiva, ¿hasta dónde llega?

VIGILANDO LA PROPIA CABEZA

BERE BURUA ZAINZEN

El vasco ha aprendido a vigilar no sólo su casa, sino también a sí mismo. Sabe como nadie proteger su independencia. Más allá de la que proyecta sobre sus ojos su propia txapela, teme que otro le haga sombra a sus pasos. De ahí le viene que no quiera que nadie sepa lo que le pasa por la cabeza. A menudo nuestros caseros sí, por ejemplo, han vendido mal una vaca, no le dicen nada a la mujer: ni palabra. De la misma forma, otro es capaz de no decirle a su mejor amigo que su mujer todos los días se va a jugar dinero. El casero a menudo no quiere que se le note lo que está pensando.

Martín de Txuñeberri, por ejemplo, me decía: "Le da miedo que se queden a la vista sus opiniones y su comportamiento. En la feria de Tolosa nunca verás un trato hecho delante de todos. En la de Torrelavega (Santander), en cambio, los hacen a la vista de todos."

Y ¿por qué guardar el secreto de esas cosas? Alguna explicación tendrá. Yo sólo le encuentro una: precisamente esa costumbre que tenemos de vigilarnos a nosotros mismos. Esa necesidad de esconderlo todo, bien adentro, para mantenerlo en secreto, es un fenómeno que se manifiesta en los planos más insólitos de la vida. Cuando menos te lo esperas te sorprende un ejemplo.

En otra ocasión, Martín de Txuñeberri estaba examinando el caso de alguien: "Ese debe de haber andado preguntando a la gente su opinión", pero no dice por dónde ha ido a buscarla.

Las conversaciones entre nosotros suelen desarrollarse a menudo en este tono: En la sequía escondemos las fuentes; contamos el recorrido, pero no decimos dónde está el camino. La cosa es no decir ni revelar lo que cada cual sabe. Si el conocimiento es un valor, el vasco siempre cree que puede sacar provecho no sólo de lo que el otro no sabe, sino también de lo que el

otro quiere saber de él. Llegado el caso de tener que contar, siempre serán las palabras justas y ni una más. Si alguien comienza a tirar del hilo, que no insista tanto como para que quede a la luz el volumen de la madeja. Hay que vigilar y vigilarse. Es decir, no responder más de la cuenta, pero, así mismo, por lo que se refiere a quien pregunta, saber preguntar.

Para que no se vea qué camino trae, incluso las preguntas, en vez de hacerlas directamente, el vasco las hace sesgadas, atacando el asunto siempre por el costado, como en escorzo y nunca de frente. Procura obtener la respuesta que necesita más por lo que no pregunta que por lo que pregunta, una vez más por el metalenguaje, construyendo así un lacónico y a un tiempo barroco juego de circunloquios. Tanto más desconcertante cuanto que quienes ejercen esta curiosa diplomacia pueden ser unos en apariencia simples caseros sin formación alguna. Y tan extremado que, en ocasiones, ni siquiera con las preguntas más abiertas declaran abiertamente qué quieren saber.

Ha aprendido, y en eso es un maestro, a dar respuestas que no revelen nada de sí mismo. Pongamos un ejemplo. Dice uno: "¿Qué? ¿Había mucha gente en la fiesta de la matanza?" La respuesta merece la pena: "Como siempre". Y ahora expliquemos el ejemplo: probablemente, quien pregunta por la gente que habla en esa fiesta sólo quería saber si estaba quien debiera o no debiera haber estado. En consecuencia, para no traicionarse, su interlocutor elige la única respuesta que no dice nada sin que parezca que haya intencionalidad alguna en ella cuando, en realidad, toda ella oculta una evidente intencionalidad: tengo la información que buscas, pero, por si acaso, a ti no te la diré. ¿ Por qué ? Porque el vasco no vigila para otro, sino para sí mismo.

De hecho, sentimos la necesidad de vigilarnos incluso cuando estamos como quien dice en familia. Por las muestras se colige lo lejos que se puede llegar por este camino.

El vasco no quiere que se vea lo que le pasa por la cabeza, y para no revelar su pensamiento, se guarece en el lugar común: el "dicen" que cierra todas las implicaciones del "yo digo". Esa ambigüedad calculada es el medio

que utiliza para no comprometerse demasiado, ni con su propia palabra ni con la de los demás.

LOS LÍMITES DE LA INDEPENDENCIA

BURUJABETZAREN MUGAK

Nuestro casero, en su afán de vigilarse, muchas veces pierde a conciencia. Otro tanto le sucede al vasco: no le importa tanto perder, siempre que su independencia de carácter salga indemne de esa derrota.

Una buena muestra de esto me la ofreció un joven de Basaburúa (Navarra), a cuenta de un suceso acaecido en su pueblo. Contaba que los amos de cinco casas fueron a una feria a vender sendas vacas. Los cinco hicieron mala venta. Después de vender las vacas estuvieron juntos conversando y contándose noticias del lugar, y después siguieron bebiendo vino hasta el anochecer. No hubo asunto del pueblo que no removieran... Sólo dejaron un tema deliberadamente en el tintero: Que habían vendido sus vacas... mal. Se fueron cada cual a su casa y se quedaron sin saber qué precio habían sacado los demás por su ganado. Uno lo callaba, y los otros le imitaban, los cinco hicieron lo mismo. Todos querían saberlo, pero no acertaban a preguntarlo y cada cual por su lado se dejaba la piel para no contar su mala venta. Quería saber la de los otros pero se agarraba a no contar la suya. Y como todos eran grandes maestros en ese arte, todos volvieron a casa sin saber nada. ¿Qué conseguían con su actuación? Ciertamente, una notable ganancia en lo que se refiere a la independencia de su carácter, pero, así mismo, una enorme pérdida para todos. El único que ganaba era el comprador. Él sí que sabía a cuánto había comprado la vaca a los otros. Y esa información produjo la ganancia de unos y la pérdida de otros. De donde se deduce que, en ocasiones, no es conveniente ni beneficioso callarlo todo.

Si los caseros se callan, no pueden acertar con la tarifa justa y usual a la que podrían atenerse para vender sus vacas. Sólo saben lo que les dicen, y

el comprador campa por sus respetos, mientras que el casero va en retirada. Por eso no hay que callarse en las cosas necesarias: hay que juntarse, hablar, decir las cosas claramente, mostrarse inflexible... Es lo propio.

Ese comportamiento de los caseros es algo que también sucede a otros muchos. En otro tiempo, cuando las cosas empezaron a ir mal en las fábricas, por lo común resultaba difícil que dos vascos se reunieran para analizar los porqués. resulta que no son capaces de juntarse para intercambiar información. A veces los pescadores tienen problemas tremendos en su trabajo, pero hasta fechas recientes no eran capaces de confesar sus dificultades, tal vez temiendo que la nave se les fuera a pique lastrada por el peso de ese ejercicio de sinceridad individual y colectiva que entendían como una confesión de debilidad.

¿No nos sucede lo mismo en los partidos políticos vascos? De un tiempo a esta parte, desde luego, desde bastantes años atrás, todos parecen tener claro que una violenta tormenta se cierne sobre el futuro de este país. Sin embargo no son capaces de juntarse y ceder parte de lo propio hasta encontrar una solución que sea buena para todos. Cada cual quiere preservar su cuota de independencia de criterio y, en todo caso, imponer sus opiniones a los demás, creyendo que lo que es bueno para uno ha de serlo para todos o, peor aún, guardándose lo bueno sólo para sí mismo.

El cerrarse dentro de uno mismo puede ser una buena táctica para sobrevivir, pero cuando se trata de vivir en común, la independencia, aunque sea necesaria, ha de tener sus límites. Hay que ser capaces en su momento de poner las cartas sobre la mesa y de hablar claro, sobre todo cuando de esa actuación puede derivarse el bien de muchos.

LA TIERRA PARCELADA, PARA VIGILARSE MEJOR

LUR ZAITIAK ELKAR ZAINZEKO

Cuando uno mira nuestros montes y nuestras tierras, es fácil percatarse de que la propiedad está muy parcelada. Junto a la casa Berrospe se encuentran unos campos con cebada, donde veremos trabajar a gente de dos o tres casas. Miremos ahora a los pastos: lo mismo. Sobre la mansa espalda de aquella loma "hacen hierba" cuatro casas, una junto a la otra, y cuando llega el tiempo, ahí estarán trabajando varias familias. Unas cortan la hierba, otras la extienden, otras la están cargando. Parece que intentan ganar un concurso. ¿ Por qué ? Porque como hacen su trabajo unos junto a otros, quedan inmediatamente a la vista de los demás.

Lo mismo podemos decir de los bosques: ahí tiene uno sus alisos junto al robledal del otro, el hayedo contiguo es de otro dueño, y los nogales de más allá pertenecen otro. Y lo que sucede en los prados y en los bosques, por supuesto, resulta extensivo a las aguas: cada propiedad tiene su fuente aguas arriba de la casa. Cuando eso no es posible, entonces dos o tres casas toman agua de la misma fuente, pero cada una hace su propia acequia. Y siempre el agua de la fuente está bien vigilada en todo su recorrido.

Este fenómeno se echa de ver, miremos a donde miremos, tanto en los pueblos grandes como en los pequeños, ya sea en Gainza, Elduayen o Gaztelu. A semejanza de nuestra manera de vivir y de pensar, en Euskal-Herria tenemos la tierra muy parcelada.

Desde el comienzo de este trabajo, quería encontrar algún indicio revelador para averiguar con seguridad el origen y raíz de este hecho. Quería descubrir por qué sucede eso. Y en mis pesquisas sobre el particular, me di cuenta de que no sólo yo sino muchos otros estaban preocupados por la misma pregunta. Cuando les revelé mi curiosidad a algunos, un casero sabio

de la orilla del Oria, hombre de muchas luces, me dio la respuesta: "En Gaztelu, Lizartza y Oreja, la razón de la parcelación de la tierra es poder vigilarnos mejor". No cabe respuesta mejor. "Parcelación" ("*Lur zaitiak* ") y "vigilar al prójimo" ("*Elkar zaintzeak*"), vienen a ser sinónimos. Ya hemos dicho que el afán por vigilarnos es muy nuestro. Pero la relación que guarda con la intensa parcelación de la tierra nos parece un penetrante atisbo de la mentalidad popular. Esto no es algo que haya surgido así en cierta ocasión, sino un fenómeno que hemos estudiado con ahínco durante muchos años. Así es como la verdad acaba por aflorar.

"*Besteak zaintzen*", Vigilar al otro. Bien sabía nuestro casero qué significa eso. De ahí se sigue claramente que la parcelación de la tierra cumplía también esa notable función de vigilancia mutua.

XOMORRERÍAS, ASTUCIAS E INTRIGAS

XOMORKERIAK

A veces, del vasco ingenioso al vasco intrigante sólo hay un paso, y, desde luego, por algo será si una sola palabra nuestra, "xomorkeri", abarca tantos y tan negativos significados entre nosotros: lo que van de la intriga a la trampa, de la astucia a la trapecería, del engaño a engañarse a uno mismo. Tanto es así que, incluso entre los vascos no euskaldunes, el término ha acabado por aceptarse tal como suena, "xomorrería", para definir esa peculiaridad de nuestro carácter tan genuina que escapa a toda traducción.

Es el afán de vigilancia mutua el que produce la extensión de este mal tan extendido en el País Vasco: los que siguen esa manía obsesiva de vigilar lo propio y vigilar a los demás, tarde o temprano acaban incurriendo en el exceso de tramar continuamente intrigas y astucias para conseguir de un modo taimado y no confesado, sus no siempre confesables fines.

Este defecto está relacionado además con otros de la personalidad vasca, por ejemplo, con ese según el cual sólo vale y sólo se acepta como pauta de conducta la propia. Muchas veces en las casa incitan a los niños en ese sentido, para que se enteren de cómo viven los demás en sus casas. Las personas adultas bien saben que los niños, entre juegos y recados, se meten en todas partes, y el querer saber de la vida ajena por medio de los niños es el principio de la "xomorrería"; es decir, el de esa pasión por la astucia y la intriga que comienza por la curiosidad y que puede acabar en la más absoluta miseria moral.

Curiosamente, esa iniciación a la vigilancia de los demás, suele correr paralela al celo por lo propio. Y así, tanto como lo previo, también es muy habitual decirles a los niños: "No andéis por ahí contando que si en casa coméis tal cosa o que si la madre compra la comida no sé dónde." Este

comportamiento tiene su lógica, pues, en verdad, nadie vigilará mejor a los otros que quien sabe vigilarse a sí mismo. Claro que, con semejante escuela, no es de extrañar que luego niños y mayores se aficionen a mirar por entre las rendijas y las zarzas, como cazadores al acecho, para averiguar qué hacen los demás.

Como tantas otras actitudes heredadas, este exceso de celo ha pasado del campo a la ciudad hasta impregnar todos los estamentos de nuestra sociedad, incluido, por supuesto, el de los escritores vascos más renombrados. En cierta ocasión fui testigo de un coloquio entre dos literatos no sólo conocidos, sino que entre ellos también se conocían sobradamente. El primero, sin apearse de una sonrisa de lo más jovial, no dejaba de interrogar al segundo con la intención de enterarse de cierto asunto importante, pero como si para él no lo fuera. Cansado de su insistencia, al final aquél acabó por contarle aquello que tanto le interesaba. Pues bien, al día siguiente hete aquí que la noticia aparece publicada en los periódicos, pero presentada por el primero como un hallazgo propio y sin mencionar para nada su fuente, callando el nombre de su informante. Es cosa muy habitual entre escritores vascos: decir las cosas sin mencionar la fuente o el informante, sabiendo perfectamente quiénes son. Les parece que si mencionan su fuente, además de prestigio pierden independencia. Se les antoja que mencionar al prójimo es denigrarse. Y así es como su orgullo se alimenta con ese miedo.

El "xomorro" que queda en evidencia cuando se descubre su acción, el pasarse de listo por exceso de astucia, es un mal muy arraigado entre nosotros. Sólo existe un remedio que lo cure: la nobleza de un comportamiento leal. Ciertamente, no nos parece tarea fácil. Pero el único camino posible para curar un mal comienza con un buen diagnóstico. Si hay en nosotros una voluntad de curarnos de esa enfermedad, será también dentro de nosotros de dónde surgirá el remedio más adecuado.

SIEMPRE PERSISTIR

BETI IRAUN

"Iraun", persistir, es un verbo cargado de significado para el vasco. En él se encierra una peculiaridad esencial de su carácter.

El pastor, en el silencio de la montaña, cuando viene nieve, cuando el granizo le azota la cara, en las noches de niebla, en los días húmedos, sin nadie que le haga compañía, en los crepúsculos enrojecidos y gélidos, asustado o tranquilo, "*iraun*", persiste.

El pescador, en su barca estrecha y frágil, con el rostro quemado por el sol, cuando el mar se encrespa, con las piernas que le tiemblan, con el cuerpo agitado, rodeado de monstruos espantosos, con la tos quemándole la entraña, soportando el embate del viento, "*iraun*", persiste.

En América, en aquellos páramos espantosos, con el oso negro por vecino y compañero, pisando a cada paso serpientes venenosas, conduciendo ante sí su enorme rebaño, perseguido por el astuto coyote, rodeado por hombres extraños de piel rojiza que le miran aviesos, trabajando durante semanas interminables hasta que empieza a alargarse el día, en medio de todo eso, el vasco, "*iraun*", persiste.

Mientras el hombre trabaja la tierra, la mujer vasca nunca deja de hacer algo: limpiar la casa, vigilar el fuego, el de la chimenea y el de arriba, hacer la colada, escardar la huerta, echar de comer a los cerdos, recoger los huevos. Las tareas de siempre a las que se une, por antonomasia, la responsabilidad de formar a sus hijos, muchas veces en medios difíciles. sabe que, llegado el caso, habrá de parir sola, que ella es el puntal de la familia, la que habrá de ordenar la vida y hasta la muerte. Su tarea es enorme y, sin embargo, no le pasa por la cabeza ceder: también ella, "*iraun*", persevera, siempre persiste.

Una vez más, del medio rural al urbano, también fue una mujer, Elvira Zipitria, quien asumió la responsabilidad de que perviviera otra casa común, como lo es nuestra lengua, cuando las ikastolas se movían en márgenes de clandestinidad. Consciente de que la única lengua oficial era el castellano, consciente así mismo de los riesgos que corría y mientras muchas mentes ilustres no se atrevían a dar ese paso, ella asumió el desafío de enseñar euskera a los niños, sola, alimentándose de su propia fortaleza y conjugando en todos sus tiempos el verbo "*iraun*", persistir como había persistido, siempre persistente.

Algo similar sucedió con el Gobierno Vasco en el exilio: perdió la guerra, sus amigos lo abandonaron, lo dejaron solo, no podía dar un paso sin tropezarse con todos los impedimentos, no tenía quien le ayudara, y sin embargo, "*iraun*", persistió.

Esa tendencia a persistir tiene profundísimas raíces en la personalidad vasca. No sólo ha producido hombres y mujeres de gran carácter, también es nuestro mejor puente semántico para enlazar el deber con la dificultad.

"Si debes puedes", decía el filósofo Immanuel Kant. Sin persistencia no hay verdadera personalidad vasca.

LA SOLEDAD DEL VASCO

EUSKALDUNAREN BAKARDADEA

Con su mera sonoridad, la persistencia del "iraun", nos habla de cuánto pesa esta palabra sobre la personalidad vasca, sobre todo cuando quien la pronuncia vive en soledad.

Es el entorno el que genera las voces del verbo y la palabra: recoge sobre sí la materia de la vida. Y quien la ejerce, obra en consecuencia: no le gusta que su trabajo se lo resuelva otro, no quiere hacer las cosas como dicte la opinión, sino según su más privado criterio. Por eso procurará hacerlas en solitario. Está acostumbrado a esa soledad, no le resulta molesta. El vasco es un hombre forjado en la soledad durante largas horas, durante días y meses enteros, hablando en propiedad, durante siglos. Para bien o para mal, en la soledad se encuentra en su elemento. De ahí le surge esa tendencia a estar siempre dándole vueltas a todos sus pensamientos, urdiendo astucias, maquinando intrigas, pero también construyendo una filosofía de la vida a su más exclusiva medida.

Bien sabe lo que es el silencio y todo lo que acecha dentro de él. Es su ambiente vital, la música callada de su soledad. De hecho, en tiempos de confusión busca a los dos, silencio y soledad, para alzarse sobre sí mismo como si regresara al útero materno para renacer. Cerrado una vez más, "utsia". Casa placentaria, "etsia". Y junto a él, dándole forma y arquitectura a esa medida propia, el caserío rodeado de tierras o de bosque, la borda subida en los pastizales del monte, los barcos alzando su proa entre las olas enfurecidas, los pastores que nunca mezclan sus rebaños, y en suma siempre el vasco individualista a ultranza, labrándose sólo su propio camino y su propio destino.

Telesforo de Aranzadi lo vio hace mucho tiempo: la soledad de la personalidad vasca tiene mucho que ver, decía, con el modo de vida disperso:

"La soledad o los lazos con los demás, han contribuido mucho a que aumentaran o disminuyeran los caminos... Lo mismo sucede con la personalidad vasca."¹

Es el entorno y la dinámica doméstica diaria los que conforman a nuestro hombre. Este fenómeno podríamos llamarlo de "personalidad isla": él, dueño y señor, sostiene con sus manos su propio mundo, rey-sol de sí mismo, su primera medida es su propia sombra.

Muy a menudo mirará al tiempo, porque las estaciones le marcan el ritmo de la vida: el tiempo de la siembra y el de recoger la cosecha. Cuando los necesita, bienvenidos sean los demás. Pero si no los necesita, que no le molesten. Y es que la personalidad del vasco, bien asentada en la naturaleza, tiende al aislacionismo. Como la solitaria danza del "Banako", el hombre vasco baila solo y en su verticalidad se convierte en un eje del mundo, en un paradigma axial en torno al cual gira toda su realidad y todo su imaginario. Verdaderamente, hablando entre vascos, entre soledades y silencios, nunca diremos con más propiedad que el hombre es la medida de todas las cosas.

¹*La raza vasca*, Aranzadi, Barandiaran, Etcheverry <> Auñamendi Zarauz, 1959, pag. 9

DURO DE CABEZA

BERE BURUARI GOGOR

Frente a la adversidad el casero sabe que tiene que ser fuerte. Eso es lo que le enseña, una y otra vez, el trabajo diario. En sus relaciones con un medio natural siempre difícil, debe bregar sin descanso, obstinarse en el empeño y no darse por vencido jamás. Cuando sale de su casa, o en cualquier tarea que emprenda, la cuesta tiene una subida y una bajada, y las dos son dignas de ser tenidas muy en cuenta. Cuando tiene a las ovejas en los pastos de montaña, le cuesta horas de paciente subida ir a verlas. Además suele ir cargado: un saco a la espalda y el hacha al cinto. La naturaleza le ha enseñado a ser fuerte.

En los largos inviernos, cuando llueve día sobre día, está acostumbrado a ver cómo la tierra se disgrega y va desmoronándose terrón a terrón, sin más alternativa que aguardar a que amaine. Igualmente, sabe que después tendrá que acarrear con cestos toda aquella tierra para volverla a poner en su sitio, arriba, sin que nadie le venga a ayudar.

El agua es a veces buena para unos, sobre todo para cultivar la huerta; pero otras veces es mala, porque provoca desmontes y corrimientos. El vasco sabe que si se enfrenta a las desgracias y las calamidades de una manera precipitada, se agotará en el arrebató sin conseguir nada. Así que acomete sus trabajos con una serenidad casi determinista, pero también con una constancia sólo comparable a la naturaleza misma.

Rara vez maldice a los cielos al ver venirse abajo la tierra. Más bien al contrario, contempla la adversidad sin rebelarse, silencioso, pensativo. Luego, cuando escampa, sale a inspeccionar el alcance del desmonte. Calcula el volumen de tierra arrastrada, hace montones con la que puede. Después empieza a subir cestos. Y cuando llega el momento adecuado, toda la familia se embarca en la tarea. Los hombres manejan los cestos más grandes, las

mujeres los pequeños, y los niños las cestas. Se ponen en fila y suben y bajan, día tras día todos los miembros de la familia se afanarán en subir la tierra.

Así son los trabajos del caserío: duros difíciles, penosos. Hay que plantarle cara a todo lo que venga. Por eso el vasco es trabajador, y no cejará en su empeño, porque sabe muy bien lo que valen la persistencia y el tesón.

Más que un cuerpo resistente, le importa tener una cabeza fuerte. Duro de cabeza para resistir y para persistir, sabe muy bien que todo lo que emprende con perseverancia se le transforma en ganancia.

EMPEZAR, SEGUIR Y TERMINAR

LANARI EUSTEN

El vasco sabe que las cosas se consiguen trabajando. Sabe que todo aquello de verdadero valor se cobra su precio en esfuerzo. Yendo cuesta abajo la andadura es más fácil, pero hasta el agua sabe encontrar el camino para bajar sin que nadie se lo enseñe. Cuesta arriba los caminos están menos transitados, pero precisamente por eso, son más propios. Es éste el estímulo que necesita su fuerte personalidad para comprometerse con algo. Que le pongan las cosas cuesta arriba. Por más lejos que esté la cima, él se pondrá en camino, sin apresurarse, andando poco a poco, pero sin detenerse.

Ciertamente, en el difícil arte de caminar, tanto por el monte como por la vida, puede dar lecciones nuestro casero. Subiendo la cuesta poco a poco, no le hace daño, y casi siempre acaba por ganar algo. Eso es lo que lleva en el alma: si quieres conseguir algo, no dejes de caminar. Marca tu paso y no te detengas, no cejes en el trabajo, persevera, persiste, así llegarás allá donde te lo propongas, sólo así conseguirás aquello que buscas.

De ahí también su tendencia a conservarlo todo : lo que le sirvió en su día, lo que le sirve hoy y lo que tal vez le servirá mañana. Sus aperos de labranza y sus herramientas, las máquinas en desuso, los objetos en apariencia más desbarajustados y también los más inverosímiles. Así como sus pantalones de monte pueden verse cubiertos de remiendos y petachos, pero siempre bien limpios, sus desvanes suelen estar abarrotados de artilugios y sus arcones atestados. Sabe que algún día, cuando venga un corte de luz, necesitará el candil, y del candil a la guadaña vieja, del reloj de pesas a la pieza del arado, del traje de la boda al del indiano, de las jaulas a las jarcias, así hasta la infinitud. Esa es la razón de que en los rincones de nuestras casas haya tantos trastos viejos, muchos de los cuales los jóvenes ya no sabrían ni nombrar. Y es que conservar lo que tiene siempre le ha ayudado a

salir adelante en las dificultades. Prefiere llenarlo todo de armatostes que arriesgarse a que le falten. Vivir modestamente aunque tenga oro escondido en los rincones de su casa. He conocido muchos de este caletre en el País. La fuerza les debe de venir de su capacidad de conservación. Esa es la columna vertebral del vasco. El que sabe aguantar del principio al fin, ése es vasco. Le gusta el que no flaquea en su trabajo. Del que tiene dinero tal vez podrá reírse, pero del que no se rinde en su empeño es difícil que se ría.

Tanto como su conocido culto a las pruebas de fuerza, hay en el vasco un culto al trabajo hecho de obstinación y perseverancia. De un modo u otro, el que trabaja sale adelante. Y el mejor es siempre aquél que no se plantea retroceder, el que acaba todo lo que empieza. Cuántas veces no habremos visto cómo, cuando alguien está haciendo las hierbas y comienza una tromba de agua, cómo se tapa la cabeza y la espalda con algo, y sigue amontonando la hierba que ya estaba dispuesta. O en el invierno, cuando empieza a nevar, cómo nuestros baserritarras no dejan de trabajar un segundo en otras cosas: preparando varas para que en la próxima plantación las alubias se tengan tiesas en la fila, reparando los aperos para la próxima siembra, cortando leña y a la vez limpiando el bosque... Es el cantar de siempre: hay que mirar adelante, hay que conservar lo que hay y abrir caminos para el día siguiente, siempre como reza el refrán: "Jan nai ba duzu, lana egin", es decir, "Si quieres comer, trabaja".

Hablando de refranes, me contaba un amigo, escritor y donostiarra, la historia de un viejo casero el cual, pese a su avanzada edad, ya octogenario, vivía retirado del mundo en una borda perdida entre las malloas de Aralar. Conocido por su costumbre de recibir a los heraldos municipales y a los inspectores de Hacienda escopeta en mano, en lo alto de su borda había plantado una bandera verde donde podían leerse tres grandes mayúsculas: "E.S.T". ¿Qué quieren decir esas tres letras?, le preguntó un día el escritor. "Pues bien sencillo", le contestó el baserritarra: "Empezar, Seguir y Terminar. esta es mi filosofía de la vida".

Ciertamente, este saber dar fin a lo empezado es algo muy importante para los vascos. Si se compromete a algo, no descansará hasta que lo deje bien hecho. Ese amor al trabajo bien hecho le tranquiliza el corazón y conforma la personalidad de nuestros hombres. A los vascos no les gustan de por sí los personajes de renombre, sí, en cambio los que se entregan con toda su alma a su trabajo. Estos le merecen todo el respeto y consideración.

El vasco no suele dejar ver lo que emprende hasta que lo tiene bien hecho. Nunca te dirá: "Voy a comprar un tractor". Cuando llegue el momento dirá: "He comprado un tractor". Para el vasco lo que cuenta es el trabajo hecho.

EL HIERRO HASTA DENTRO DE LA TIERRA

BURNIA LURRAREN BIOTZERAÑO

Cuando el vasco está trabajando, sabe hacerlo con firmeza y le gusta comprobar los límites de sus fuerzas. Bastarán dos ejemplos para ilustrar el significado del trabajo para el vasco.

Quien haya visto al boyero voltear la tierra con dos parejas de bueyes, habrá aprendido mucho sobre el vigor del vasco. Cuatro bueyes todos uncidos a un yugo suelen necesitar dos hombres que los dirijan. Uno el boyero, que va delante de las bestias, con la puya o la agujada en la mano, y otro detrás del arado también con su puya y atento por si tiene que pincharles las molas a los bueyes.

El boyero, por delante, va controlando aquellas enormes bestias de la alzada de un hombre y la fuerza de diez, abriendo el camino.

Su destreza se mide ahí precisamente, delante de los bueyes: debe acompañar la mirada alerta, sobre los cuernos de esos bueyes, y cada uno de sus pasos para que las bestias no se desparejen mientras abren los surcos. El boyero, con sus bueyes por detrás, se hace hombre. Son esos bueyes los que dan la medida de su personalidad.

El arador que viene por detrás también conoce su cometido: conseguir que con la fuerza de los bueyes la afilada lanza del arado entre hasta dentro de la tierra y la remueva, de forma que salga a la luz, en surcos ordenados, la sangre nueva, la entraña fértil de la tierra.

Como en una escena mitológica de "*Los trabajos y los días*", como en el sacrificio que precede a la refundación de un mundo, en el acto de hendir bien honda en tierra aquella lanza afilada, se nos manifiesta la personalidad de un hombre que en su relación con la naturaleza se siente semejante a un dios. Cuando el vasco trabaja no se queda en lo superficial, sino que se implica a fondo, en cuerpo y alma, como si estuviera creando un mundo con su

esfuerzo. Eso es lo que nos enseña la figura del boyero que va delante y el arador que viene detrás.

Otro ejemplo, que casi no necesita comentario es el de la laya. Allí donde no pueden entrar los bueyes hay que trabajar a mano, tarea que a menudo compromete a toda la familia. Tomando en cada mano sendos aperos de hierro, todos los layadores, mujeres y hombres, se colocan en fila, bien apretados uno con otro: Cogen la laya, levantan los brazos todo lo que pueden, y la hincan en tierra con todas sus fuerzas. No escatiman el esfuerzo y parece que detrás de la laya se les va el aliento hasta dentro de la tierra. Alzando y abatiendo una y otra vez sus brazos, manteniendo vertical la afilada punta de la laya, hasta que aparece la tierra nueva, regenerada por el esfuerzo, resucitada por el ritual. La tierra negra húmeda de vida, como cubierta por el sudor del hombre, rendida a su fuerza. Desde el amanecer hasta que cae el sol, los layadores trabajan y trabajan hasta la extenuación. Y lo que no llegan a hacer los brazos, se acaba con las piernas. Cuando los dientes de la laya quedan bien metidos en tierra, hay que hacer fuerza con las piernas para ayudar a voltear cada terrón. Y así horas y horas sin parar de trabajar, hasta que la tierra respira de nuevo mientras el hombre recupera el aliento.

El arar con bueyes y el layar han desaparecido con la llegada de los tractores y las máquinas. Pero nosotros no podemos olvidar estos trabajos, porque revelan algo de la trabajada personalidad de nuestro pueblo, hecha de perseverancia y esfuerzo, en un diálogo de igual a igual entre el hombre y su tierra.

A SU MANERA

BERE GUISA

Trabajar sí, pero cada cual a su manera. Estoy seguro de que poniendo a dos vascos uno junto al otro, ninguno trabajará igual que el otro. Sea haciendo las hierbas, los de una casa empezarán a segar por la izquierda, los de la otra por la derecha, aquí de arriba abajo, allá de abajo arriba. Cuando llega la siembra de la alubia, los de tal casa esperan al tiempo húmedo, los de tal otra al seco; unos sembrarán por la mañana, otros por la tarde; los de arriba deprisa, los de abajo despacio. Medidas y pretextos para cualquier cosa; que hace sol, que el viento lo manda, que así lo ordena la tradición, que el abuelo siempre decía que...

Vean ustedes los caseríos. No hay dos iguales; Uno será más ancho, otro más pequeño; aquí hay un balcón de madera, allá sólo ventanas. Aquí entrada por la izquierda para subir desde el campo, allá por la derecha, de forma que se pueda entrar directamente a la cocina.

Es casi imposible encontrar dos caseríos iguales en toda Euskal-Herria. Por supuesto, en todos encontraréis las mismas dependencias: cocina, habitaciones, entradas, etc. Pero casi nunca de la misma medida. Así mismo, en su calidad de casas solares, todos nuestros caseríos comparten una misma pretensión de monumentalidad, pero su construcción revela los más diversos materiales: aquí sale a la vista la madera, allá la mampostería; en otra se ve la piedra más noble, mientras que aquel otro cubre de cal el humilde ladrillo. Todos son diferentes, pero todos quieren mostrar en su fachada su mejor rostro.

Entremos en la cocina. La de este amplia, la de aquel tiene muy alto el techo, éste más bajo; a veces tiene cuatro puertas, otras dos, y aún otras sólo una.

Y si examinamos cómo se cocina, no hay sino diferencias. Tomemos por ejemplo un plato como la tortilla de bacalao: en una casa le echan pimiento, en otra más cebolla, en aquélla ajo; en algunas casas guisarán al fuego el bacalao, o lo tendrán en leche, o lo preferirán con laurel. Y del bacalao, plato por plato, sucede lo mismo hasta con las longanizas. Aquí le ponen más magro, mientras que allá le añaden trozos de carne, y aún otros mezclándole más tocino. No es raro escuchar "estaban buenas nuestras longanizas." Una sola palabra de esa frase nos dice mucho: "nuestras" longanizas, con eso se nos sugiere una mano especial, propia, diferente de las otras. Y además es cierto: hay grandes diferencias, hasta en cuestión de longanizas, de una casa a otra.

Y ese afán de hacerlo todo "a su manera" no se manifiesta sólo en el trabajo, sino, en mi opinión, en cualquier campo. Miren ustedes a nuestros abuelos sentados, en la plazas, en las fotografías o las pinturas. No hay dos que estén sentados igual. No agarran el bastón por el mismo sitio, sino cada cual a su manera. Es algo que les sale espontáneamente y sin pensarlo. Por eso hay en nuestros pueblos hombres y mujeres de tan gran carácter. Trabajar sí, pero cada cual a su manera.

DURO DE OÍDO, DE CORAZÓN Y DE CONVICCIÓN

GORRA, GOGORRA, EOSGORRA

Merece la pena cotejar estas tres palabras: cada una está relacionada con las otras y todas tienen relación con la personalidad del vasco. Es fácil encontrar entre nosotros este terceto poderoso: *Gorra, gogorra, eosgorra*; es decir, sordo, duro, terco. O lo que viene a ser lo mismo: duro de oído, de corazón y de convicción.

El vasco escucha a todos, pero se hace el sordo. Aunque se lo digas a gritos, se queda como si no hubiera oído. Aunque se lo digas mil veces, tus palabras caerán en la sombra de su memoria. Por más que insistas, él no te hará ni caso. Así, haciéndose el sordo, aprende a dar la espalda. Fernando Amezkétarra era un maestro en eso. Sólo respondía a lo que le decía su propio corazón, a nadie más.

Tampoco nos faltan ejemplos para ilustrar esta página: conocí, hace ya unos años a una mujer limpia y hacendosa, pero que tenía la manía de limpiar su casa de noche, ya oscurecido. Mil veces le dijeron que no era razonable hacerlo así, que la limpieza es cosa que debe hacerse de día. La mujer escuchaba todas las reconvenciones que se le hicieran, pero luego volvía a su rebelión callada: sorda, dura y terca, como el palo de la escoba que siempre tenía en la mano.

Como ya hemos apuntado en capítulos anteriores, también es ésta una actitud que se repite con largueza en nuestros avatares políticos. Cada cual se obstina en su opinión, y ya no hay quien aparte a los bueyes del surco. Si estoy con los blancos, tengo que poner el oído a lo que digan ellos, y ni caso a lo que digan los otros. Eso es vivir como un sordo.

Conocí a un alto eclesiástico vasco que no se quitaba de la boca la palabra amor y, muy amorosamente, jamás escuchaba a nadie; sólo atendía a lo suyo..., al tiempo que hacía de su capa un sayo.

Este mal está muy extendido en el País Vasco, en muchos campos. Y no conoce diferencias de edad. Peor aún, a más edad mayor endurecimiento de la conducta, mayor sordera de oído y de corazón. A medida que estos sordos voluntarios van anquilosándose en su actitud, ya no es que no escuche, ni siquiera consiente que se mencionen determinados temas delante de él: no se te ocurra levantar tal o cual cuestión. Si no le gusta te dejará con la palabra en la boca. Y si no te conoce, de entrada te tratará con dureza.

A este respecto, recuerdo lo que me sucedió una vez, y muchas otras veces antes. Fui a preguntar por un joven a su casa, llamé, y apareció un hombre. Sin más tardar le pregunté: "está en casa Eneko Aritza?"

Me dijo que no. Insistí: "¿Es usted?" Después de un silencio dijo: "Sí". Lo que quería saber era quién me había enviado a su casa. Cuando se lo dije se tranquilizó. Y éste no es un caso aislado. En aquel mismo pueblo me hicieron lo mismo otras dos o tres veces. Primero, por si acaso, decir que no.

Lo malo de la *Cultura del No*, es que nunca se acaba en el monosílabo, sino que va creciendo, como crecen las personas, y el afectado acaba por empecinarse completamente en esa dureza negativa que ya es consustancial a su carácter. Se ciega completamente y resulta imposible sacarlo de su mundo, o hacerlo moverse un ápice de su postura. El terco es un hombre cerradísimo, que no da su brazo a torcer, que no atiende al que no es de su cuerda y no toma en consideración pensamientos ajenos aunque sean buenos.

¿Qué se puede hacer para entrar en la cabeza de un empecinado? Sólo hay un camino: adivinar algo que necesite y empezar por ahí a tratarlo. Después, a él también le viene bien tranquilizar su mente. Tranquilizarse, en esa hermosa palabra está el verdadero remedio.

Si antes hemos hablado de las virtudes de la obstinación, al menos en lo que se refiere al mundo del trabajo y del esfuerzo, también nos ayudaría mucho conocer el otro lado de la moneda. Y este nos dice que a fuerza de obstinados, los vascos sufrimos auténticos ataques de empecinamiento, igual que con el viento a algunos les atacan arrebatos de locura.

Este carácter nuestro, sordo, duro y empecinado es una constante antropológica de nuestro pueblo. No nos conformemos con alabar lo que tiene de bueno, y aprendamos a reconocer lo que también tiene de perjudicial y autodestructivo. Reconocerlo ya es una gran ayuda, como la consciencia de una enfermedad es el primer paso hacia la curación. Y eso ya casi nos tranquiliza.

FORTALECER EL PATRIMONIO

ETXE - ONDOA INDARTZEN

Los vascos siempre desean hacer más fuerte su patrimonio. Los nacidos en una casa, ya sea que se queden en ella o ya vivan en el extranjero, siempre se esfuerzan por aumentar el patrimonio de su casa solar.

Para mantener una casa hacen falta muchas cosas: toda ayuda es bienvenida. Y es que las necesidades son múltiples: estacas para sostener los cercados, árboles para dar su fruto y su sombra, plantas que maduren en la huerta, leña para preparar o para calentar bien el horno, y pozas de agua para ablandar el lino. Podríamos alargar la lista cuanto quisiéramos, pues sabido es que las necesidades de un caserío son infinitas. Pero, en la misma medida, nos revelan una pauta social: No se te ocurra aparecer por la casa de un baserritarra con las manos vacías.

Los hijos, aunque estén lejos de su casa, no olvidan dónde nacieron. En cierta ocasión fui a visitar a mi tía al caserío Ugainborda, en Vera de Bidasoa. Era la casa de mis abuelos. Después de comer, mi tía Urbana abrió un arcón viejo y sacó un álbum de fotografías antiguas. No eran de hoy, sino que tenían ochenta, sesenta o cincuenta años. Traían noticias de Argentina, de California o del mar, asuntos familiares. Aquellas fotografías no sólo estaban tintadas en sepia por la nostalgia, cada una de ellas obligaba a un agradecimiento. En cierta ocasión, el tío Jesús vino de Inglaterra con un perro de caza, diciendo que lo necesitaban en casa para las becasas. Gracias a Dios, se juntan muchas manos para ayudar en el caserío.

Ese afán por acrecentar el patrimonio nos revela otras tendencias del vasco: un interés por traer para casa lo que sea, lo mejor, aunque sea ceniza y astillas. Ninguna ayuda sobra. Aunque hayas nacido en un caserío perdido, ése será tu patrimonio vital y sentimental, tu lugar propio en el mundo, de la cuna a la sepultura.

Sin duda, tanta preocupación por el bienestar y el beneficio de la casa revela mucho de nuestro carácter. Entrañable cuando se mueve por el amor al solar de nuestros mayores, pero menos loable cuando se deja llevar por ciertos excesos. Acerca de esa relación que existe entre la casa y la personalidad, se nos ocurren algunas preguntas inquietantes. Y me atreveré a plantear al menos dos de ellas.

En cierto modo, pienso que ese lazo que une la casa con la identidad explica en buena medida lo montaraces que pueden llegar a ser a veces nuestros comportamientos. Porque, de no ser así, ¿cuál es la explicación de lo mucho que le cuesta al vasco dar las gracias?

Y a renglón seguido, otra pregunta directamente relacionada con el celo por la casa: ¿cómo se explica el afán de lucro que suele mostrar casi siempre el vasco? No le importa demasiado el trabajo del prójimo; lo que cuenta ante todo es el beneficio propio. ¿Cuál es la clave de este proceder? Resultaría sumamente interesante averiguar sobre qué base se asientan ambas conductas.

Para ver las cosas como son, hay que tener los ojos bien abiertos, atentos, examinando todos los detalles. Los fenómenos que percibimos en apariencia aislados reclaman una explicación coherente. Y uniendo cabos, respuesta sobre respuesta, es en esa coherencia donde se nos manifestará cómo es el alma vasca. Compleja, como la parcelación de sus tierras. Obstinada, como su manera de trabajar. Individualista y autárquica, como la arquitectura de sus caseríos. Cuando menos te lo esperas, se te aparece un caserío diferente a los mil que ya has visto y, así mismo, te encuentras con un nuevo comportamiento humano, en apariencia muy distante de otros, hasta que lo relacionas, por ejemplo, con el amor por la casa propia.

¿Qué encontramos bajo la corteza de la palabra "dar" (eman)? No siempre buenas intenciones. ¿Qué puede significar el "gabalana", el trabajo que se hace de noche? En esas preguntas se encierra la personalidad de un pueblo. No son comportamientos superficiales sino rasgos esenciales de una identidad. ¿Por qué tantos vascos se quedan callados ante una pregunta que

les compromete ? Sin ningún género de duda, porque no quieren dar respuestas que le sean al otro más útiles que a él. No responderá si no ve en ello un beneficio personal. Pues el vasco, hasta de la economía del lenguaje quiere y sabe sacar provecho.

TRÁETE ALGO PARA CASA

ZERBAIT EKARRI BEAR ETXERAKO

Hace ya unos cuantos años tuve la fortuna de conocer y trabar amistad con un vasco excepcional, Miguel de Legasa. Hombre sincero y cabal, además de inteligente, le gustaba andar solo, en contacto con la naturaleza, siempre con su bastón en la mano. Cuando me lo encontraba por el camino, se le cambiaba la cara y la sonrisa le afloraba a los labios. Medía sus palabras, que siempre eran esclarecedoras. Me lo solía encontrar cuando venía del monte. Miguel solía traer bajo el brazo un paquetito con cosas de la temporada: a veces castañas, a veces nueces, cuando podía alguna seta. También bajaba del monte varas de avellano para hincarlas en su huerta. De vez en cuando venía cargado de hierbas medicinales: celidonias y manzanilla. Y si por caso no encontraba nada que llevarse a las manos, entonces volvía a casa con alguna hermosa piedra, de forma que poco a poco fue levantando junto a su casa un gran muro. No podía volver a casa con las manos vacías. No pensaba sino en cumplir con el dicho: "*Danian beti, zerbait jaten da*"; es decir, "Cuando hay, siempre se come". Y en casa debía haber de todo.

El vasco tiene un comportamiento semejante al de este refrán: de ninguna parte le gusta volverse de vacío, y así es que siempre que puede, acumula beneficios. Si no saca tajada de algún lado, será de otro, pero la sacará.

Recuerdo que un casero de la parte del río Oria decía: "Cuando mi abuelo era joven, solía ayudar a muchos hombres a cruzar el río, sobre todo al anochecer de sábados y domingos. Muchos volvían a casa bastante bebidos. La mayor parte habían estado de bar en bar y pasaban las de Caín para cruzar el río. Otros había que venían de apostar dinero, a veces con los bolsillos llenos de sus ganancias, pero temiendo perderlas en las aguas profundas. Y claro, ahí tenían aquellos "ayudantes", encantados de recoger

todo lo que fueran perdiendo". Y es que, tanto lo que llega por medio del trabajo como lo que se obtiene mediante astucias, todo es bueno para casa.

Conozco otro ejemplo, tampoco muy edificante, que tal vez deba interpretarse del mismo modo: La empresa *Gurelesa* solía recoger en Guipúzcoa la leche de los caseríos. Al cabo del tiempo, los directivos de la tal empresa se percataron con sorpresa de que recogían como leche gran cantidad de agua. Llegado el momento de investigar el alcance del fraude, quedó constatado que en 1969 los caseros guipuzcoanos llevaron nada menos que 12.000 litros de agua a *Gurelesa*. Para remediarlo, se tomaron medidas severas. Con todo, al año siguiente, en 1970, todavía consiguieron vender a precio de leche otros 2.000 litros de agua a la misma empresa, *Gurelesa*.

Por descontado, todo esto dio lugar a un jugoso anecdotario del que extraeré un sólo caso no menos revelador de nuestro carácter: A un casero reincidente, al ser descubierto por segunda vez llevando agua en vez de leche, no se le ocurrió otra cosa que mandar a su mujer al laboratorio con dos pollos, a ver si le quitaban de la lista de los estafadores y así podía reducir las sanciones.

En estos dos ejemplos, -el caso del que da agua por leche y el del que manda a su mujer -, el objetivo era el mismo: No sólo traer algo para casa, sino más bien traer algo más de lo habitual. Sin duda, procedimientos como éstos resultan francamente reprobables. Pero, a decir verdad, cuando se trata de fortalecer el patrimonio de la casa del vasco, en ocasiones, la ética queda fuera y los beneficios dentro.

LO PRIMERO, EL BIEN DE CASA

AURRENA ETXEKO IRABAZIA

¿Qué origen podemos encontrarles a algunos fenómenos sorprendentes de nuestro país? Es algo que nos preguntamos a menudo. Vamos a examinar a continuación algunos ejemplos que son verdaderamente difíciles de interpretar.

En un pueblecito vasco colgado en la ladera del monte, había un reloj en el campanario de la iglesia. Estaba conectado con la campana de la iglesia, de forma que al dar la hora se oía de lejos. Aquel reloj era famoso, pero aunque era muy antiguo, todos sabían quién lo había hecho.

Se le oía dar las horas incluso en los caseríos desde donde no se veía el campanario. Y aquel sonido resultaba tan entrañable como reconfortante para todos los hombres del monte, pues en una gran extensión de tierra, daba hasta la señal de juntarse para trabajar, siendo la única compañía para muchos baserritarras solitarios.

Pero un día el reloj enmudeció y estuvo parado mucho tiempo. Todos los hombres del pueblo sintieron su silencio en el alma. Tanto, que cuando salía a colación aquel reloj, a muchos les saltaban las lágrimas. Al fin y tras no pocas disquisiciones, se dirigieron al cura para que encontrara un herrero con cierta habilidad para reparar relojes antiguos, aunque tuviera que ir a bucarlo a la ciudad. Y de la ciudad vino el buen cura con un herrero providencial. Viéndole trabajar, los caseros recuperaron la ilusión y la alegría, y en sus reuniones ya no hablaban de otra cosa: "Todo el mundo de los alrededores pregunta cuándo vamos a oír de nuevo nuestro reloj". Pues bien, tras no pocas dificultades, cambiando piezas y ajustando mecanismos, el herrero acabó por arreglar el reloj y además, como lo hizo de corazón, no quiso cobrar nada por su trabajo. En cierto modo, le pagaba saber que ésa había sido la gran ilusión

de los inocentes caseros, y la gratitud que sentirían por él cada vez que oyeran repicar de nuevo a su viejo reloj.

Pero ahí no se acaba el cuento. Ahora viene la segunda parte: resulta que necesitaban un hombre para darle cuerda al reloj, con cuidado y dedicación. Con mucha sensatez, nuestros caseros consideraron que para esa tarea mecánica bastaría con alguien del pueblo... y encontraron a uno... que pidió un sueldo. En fin, olvidándose de que el herrero foráneo había trabajado sin cobrar, el de casa quería sacar el sempiterno beneficio, aunque fuera a costa del reloj de todos.

El siguiente ejemplo es difícil de entender. Hace unos años unos jóvenes de ciudad venían a aprender euskera a un pequeño pueblo de Gipuzkoa. Trabajaban en los caseríos a cambio de la manutención. Deshabitados a semejante profesión de fe lingüística, nuestros caseros no se podían creer que les hubiera caído del cielo semejante bendición. Tanto es así que a los jóvenes del pueblo se les ocurrió organizar una cena con aquellos benditos ayudantes, y como lo pensaron lo hicieron.

Pusieron pues una fecha para la cena. Por fin se juntaron alrededor de la mesa, y estuvieron cantando en un ambiente estupendo y en una maravillosa confraternidad de estudiantes y baserritarras. Pero llegó la hora de pagar y los del pueblo decidieron que los de fuera tenían que pagar más que ellos. ¿Por qué? "Porque a esos les da igual cinco duros más o menos". A aquellos jóvenes baserritarras, a pesar de contar tal vez con patrimonios más notables que los pobres estudiantes que habían trabajado para ellos, ni se les pasó por la cabeza invitarles a cenar. Más bien al contrario, pensaban seguir ordeñándoles como vacas..., después de hacerles trabajar como bueyes.

La explicación de estos dos ejemplos es la misma. Para la gente del pueblo, jóvenes o viejos, lo primero es la ganancia de casa. Ante los extraños, el nativo del pueblo guarda el buen nombre de la casa. Y para eso, naturalmente, no hay mejor manera de hacerla crecer con los menores costes y buscando los mayores beneficios, rentabilizando hasta su sombra. Nos guste

o no, ese ha sido durante generaciones un acusado rasgo del carácter de nuestro pueblo.

Así mismo, hay un comportamiento muy repetido entre los vascos, que es el de pagar un trabajo muy costoso con una comida. En este proceder se echan de ver dos cosas: por un lado la astucia de que todo quede en casa, y por otro el deseo de quedar bien al mismo tiempo. Esa es la razón de que tantos vascos crean que sólo lo que ellos dan es de verdad valioso. Sin duda, bien saben lo que cuesta cada cosa. Pero nada cuesta tanto como ensanchar el patrimonio de la casa: cuanto menos se pague al otro, más ganará la casa, porque ante todo lo que cuenta es la ganancia de la casa.

DAR POCO LAS GRACIAS

ESKER GUTXI EMAN

Es bien notorio que el vasco suele ser ingrato. Basta tener los ojos abiertos para ver cuánto le cuesta dar las gracias. Y, por desgracia, el campo de visión excede los horizontes del caserío. Para ilustrar este perfil de nuestra personalidad, me parece oportuno elevar el punto de mira, hacer un poco de autocrítica gremial, y con esa intención contaré algunas anécdotas sucedidas entre escritores vascos.

Es cosa sabida y se acepta como tal, que el escritor no suele ser un cualquiera, sino una persona de cultura. Y al decir cultura, incluimos en este término tanto unos considerables conocimientos más o menos librescos, como unas pautas de comportamiento más o menos ejemplares que, como se verá, en el caso de ciertos escritores, presuponemos con demasiada generosidad. Por ejemplo, por más que se considere un hombre de cultura, no merece tal nombre un escritor que se comporta como un auténtico "xomorro" cuando tiene que agradecer las noticias que obtiene de algún colega, y elige el ninguneo o la desconsideración, como si el hecho de agradecer algo al otro le hiciera de menos a él. De mi experiencia en las universidades extranjeras, aprendí todo lo contrario: agradecer los favores como corresponde, entre escritores, eleva tanto el prestigio del que agradece como del agradecido. Y es por eso que la cortesía del agradecimiento es una pauta social de uso tan obligada que nadie se olvida de subrayarla, agradeciendo vivamente incluso las noticias más irrelevantes que le haya suministrado a un escritor éste o aquél otro informante.

En cierta ocasión, en nuestro pueblo, un escritor muy prestigiado -y no menos avisado-, consiguió saber quién era el autor de una hermosa obra de arte que hasta entonces permanecía anónima. Gracias a la generosidad de los hombres de aquel pueblo, supo que el autor de aquella imagen había sido una

mano excepcional. Pues bien, una vez obtenida la información que buscaba, aquel escritor vasco la publicó por todo lo alto en los periódicos, pero silenciando el nombre de quien le había revelado el nombre del autor de la obra de arte, como si el descubridor hubiera sido él mismo.

Esto es moneda corriente entre nosotros. Rara vez reconoce un escritor vasco de dónde le ha llegado su información.

Así mismo, hay que reconocer que a los vascos nos cuesta admitir los méritos de los demás. Tanto como agradecer los favores que nos hacen, como si por el mero hecho de "dar" las gracias fueran a "quitarnos" algo de nuestra persona o de nuestro nombre.

Tampoco este rasgo de orgullo es nuevo entre nosotros. En el siglo XVI, por ejemplo, un vasco dio a la imprenta el primer libro que vería la luz en Sudamérica: el ilustre Juan de Zumárraga, que publicó un catecismo cristiano en 1544. El tal libro estaba destinado a los alumnos de las escuelas, y era por tanto muy agradable de leer a la par que muy sustancioso en contenido. Cuatro siglos después, se descubrió de quién eran aquellos pensamientos tan certeros: los había tomado palabra por palabra del sabio Erasmo. Eran más una traducción de Erasmo que obra propia, pero Juan de Zumárraga nunca lo reconoció, sino que nos lo presenta como si aquello fuera enteramente suyo, sin dar el nombre del verdadero autor. Y eso que Juan de Zumárraga era todo un personaje: el primer obispo de la ciudad de Méjico.

Esta resistencia al agradecimiento está profundamente enraizada entre nosotros. En cierta ocasión acompañé a un patriota vasco, gran amigo mío, a visitar a una autoridad del Gobierno Vasco en el exilio. Aquel mandatario estaba ansioso de noticias y escuchaba atentísimo a mi amigo, sin declinar su apariencia tranquila pero animándolo con su propio silencio. No quería perderse ni una información, se le notaba en la cara. Pero, y esto es lo interesante: no preguntaba nada, cosa bien muy significativa.

Si hubiera preguntado algo, aquello hubiera sido un favor, y los favores, ya se sabe, se pagan. Era el posible agradecimiento lo que quería evitar. Con su silencio, en cambio, todo era ganancia.

Y es cierto que este hacer como si no sucediera nada, este conseguir cosas como si no pidiera nada, proporciona al vasco el derecho inestimable a no tener que agradecer nada. Mejor dar pocas que muchas gracias. Eso es lo que piensa, y tal como lo piensa lo manifiesta a las claras. ¿ Pero por qué esa avaricia en la gratitud ? Tal vez por lo que intentaré razonar en el capítulo siguiente.

NO ENDEUDAR LA CASA

ETXEA ZORRETAN EZ UTZI

Muchas veces me he preguntado la razón de esa pauta de comportamiento tan extendida entre los vascos: ¿ por qué les cuesta tanto dar las gracias ? Y después de mucho pensarlo, me he encontrado con una respuesta antropológica que une esa cerrazón de carácter con el cerramiento del que surgen nuestros caseríos. Así como lo cerrado nos parece menos vulnerable que lo abierto, una casa que no le deba nada a nadie siempre será más fuerte que otra que demuestra no poder mantenerse por sí misma. Quien da la gracias queda en deuda y, en cierto modo, también endeuda su casa; es decir, la debilita, la vuelve vulnerable, socava su patrimonio. De ahí que nos cueste tanto dar las gracias, no sólo por nosotros mismos, sino por lo que sostenemos como propio detrás de nosotros.

Por las casas propias hablan las bocas de los hombres. Y en este sentido, abundan en nuestro lenguaje coloquial no pocas frases retorcidas, que cuando empiezas a seguirles la pista, revelan que su única razón de ser es el afán de dar las menos gracias posibles.

Les propongo un ejemplo sorprendente, una frase de gran significado: "Los remedios que me has dado no me han hecho daño". Es algo más que una frase, es pura metalingüística aplicada. Pues lo que dice tiene relación con un mensaje tácito que subyace bajo las puras palabras. Ese significado oculto es lo que debemos analizar, como si fuera la acción principal. Y lo que nos dice, una vez más, es que hay que medir bien la palabras, para no arruinar la casa con deudas, aunque éstas sólo sean verbales.

La frase en cuestión por un lado reconoce un efecto beneficioso: que los remedios merecían el nombre de remedios; por lo menos ese objetivo está cumplido. A continuación, en la segunda parte de la frase (que parece debiera dedicarse a dar las gracias), en vez de decir que los remedios le han hecho

un gran bien, dice que no le han hecho mal. Evidentemente, con ello pretende conseguir no tener que dar las gracias. Y es que le sienta mal agradecer algo. Quiere atenerse a su principio más sagrado: no dejar la casa en deuda. Se esfuerza en preservar ante todos el buen nombre de la casa.

Ese es el principio operante muchas actuaciones de los vascos: que la casa no sufra el menor menoscabo, que sus habitantes no sean menos que los demás, que ninguno de ellos deba nada a nadie y, en todo caso, que el silencio pague lo que se le debe a la palabra.

En cierta ocasión un joven sacerdote visitó la redacción de una revista. El tal sacerdote acababa de regresar de Suecia, adonde había ido a conocer el mundo de los campesinos suecos, sobre todo la organización de las cooperativas y la formación que sus miembros recibían en ellas. En poco tiempo de viaje había visto mucho.

Las directoras de la imprenta eran monjas, todas ellas escritoras en euskera. Estaban escuchándole con fruición y ponían al escucharle buenísima cara. Estaban atentísimas. Por lo visto, tomaban aquello como si fuera un sermón de honras. Y como en el caso mencionado anteriormente, escuchaban sin preguntar ni una palabra. Así no tendrían por qué darle las gracias. No querían quedar deudoras. Y para eso, lo mejor era estarse calladas.

Para perfilar aún más este rasgo de nuestro carácter, pondré un tercer ejemplo: Un conocido escritor vasco hablaba con otro acerca del nuevo ambiente euskaltzale de Navarra, y éste le salió al paso diciéndole: "En Guipúzcoa no nos parece bien que se les obligue a aprender euskera a todos los navarros". El primero no había dicho en ningún momento que se obligara a nadie a aprender euskera en Navarra, y menos aún que, de ser así, esta eventualidad le pareciera bien. Por tanto, la observación de su interlocutor no sólo estaba de más, sino que era abiertamente tendenciosa. Por supuesto, en Navarra no se obliga a nadie a aprender euskera, como es bien sabido. ¿ Por qué entonces semejante salida de tono ? Solo hay una respuesta posible: para que su prestigio no quedara por debajo del otro, al tener que reconocer el excelente trabajo que aquél estaba haciendo en Navarra.

A muchos vascos les parece que el agradecimiento es perjudicial para su salud. Y en vez de practicarlo, prefieren utilizar, si no el silencio, hasta los más rebuscados circunloquios y evasivas. Dan vueltas sobre sí mismos y mantienen la puerta cerrada. Pero no sólo son ellos los que están en su interior, sino toda su casa: soberbia como una torre y protegida como una muralla, la personalidad se fortalece así hacia afuera. Pero en ocasiones, tanta fortaleza no oculta sino una lamentable debilidad de espíritu por dentro. Un empobrecimiento personal que, a la larga, pudre todas las riquezas.

EVITAR DEJAR DEUDAS

ZORRIK EZ UTZI AL DALA

Hay que evitar dejar deudas. Esta línea de conducta tiene mucha fuerza entre los vascos. Y es que endeudarse está muy mal visto. Sobre este asunto puedo ofrecer tres ejemplos de casos que han acabado mal y que además son muy ilustrativos.

El primer caso es el de un hombre inteligente, sumamente inteligente, hay que dejarlo bien claro. En su juventud había fundado fábricas de grandes dimensiones. Se le notaba una energía desbordante: echaba el resto en el trabajo, estaba lleno de proyectos, era encantador en el trato y además generoso. El caso es que aunque no escatimó esfuerzos, los negocios no le salieron bien. La mejor de sus fábricas quebró. Lo perdió todo y además quedó muy endeudado.

Pero en vez de quedarse paralizado por la autocompasión, empezó a trabajar noche y día. Todos los beneficios que iba acumulando, los dedicaba a pagar las deudas contraídas. Y a medida que se recuperaba económicamente, no sólo afianzó su voluntad. También aprendió la lección.

Más tarde superó sus dificultades y volvió a ser un empresario próspero, su consejo siempre era el mismo: "No os endeudéis; lo que hagáis hacedlo con vuestro trabajo y con vuestro dinero, pero sin pedirle nada a nadie." No es de extrañar que con esta mentalidad un hombre acabe por salir adelante. Tarde o temprano, sea material o espiritual, la riqueza llegará a él como el agua a la fuente.

Vayamos con el segundo ejemplo. Era éste un hombre sumamente desconfiado y retorcido, y además muy anquilosado en sus vicios de carácter. Siempre despreciaba lo que le venía de otro. Tanto que, en ocasiones, rozaba la mala educación. Si le daban una comida, siempre le encontraba defectos.

Nunca le faltaba algo desagradable que decir: "He comido mejores alubias" o "Claro, como ahora están baratas...".

La cuestión es: ¿Por qué ese comportamiento? Pues es muy fácil de entender: No quería dejar la más mínima deuda. Por eso despreciaba siempre lo que venía de otro. No es de extrañar tampoco que incansablemente ensalzara y alabara sus propios trabajos e invitaciones.

Último ejemplo: Conocí muy bien a un vasco, que no solía aceptar ningún regalo que se le hiciera. Siempre decía lo mismo: "no acepto regalos que no pueda devolver". Vivía con el miedo de quedar en deuda con alguien.

Estos tres ejemplos, diversos en sus sujetos y en la fortuna de cada uno de ellos, comparten sin embargo una misma razón en esencia: Sea para bien o para mal, el vasco hace todo cuanto puede por evitar las deudas. No porque no tenga con qué pagar, sino porque no quiere quedar deudor de nadie.

UN MAL NUESTRO: LA MARRULLERÍA

GURE GAITZA: MALTZURKERIA

"Tener la boca cerrada" es una frase que define muy bien el alma del vasco. Pero para eso hay que aprender también a cerrarse dentro de uno mismo, como ya hemos dicho tantas veces. De la cueva al caserío, del "etsia" a la "etsea", a lo largo de milenios nos hemos formado en ese medio y en esa atmósfera: respirar en silencio, escuchar y callar. Hay que oírlo y saberlo todo pero no revelar las claves de lo propio a nadie. Este hábito, que es ubicuo en el país, consiste en preguntar constantemente, en saberlo todo y en callar lo propio. Es el deporte preferido de los vascos, junto con la tendencia de algunos a intentar sacar provecho de todo. No pasa día sin que veamos en nuestro entorno alguna de estas actitudes que cabría calificar cuando menos de ventajistas, cuando no son ya abiertamente marrulleras.

Sobran los ejemplos de personas que son maestros en enterarse de todo y sacar ventaja de sus informaciones. Una vez más, ése es el retrato del ingenioso hidalgo que sabe que los molinos no son gigantes, y que busca siempre sacar un beneficio de la molienda ajena.

Conozco un matrimonio, en especial, que no tiene rival en ese arte. Te toman aparte y para cuando te das cuenta, te han sacado toda la historia de tu familia y se han enterado de tu vida y la de tu familiares. Toman el hilo por un cabo y van devanando poco a poco la madeja. Pero sus cosas, en cambio, quedan siempre bien oscuras. Pasan los días y los años y ellos siguen sin soltar prenda. De lo suyo, nada se sabe. pero de los demás, ellos tienen que saberlo todo.

En un instante, sin darte cuenta, ya les has dicho qué has comido, qué ropa nueva te has comprado, con quién has salido y otras muchas cosas. Pero un día, sucede que sin que tú preguntes nada, otros te vienen a casa con la noticia de que el tal matrimonio tiene una vida familiar tormentosa, que los

hijos están peleados entre sí y que tienen violentas discusiones con sus padres. Después de haberte visto tan menudo, no te habían dicho nunca nada, y eso que te consideraban casi como de la familia.

Pero el juego de las medias verdades en boca de terceros no acaba ahí. Por lo general siempre va más lejos. Y en lo que se refiere a ese matrimonio, sólo diré que acabó por experimentar cómo lo que hablaban de los demás se volvía contra ellos. Después de soltarlas por un lado, las habladurías que propalaban volvían a sus oídos completamente tergiversadas, de modo que ponían algo más que en entredicho incluso a sus informantes.

De haberles contado alguien que el viento se había llevado su tejado, al darse la vuelta todavía se hubieran reído a su espalda y, al día siguiente, no vacilarían en adornar la desgracia del otro con algún infundio de su propia cosecha, sin reparar en el daño que pudieran causar con sus palabras, hasta que éstas se volvieron contra ellos. Este es el aspecto más negativo de la anécdota: no querer decir las cosas propias como son y deformar las ajenas, para al final salir perdiendo.

Detectar y atajar esta forma de marrullería que es la maledicencia, supone un trabajo improbable, porque se trata de un mal extendidísimo. Una vez más aconsejo medir las palabras según quién sea nuestro interlocutor. Hay que estar vigilante.

EL LOGRERO, A LA CHITA CALLANDO

OXPORRA: IXILIK ETA OBE

El que siempre quiere ganar tiene un nombre: *logrero*, en euskera *oxporra*. ¿Quién es? Aquél que quiere oírlo todo y no decir nada. Siempre callado y taciturno, siempre curioseándolo todo, vigilando al prójimo, sin hacerse notar, sin hacer ruido, con la faja bien ceñida... y la lengua también. El logrero sabe cuidar de sus asuntos. Para cuando da un paso es porque está seguro de la ganancia. Cuando habla, suele dar poca noticia de sí mismo. Lo corriente es que cuando alguien le pregunta qué tal está, la respuesta sea de este tenor: "No tan bien como tú". Con eso pretende no revelar nada acerca de su persona ni de sus intenciones. Habla poco, se deja ver menos y en ocasiones, su obsesión por ocultarse le lleva a situaciones que rozan el absurdo, cuando no el puro ridículo.

Recuerdo cierta ocasión en que se me ocurrió preguntarle a uno de estos el más inocente "¿qué tal?". Su respuesta superó todas las previsiones: "mejor de lo que queremos". Vaya usted a saber qué quiso decirme con eso. Cuando uno sorprende con el paso cambiado a uno de estos logberos contumaces, es imposible averiguar qué se les está cociendo en la cabeza. Y menos todavía qué es lo que pretenden. A veces, con estas respuestas dignas por lo abstruso de los oráculos délficos, sólo pretenden desconcertar a quien pregunta, para que no siga preguntando. De ahí lo intempestivo de algunas de sus salidas. Al tiempo que defienden su intimidad, dejan bien cerrado el camino hacia su casa.

Pero, ya que la hemos citado, examinemos con más detenimiento la respuesta anterior: "mejor de lo que queremos". Desde luego, si cada una de las palabras elegidas obedece a un fin, éste no puede ser otro que el de trabar un parapeto de zarzas y espinos. No sólo no se puede sacar nada de ahí, sino que, ya por el tono, invita a no rebasarlo. Todo queda dicho y no da pie para

preguntar nada más. Así que los caminos para continuar la conversación quedan tan espinosos como antes. Todo esto es reflejo de un ambiente, de una mentalidad: la frente alta, los ojos alerta y las palabras tan trabadas como las púas en el tenso alambre de una cerca. No en vano, para esta clase de gente siempre es mejor tener la boca cerrada. Eso significa que el callar tiene un objetivo: sacar partido, ganar más.

En los ojos del logrero se lee una pregunta: "¿Qué querrá éste?" No debe descuidarse nunca delante de los demás. Nunca se dejará ir, y es que en su visión de la vida, toda ganancia procede del cálculo y de la usura del gesto. Fuera de eso, todo es pérdida.

Ahora bien, cuando es él quien formula las preguntas su generosidad inquisitiva no conoce límites. Y así, para llegar a conocer a quien le interesa, utiliza todo tipo de cuidadosos tanteos. De uno a otro, irá viendo por dónde entrarle mejor para obtener el mayor beneficio posible y, al mismo tiempo, no dar pasos en falso.

Por otro lado, el miedo mayor del logrero se resume en esta frase: "Ese te adivina absolutamente todo". No cabe para él amenaza más grande. Cuando los demás le cogen la vuelta a su comportamiento, se siente completamente dominado, como si la mirada ajena le tuviera a su merced. Ha perdido la postura de fuerza en el trato. Esa revelación de la intimidad personal lo deja paralizado. A partir de ahí no hay cosa más fácil que dominarlo, estando como está expuesto a la mirada ajena.

Y de ahí sacamos inmediatamente la definición de lo que es un oxporro: Un egoísta compulsivo, que siempre va a lo suyo, una persona esquiva, de trato difícil, que nunca dice dónde está ni qué hace, que busca saber todo y no revelar nada. Celoso y cauteloso de su persona, entrometido sin reparos cuando ve un posible beneficio en los otros, astuto y desconfiado, logrero. Este sería su retrato, siempre ansioso de saber de vidas ajenas, pero siempre callando la propia. Sin duda, un retrato para el que no faltarían modelos a nuestro alrededor, tanto en el medio rural como en la ciudad.

TRABAJOS NOCTURNOS

GABALANA ETXEKO ONA

Cuando aún había fronteras entre España y Francia, en algunos pueblos de la muga definían el contrabando con un hermoso eufemismo: "gabalana"; es decir, "trabajo nocturno". Y es que, desde bien antiguo, el contrabando es una actividad peculiar que define muy significativamente a ese hombre de frontera que ha sido siempre el vasco.

Al anochecer salen los hombres de las casas. Pasan horas al acecho en algún recodo del monte. Se echan a la espalda pesados fardos y en completa soledad, en silencio total, las pasan, a pie, al otro lado de la muga. No me pesa tener que decir que este trabajo, además, nunca ha estado mal considerado socialmente entre nosotros. Tal vez porque desde sus orígenes lo rodeaba un halo de misterio, un prestigio de aventura que hacía a sus protagonistas, en no pocos casos, barojianos personajes de novela.

En primer lugar, sucede casi siempre en la noche profunda, donde nada se ve, y en medio de profundas simas en el fondo del monte.

Después viene la soledad total durante horas y horas. Los contrabandistas toman caminos no hollados por las rodadas de los carros ni por la pezuña de los bueyes, senderos estrechos que discurren por umbrías y por oscuros barrancos, por cañadas perdidas, y por ahí caminan a paso de lobo, sin asomar jamás el perfil por las cresterías de las montañas. Y, por supuesto, sin palabras, sin testigos, alejados de toda mirada delatora.

Basta con que un soplo de viento les ponga sobre aviso, no bien oyen el más mínimo ruido que no pertenezca a la naturaleza del bosque, ahí que tiran al suelo los fardos y salen corriendo monte arriba o monte abajo como si volaran para salir de la celada. Caen y se levantan agarrándose a las rocas o los helechos, saltando de las zarzas espinosas a las aguas profundas. Huyen como el viento, con el rostro embozado, sin dejar ni huella en la tierra húmeda.

Forjado en el combate contra la adversidad, maestro en el arte de administrar los riesgos y templado entre mil cautelas, el "gabalana" es un espacio fértil para que crezcan en él todas las flores nocturnas del alma vasca. En esa eterna vigilancia del terreno entre quebradas y emboscaduras que conoce como la palma de su mano. En el sigilo de cada paso, escrutando las sombras lejanas y conocedor de todas las cuevas donde llegado el caso podrá ocultarse. En ese baserritarra que con la noche se transforma en otro, el que nunca cierra sus ojos y mantiene sus oídos siempre alerta, descifrando, certeros, el sentido de cada rumor y cada ruido.

El "gabalana" es un afán por confundir al día y a la noche. Antes que los ojos ajenos se abran a la mañana, ya está hecho el trabajo, sin tener que dar cuentas a nadie, y menos que a nadie a las autoridades. En secreto, ya está cumplida la misión y conseguido el beneficio, sin que nadie sepa ni cómo llegó ni de dónde vino.

Estar al cabo de todo lo que hacen los otros, enterarse de por dónde va el juego y cómo se mueven los demás, pero no revelar ni una palabra acerca de lo propio. ¿Qué más puede desear un vasco? Es precisamente esa la clave de todas sus estrategias ante la vida: refugiarse. Hay que conocer adecuadamente ese terreno: piedras sueltas debajo de la hierba, aguas tranquilas al borde del río, una cueva oculta entre los raigones de un hayedo, un tronco podrido junto al asca.

El contrabandista sentimental, el de las novelas, pero también el contrabandista real, quiere diluirse y ser uno con los latidos de la naturaleza. De ella extrae toda su filosofía, en lo que tiene de perdurable y de mutable. El paso de las estaciones, los vientos que le hablan de sur a norte, las nítidas estrellas, el embate de la tormenta. Todo ese paisaje exterior es el paisaje interior de los trabajos diurnos y de los nocturnos. Si gana trabajando de día, más habrá de ganar haciéndolo de noche. No en vano, hasta que se practicaba, el contrabando pasaba por ser el trabajo más duro, el más arriesgado y, sin duda, uno de los mejor remunerados. Basta con acercarse a

los pueblos de frontera para advertir el origen de tanta prosperidad. En más de un caso, lo que reluce a la luz del día, nos habla de un sol que salió de noche.

TE DOY PARA QUE ME DES

EMAN ATERATZEKO

El título del presente capítulo ya lo dice todo: dar algo para recibir algo. Ese es el pensamiento último que les anda por la cabeza a no pocos de nuestros convecinos.

En cierta ocasión, según tenía por costumbre, una madre fue a recoger los huevos al gallinero, porque veía los nidos vacíos. A su lado tenía a su hija pequeña que estaba en casa. Alguien llamó a la puerta. "Vete a recoger unos cuantos huevos", le dijo la madre a su hijita mientras iba a abrir. Pero la niña era demasiado pequeña para encontrar los nidos nuevos y no los encontró. Sin embargo, cuando su madre vino al gallinero y se puso a recoger los huevos, su curiosidad le llevó a preguntar: "¿ Por qué recoges los huevos tan deprisa si ya no vas a ir al mercado hasta mañana ?".

Entonces la madre le confesó la verdad sin rodeos: "Es el regalo de la tía Eusebia, que acaba de llegar. No olvides nunca que a cambio de los huevos nos da buen bacalao para toda la semana. Esos huevos nuestros valen más que el oro." Con esas palabras esa madre vasca estaba educando para siempre a su hijita, y enseñándole el sentido de esa costumbre nuestra: Hay que saber dar para obtener a cambio más de lo dado. Dar diez y recibir cien.

No es por tanto de extrañar que en tantas otras ocasiones, al ver a un conocido llamar a la puerta con un cesto en la mano, nuestros baserritarras se pregunten: "¿Qué querrá éste?" . saben que quien viene con algo es para irse con más. Nadie da nada por nada. Muchos no saben qué es ser generoso. Y lo peor es que, sin darse cuenta se conducen de la misma forma en muchos temas de la vida; vayan donde vayan y sea cual sea el asunto, tienen que sacar siempre algún beneficio.

Pero pongamos otro ejemplo.

De muchas regiones del País Vasco la gente iba en peregrinación a Aránzazu. Claro está que iban a Aránzazu fundamentalmente a rezar por ellos y por sus muertos, a recabar la bendición de la Virgen para su casa y sus cosechas, a ofrecer cierta cantidad de misas y a pedir salud para sus animales. Tanto como los físicos, también son estas creencias tan arraigadas en nuestro pueblo parte sustancial de los cimientos de una casa.

En estas peregrinaciones, al mediodía, se solía hacer una buena comida en compañía y hermandad: unos entrantes, luego chorizos asados, sopa de gallina, alubias blancas, chipirones, pollo con pimientos rojos, queso de oveja, dulce helado y cuajada. Todo ello regado con clarete de Navarra. Para acabar café y aguardiente.

Pero eso no es todo: una excursión también sirve para conocer la región, los ojos no son para tenerlos a la sombra, ya que ha llegado el momento de averiguar qué ambiente se traen por allí, qué es lo que se cuece en los caseríos y en los pueblos, cómo tienen sus carreteras, averiguar el estado de los bosques y hasta auscultar el pulso de su vida social.

La romería se hace con intención de dar algo, pero también, no lo olvidemos, con la de obtener algo tanto en el ámbito espiritual como en el material. En nuestra opinión siempre se obtiene mucho más de lo que se da. Las ganancias, aunque sea en información, siempre desbordan los esfuerzos invertidos.

MORCILLAS CON VUELTA

ODOLKIAK ORDAÑETAN

Este título es muy significativo para los vascos. Nos recuerda un gran capítulo de nuestra cultura. La costumbre rezaba así: En el invierno en todas las casa se mataba el cerdo. Del cerdo, según se sabe, no hay desperdicio: se come todo y todo es bueno para estómagos agradecidos. Es también una ocasión inmejorable para regalar algunos productos escogidos a los familiares más queridos y a los vecinos que más nos hayan ayudado. Todo el mundo estaba deseando saber a qué sabían las morcillas del vecino. Las morcillas solían ser los presentes más apreciados.

Pero al recibir estos presentes cuando llegaba la matanza, tenían que saber regalar ellos también. Y así se formó esta costumbre que también expresa la frase hecha del título. Con la matanza empezaba para los niños el paseo de casa en casa a llevar los presentes. José Aguirre, párroco de Amezketa se acordaba de haber llevado él mismo los presentes del cerdo siendo niño, y también que la fórmula era: "Para que probéis el presente de nuestro cerdito."

Unos buenos amigos de un gran caserío nos envían todos los años presentes. El día que aparecen con sus morcillas es un día de fiesta para nuestra casa, un día grande y de reposo. Pero tampoco es un día de tomárselo a broma: un día así nos hace realmente muy felices y muchas veces en lo más profundo de nosotros mismos, nace la buena voluntad.

El rito no es igual en todas partes. Una conocida vecina de Oiarburu , la entrañable Agustina, se subía por las paredes cuando oía mencionar los presentes. Solía decir así: "¡ Menudo día tan estupendo fue aquel en que nos quitamos de encima los dichosos presentes! El caso es que yo me sentía muy obligada por la costumbre. Ahora que no lo hacemos siento una verdadera liberación."

Para nosotros es una tradición memorable, y para otros, en cambio, agobiante.

Las morcillas, y los otros productos, quieren ser de por sí un regalo especial. Pero, como dice el refrán, el presente requiere respuesta. Eso quiere significar la expresión "ordañetan", es decir: "con vuelta".

Tiene además otro objetivo muy importante: que la casa no pierda. Lo que se toma con la mano derecha, hay que saber darlo con la izquierda.

Ninguna casa debe quedar en deuda. Es eso lo que quiere evitar la costumbre del presente con vuelta. La frase hecha deja bien manifiestas las dos caras del regalo, entendido como un gesto que exige una contrapartida de reciprocidad. Así nadie prevalece sobre nadie, y cada cual queda como amo y señor de su casa. De una casa que si está bien cerrada, nunca pierde y siempre gana.

¿ POR QUÉ CALLAR ?

ZERGATIK IXILIK ?

La primera cosa que un padre enseña a su hijo es que cuando ha conseguido algún beneficio para la casa haga lo posible por que no se sepa. En eso nuestros baserritarras son unos maestros.

Ese esfuerzo por callarlo todo tiene consecuencias de largo alcance. Harán todo lo que puedan por disimular de qué fuente han sacado ese agua tan buena. Aunque vayan todos los días a la fuente a por agua no dirán nunca cómo es ese agua. Temen que otro empiece a ir también allá por agua. Y si es descuidado puede que acabe por estropear el terreno, o puede que empiece a llevar ganado a abreviar o que destroce el camino o reviente el abrevadero o enturbie el agua. Hay que aprender de las desgracias. Y el estarse callado es siempre doble provecho para la casa.

He visto "encontrar" castañas asadas en los chocos más insospechados, y también hay quien se aleja mucho del árbol para sacar las castañas de sus cáscaras espinosas, de forma que nadie pueda descubrir cuáles son los árboles con más fruto. Y todavía dejarán los desperdicios en otro sitio más apartado. Y así los curiosos que merodeen por allá se quedan a dos velas. Es difícil adivinar algo sin pistas.

Hay gente que acostumbra a ir por manzanilla en verano. Otros en cambio prefieren las endrinas. Se han enterado de dónde las hay, pero en vez de ir directamente allí, empezarán a subir por un barranco, atravesando oscuros bosques, tratando de embrollar su rastro para los demás. Y si por casualidad ven a alguien por aquellas sendas y les pregunta por las endrinas, le darán la respuesta que traen bien pensada de antemano: "He cogido unas pocas en el hayedo de abajo". Para disuadir de seguirles a cuantos se encuentren por el camino darán un sinfín de rodeos, todos los que consideren

oportunos hasta quedarse tranquilos. Es posible que pierdan el día después de tanto dar vueltas y más vueltas, pero así les parece que ganan más.

Recuerdo a un casero sumamente inteligente. Muchas veces se le presentaban en el caserío señoritos ricos. Les solía ofrecer unas tortillas de setas. Todos decían que nunca habían comido setas tan sabrosas. Nadie sabía de dónde las sacaba. Cuando los caseros de los alrededores estaban dormidos, muy entrada la noche y bien oscurecido, se iba para el monte con un saco a la espalda. Llegaba al bosque en cuestión, y sacaba del saco una linterna o un farol y empezaba a buscar las dichas setas. Un día el cura del pueblo le preguntó: "¿Cómo consigues esas setas?". "Pues de noche con un farol" le respondió... y no mintió.

La verdad es que nuestro casero no escatimaba esfuerzos para recoger sus setas, para no revelar a nadie los caminos que sólo él conocía y para que nadie supiera qué pasos se traía. Sin duda, tanto misterio era tan importante para él como para sus setas. Es más, probablemente era del secreto mismo de donde surgía su magnífico sabor.

Aprender a estarse callado es una cosa: con eso se consigue mantener mucho tiempo el tesoro de la casa. Pero la finalidad de esa economía del silencio es también no ofrecer informaciones gratuitas. Cuando se pregunta: "¿Es tiempo de nueces?", quien haga la pregunta ya sabe que tendrá que varear las ramas con la pértiga. Quien trabaje tendrá su recompensa. Pero para eso hay que estar dispuesto no sólo a mover los brazos. También es importante conocer los nogales, y saber coger las nueces justo en su momento.

Por eso, toda noticia tiene su valor, y ninguna se da sin que se comprometa cuando menos una reciprocidad. Cerrada como una nuez, aunque de cáscara amarga, dentro siempre hay algo bueno para la casa.

MIDIENDO AL PRÓJIMO

BESTEAK NEURTU BEAR

Quien venga al País Vasco enseguida advertirá cuál es el mal más extendido: La vigilancia mutua. Y como consecuencia de ello, la ocultación de las palabras y los pensamientos.

¿Qué podía decir Jose Mari cuando volvió a su pueblo después de cincuenta y cinco años de ausencia ? Pasó muchos años en América y se le olvidaron del todo sus recuerdos de infancia. Pero no a los otros: como si hubiera sucedido ayer, nada más llegar le recordaron qué fue de aquella chica con la que se ennovió tantos años atrás, aquella trifulca que tuvo con el hijo del tabernero, lo que solía decirle al cura, al maestro o al boticario.

Le solían dejar hablar, a veces como un jefe autoritario, a veces descuidado, para así poder medirle mejor. Bien sabían que las formas eran lo de menos.

En cierta ocasión le recordaron que se había llevado una bonita planta de una hermosa casa vecina. Otra vez que había dejado tullida una oveja. Ciertamente, con tantas acusaciones hubieran podido hacer un libro. Dicho en otras palabras: Cuando era pequeño estaba bien vigilado, y después de tantos años, seguía estándolo.

Disimuladamente, ya fuera éste o aquél, no lo perdían de vista; los años no eran obstáculo, ni tampoco todo el tiempo transcurrido desde entonces. Y esto mismo es lo que nos sucede a todos nosotros.

En cuanto dos se juntan, enseguida empiezan a vigilarse: No pierden de vista los ojos, la palabras y los pasos del otro. Hablan de esa necesidad de vigilancia y adaptan su vida a ella.

Si el vasco tiene algo de lo que está satisfecho estéticamente, es el bertsolarismo. Y ¿por qué? Porque el bertsolarismo está basado precisamente en esa práctica a la que tenemos tanta afición: ahí todos no paran de vigilarse

y medirse constantemente, y de estar al quite del vecino en todas las cuestiones de la vida. El más diestro y perspicaz en este arte de la vigilancia es el que mejor canta las verdades o los ocultamientos de los demás, el que sabe verlos y parodiarlos, el que mejor ha sabido mirar a los otros permaneciendo a su vez, en lo que atañe a su persona y sus misterios, lo más oculto posible.

Entendida así, esta vigilancia se nos impone como una gran telaraña social en la que te quedas atrapado mientras te sacan todo el jugo.

Para ilustrar qué fuerza puede llegar a tener esta vigilancia mutua, vamos a poner un ejemplo: Fernando Amezketarra, el arquetipo rural del hombre que incansablemente pone a prueba y mide al prójimo, y a quien nada le tienta más que poner a prueba algún hombre de prestigio y de cultura.

No tiene miedo ni vergüenza de preguntar cualquier cosa. Pero detrás de todas sus preguntas hay una misma voluntad: averiguar hasta qué punto alguien es dueño de sí mismo. ¿Quién eres? ¿Cuánto vales? Si la pregunta nunca es espontánea, sea quien sea el interpelado y por más que se encumbre, la respuesta le dará la medida real de su humanidad y de su persona.

Al pueblo le encanta Fernando Amezketarra. Y eso ¿no será porque la vida del vasco es una constante prueba y un constante medir al prójimo? Pero no olvidemos que ése mismo que tanto gusta de poner a prueba al prójimo, detesta que se lo hagan a él. Ser evaluado es para él como dejar que le saquen el alma. Sabe que desnudo ya no es nadie, por eso se cubre de preguntas. Porque esa es la máscara que oculta su verdadero rostro.

PARA MEDIR, PROVOCAR

NEURTZEKO ZIRIKATU

Los dos conceptos suelen ir unidos el uno al otro. Para saber qué tipo de personalidad tiene el otro, es imprescindible coserlo a pullas y agujonearlo todo el tiempo, hasta llegar, si es preciso, a la provocación.

No es fácil saber "zirikar" a alguien con arte. Para empezar hay que saber atraerlo a la amistad, ganarse su confianza, entrar en conversación, ponerse al mismo nivel y adelantarse. Todo eso es para muchos un arte innato, y lo hacen con la misma facilidad con la que salen a tomar el fresco. Podríamos decir que aventan en el aire los caminos. Para eso tienen un auténtico sexto sentido, que saben administrar con verdadera maestría. Lo primero es hacerse habitual de alguien, medirle los pasos y las costumbres, para así tomarle la delantera.

Para saber qué personalidad y qué fuerza tiene un hombre, hay que ponerla a prueba. Para ajustar el diagnóstico, además, nada como intentar unas primeras incisiones en su carácter. Antes de cualquier operación, lo imprescindible es tomarle el aire y el pulso al sujeto, y también saber qué dicen sobre él los que viven alrededor.

Es mejor usar de la pulla con moderación. Si se usa sin exceso, se adelanta mucho, pero si la pulla ofende, se cierran las puertas y las ventanas. Las mejores evaluaciones del prójimo se hacen a diario con un uso moderado de la pulla. Esto es todo un arte, en el que algunos demuestran facultades peculiares.

Nuevamente tenemos que sacar a colación el bertsolarismo: Los bertsolaris durante horas y horas no dejan de tirarse pullas el uno al otro. Y es que precisamente para eso los han puesto allí uno frente al otro. El que mejor maneje la puya, ése será a quien el pueblo más aplauda. Le sacan temas al

contrario, ven qué cuenta, examinan sus salidas, tratan de adivinar qué tipo de hombre es el que tienen delante: esa es su táctica.

Por supuesto, cuando el juego deja de ser un juego, se convierte en otra cosa. En algo que define muy bien cierto refrán castellano: "primero pulla y después injuria". De hecho, hay algunos que a fuerza de empeñarse acaban por sacar de quicio al prójimo. Pero hasta para la provocación hay un motivo, pues para el provocador es sumamente importante saber cuándo se viene alguien abajo y hasta dónde aguanta de pie sin caer. Sabe que si lo consigue, ya tiene segura la victoria.

No son los bertsolaris los únicos que se dedican a lanzar pullas y a revolver vidas. También en los niveles sociales más altos suceden cosas parecidas. Hace unos meses, en la universidad de Pamplona se celebró un debate abierto en torno al euskera. Había ahí partidarios y detractores de la H que generalizó Koldo Mitxelena para el batua. Uno que quería poner a prueba al contrario lo intentó derrumbar de esta forma: "El que dice eso bien se ve que no es del oficio". No era mal órdago este argumento directo, no ya contrasu opinión, sino contra el hombre. Y es que la pulla y el enredo, con intenciones de desvirtuar o desacreditar al contrario, son moneda corriente entre nosotros, mucho más de lo que se cree.

Hay también quien después de haber soltado la pulla, recoge velas, para luego volver a atacar mejor todavía, y tampoco falta quien los anima a que provoquen todavía más confusión.

Ese afán por la pulla podría no ser mala cosa, en manos de determinados individuos que aspirasen a hacer de su ingenio un arte. Pero, por desgracia, en su manejo usual prevalecen otras intenciones. Podríamos formar una larga lista con los términos principales que se refieren a este hábito de la pulla: Zirikar, pinchar, agujinear, calentar, ganar, incitar y desconcertar. En eso consiste la clave de todo el vendaval. Pero por encima de todos, es pulla el término que sobresale.

¡ CÓMO TE HAS REÍDO DE ÉL !

NOLA JO DIOZUN ARPA

Es frecuente ver en torno a nosotros ciertos personajes de fuerte personalidad que se jactan de la manera en que se ríen de todos los demás. Cuando consiguen burlarse de alguien, ridiculizarle o humillarle, siempre hay alguien que les ríe las gracias con una sentencia proverbial: "*Nola jo diozun arpa*", *Cómo te has reído de él*. Una vez más, nos encontramos con una frase que dice mucho más de lo que parece. No se trata tan sólo de celebrar una humorada. En realidad, nos remite a la sempiterna pasión de los vascos por ponerse mutuamente a prueba.

Siempre hay alguien que toma la iniciativa, alguien que quiere saber más acerca del otro. Si no lo conoce del todo, para tenerlo bien medido. Si lo conoce, para conocerlo mejor. Si lo ve por encima de él, para bajarle unos cuantos peldaños y demostrar así su superioridad. Ese que pregunta, ya parte de una base: se considera capaz de tomarle la medida a cualquiera, incluso de conseguir información de primera mano sin que sus informantes se percaten bien de lo que está sucediendo.

Para eso hay que saber hasta dónde da de sí el prójimo, y con la experiencia que dan los años, nada mejor que comenzar el asedio como si fuera una invitación

Cuando estás conversando con alguno de esta especie, enseguida te empezará a contar sus actuaciones, y tú, sin darte cuenta acabarás por contarle toda tu vida de arriba abajo, aunque él ya la sepa toda. En esa relación te sacarán todo lo tuyo hasta dejarte vacío, con todos los detalles: él en cambio pasará como sobre ascuas sobre su persona y sólo dará información superficial. En eso son maestros consumados, siempre salen ganando, y en la repetición constante de la misma conducta, acaban por convertirse en doctores de todas las astucias.

Ese reírse del otro por medio del disímulo y el engaño, es algo muy conocido para el jugador de mus: hay que hablar poco, hacer como que se equivoca uno al hablar, recabar toda la información posible y esperar.

De hecho, confundir a alguien para ridiculizarle es como un juego, donde hacen falta grandes dosis de malicia, un cierto temple y saber mantener el tipo hasta el final. El que lleva la pauta está acostumbrado a tomárselo bien en serio y sabe retirarse del "lugar del crimen" sin dejar el menor atisbo de su jugada. Solo más tarde, días después, revelará a alguien de su confianza toda la trama de su burla, como si fuera una hazaña.

La afición a las conductas marrulleras y astutas está muy extendida, como medio peculiar de sacar provecho. Y hacen falta facultades. Tanto que casi está admitida como una gran virtud, el gran arte de los eternos niños traviesos.

No obstante, el afán de dominar al prójimo es de por sí un proceder condenable.

El que se dedica a reírse de los demás, según reza el dicho, acaba por recibir su castigo en su momento. Tarde o temprano se vuelve insensible al daño que causan sus burlas, acaba por endurecésele el alma y no es raro que al final se quede completamente solo, porque no se puede vivir siempre en figura de burlón. El amante de las pullas siempre encuentra dificultades al cabo de la vida, cuando sus propias armas se vuelven contra él sarcasmo sobre sarcasmo.

No en vano, al hombre de pueblo corriente no le gusta eso, le parece algo reprobable, algo que vacía al hombre de su verdad.

Todos los seres humanos tienen, en efecto, una verdad propia interna, personal, distinta de la del prójimo, e innata, y arrebatarse a alguien sin que se dé cuenta esa verdad interna suya, les parece que es como robarle lo más sagrado de su personalidad. No es de extrañar que los aficionados a las pullas tengan al cabo tan mala fama. Lo suyo, más que fama, es una infamia.

SE IMPONE LA MEDIDA PROPIA

ETXEKO NEURRIAK AGINTZEN DUTE

Quien se dedica a poner a prueba al prójimo, sólo atiende a su vara de medir. Esa vara de medir se la ha formado en su propia casa y es la que gobierna al fin sus relaciones.

La tendencia a poner a los demás a prueba sigue un esquema que ha surgido de los problemas personales de cada cual, sobre todo para sembrar en campos ajenos y poner allí su privada semilla de discordia. Del mismo modo que cada ser humano percibe el calor de su sangre, así mismo estima las medidas y las pautas de comportamiento que ha elaborado. Si le sirven de algo, es para poner a prueba constantemente las medidas ajenas.

Por supuesto, quien pone a prueba al otro intenta ganarle por la mano, hacer valer su criterio, incluso, si se tercia, avasallar al prójimo y dominarlo.

Sólo saber quién es el que se dedica a esto ya supone para cualquiera una gran ventaja a la hora de preveer sus acciones. Sin embargo, el que sabe conservar la serenidad en las situaciones difíciles gana mucho en hombría, sobre todo porque demuestra estar preparado para superar tanto los contratiempos propios como los ajenos.

Hecho a la observación minuciosa, pueblo sencillo no le gusta el que anda siempre apresurado en todo, sin aliento. Aunque no digan media palabra, aunque le respeten, interiormente y en silencio, casi le compadecen.

No obstante, si esa persona sin medida y sin sosiego está facultada para tomar medidas que les afecten, casi comienzan a temerle. Al no ver en él ninguna muestra de sentido común, ni de tranquilidad de ánimo, lo ven como un peligro andante, bien capaz de desestabilizar a todo el pueblo.

Tanto como estos perpetuos agobiados, los *xomorros* y los *txobxolos*, los marrulleros y los alocados sin fundamento, los histriones y los charlatanes no tienen futuro en el País Vasco.

El que sí está bien visto, el que siempre es respetado, es el hombre comedido, de pocas palabras, que medita lo que dice, que se toma su tiempo. Aquél que por encima de todo sabe escuchar, estar en su sitio, sin hacer de menos a nadie y con total sosiego.

Y porque cumplen con todas estas características dicen que los trabajadores de Guipúzcoa están muy bien considerados en el País Vasco y fuera de él, aunque algunos reducen el alcance de la alabanza alegando que "solo valen para cosas a su medida". No se atreven a emprender cosas grandes.

Recuerdo que al oír este comentario pedí más detalles. Entonces me pusieron el ejemplo del muelle central de Guetaria. Podía haber sido el gran puerto de Gipuzkoa, como también pudo serlo el de Pasajes para todo el País Vasco. Pero lo cierto es que el guipuzcoano no se mueve bien en los espacios y en las empresas de grandes magnitudes. Todo lo contrario que el bilbaino. éste no vaciló en construir su famoso superpuerto en el abra del Nervión, que al fin y al cabo, no deja de ser más que una ría. Y, de haberlo precisado, hasta hubiera plantado la capital de ese "Gran Bilbao" en medio del mar.

En cualquier caso, tras esta comparación de medidas propias y ajenas, lo evidente es que a los vascos les agrada el que se esfuerza en algo, sea en una medida u otra. Pero al que se rinde a las primeras de cambio, al apocado o al descuidado, en una palabra, al que no conoce su propia medida, a ése el vasco no lo quiere cerca.

MEDIRSE EN LA MESA

NEURTZEKO MAIA TOKI BEREZIA

La mesa es un lugar privilegiado para evaluar al prójimo. Los vascos se juntan a menudo en torno a una mesa. Yo pasé muchos años de mi vida en una aldea vasca, y veía cómo se juntaban los hombres una vez por semana, después de misa. Y no era como excusa para beber algo. Más bien al contrario, tomar algo sencillamente les daba el derecho a entrar en la taberna. Empezaban por jugar al mus, entre "órdagos" y "envidos". No dejaban de la mano un cafecito. Con eso pagaban la entrada al bar. Para sosegarse, para encontrar su lugar y comenzar a medir al otro, necesitaban empezar con una partida al mus. Bajo las formas de un entretenimiento intrascendente, se teje así toda una liturgia social tan antigua como elocuente entre nosotros. Al cabo de la partida todos cuentan que se han divertido lo suyo y, por supuesto, seguro que han pasado un buen rato. En realidad se han tomado la medida en todos los órdenes, entre bromas y veras, hasta la semana siguiente.

De hecho, en el caso de mi experiencia y siempre alrededor del juego, barajados con él, salían a relucir muchos otros temas: peripecias de la vida del pueblo, formas de trabajar o sucesos locales. Son esos temas los que provocan el comienzo de otro juego dentro del juego, como hay otro lenguaje dentro del lenguaje -ya lo hemos dicho-, el metalenguaje. Allá, en ese pueblo y sobre aquella mesa de mus, yo puse en práctica todo lo que había aprendido acerca de aquella ciencia en las mejores universidades. Tampoco yo jugaba, en realidad estaba aprendiendo, y la taberna era mi laboratorio.

Ciertamente, alrededor de una mesa se hacen sorprendentes descubrimientos. A medida que se van acomodando en la partida, las lenguas se van soltando, naípe sobre naípe y pulla sobre pulla. Hay que estar atento como un alumno disciplinado ante tantos maestros para no perderse nada.

Pues al acecho, de la misma manera que ponen todos sus sentidos en la caza, exactamente así suelen estar en esas reuniones semanales de amigos.

Aunque el encuentro parezca inspirado por la necesidad de olvidar sus problemas cotidianos, espontáneamente les surge esa pulsión por probarse uno a otro, de calcular qué se trae el prójimo. Se trata de un hábito innato que se impone por sí mismo sin que nadie lo programe. Son cosas tan naturales para ellos como la respiración.

Y es que verdaderamente les gusta la mesa. Y en cuanto están sentados alrededor de una mesa, enseguida empieza el juego de las medidas. Como si con él no fuera la cosa, con el máximo desapego y la mayor tranquilidad, uno deja caer una anécdota, el otro la coteja con cierto sucedido, no faltará un tercero que se aplique a sacarle punta a todo lo que se mencione. Y cuando vuelven a casa no por ello dejarán de actuar así. No son sólo cosas de taberna. Como los granos de trigo en la criba, examinan las informaciones una por una y no dejan de decir quién ha dicho qué cosa. Lo que sale a relucir no lo olvidarán. Según el tipo de información que sea, le darán la importancia que le corresponde. Y al que les está proporcionando la información no dejarán ni que le asome la evaluación que les merece, diciéndole que aquello ellos ya se lo esperaban.

Intencionadamente y sabiendo bien de qué hablamos, hemos escrito a las claras que los hombres de un pueblo se reúnen aproximadamente una vez por semana y que en ese día no dejan de evaluarse los unos a los otros. En otros países las cosas no suceden de la misma forma.

En el extranjero, los hombres tienen por costumbre ir a diario a las tabernas, después de trabajar. Por lo común lo que pretenden es relajarse, juntarse con los amigos y empinar un poco el codo. En ese mundo no les resulta tan importante el evaluarse.

A modo de resumen de este capítulo podemos decir que las cosas no se hacen de la misma forma en todas partes. Más difícilmente sociables, más independientes, individualistas a ultranza, siempre tan alejados unos de otros como nuestros caseríos, en nuestro país los hombres no se juntan a diario

pero el afán de medirse es mayor. Y este es el significado de la afición a sentarse a una mesa: A menor hábito de reunirse, mayor partido le sacarán a la partida.

MEDIRSE EN EL TRABAJO

LANEAN NEURTU BEAR

El grupo de amigos es lo que más aprecia el vasco. Sus relaciones son naturales, abiertas y espontáneas. De ese ambiente surgen luego las relaciones laborales y los deberes comunitarios. Ahora bien, cuando están trabajando uno junto a otro, enseguida empiezan a medirse. Esa es la razón por la que los compañeros de trabajo rara vez extienden ese compañerismo a su vida social. A nadie le gusta que le evalúen. Y es que esas evaluaciones se consideran como una injerencia en la intimidad de cada cual...

En los caseríos vascos están acostumbrados a evaluar y juzgar los trabajos de los vecinos. Saben, por ejemplo que Jose Mari de Estezubi lleva sembrando nabos desde las seis de la mañana. Han visto también a la familia de Malkorpe estercolar el prado, para fertilizar la tierra. "Ya están", será el comentario de todas las lenguas de los alrededores. Y cada cual se tiene por el más sabio y ecuánime de todos los contornos. "Los hombres de casa Sasurde han ido a prensar manzanas, así que también este año tendrán sidra en esa casa", anuncia una voz destemplada. "La señora de Bordaberri ha hecho compras", dice otra que bien las querría para sí.

Así, están bien enterados de quién es el primero y quién el último, dónde recogen las nueces, dónde están hilando, quién pesca truchas y dónde se crían las ranas más sabrosas. Por supuesto, también conocen muy bien los puntos débiles de cada familia y de cada casa, dónde han fracasado en su empeño y dónde han conseguido el éxito que esperaban. Tienen los ojos siempre puestos, evaluándolo todo, en los trabajos ajenos.

Y en los trabajos compartidos suelen dirimir cuestiones delicadas. En los grandes valles tienen las tierras comunales repartidas entre las familias: unas para hierbas, otras para cortar helecho, otras para bosque y así hasta el

último palmo de tierra. De cuando en cuando, les toca comprobar el estado de las mugas en nombre del pueblo. Y entonces es cuando surgen las preocupaciones: hay que cuidar los comunales. Cogen los útiles del agrimensor y ahí que te van al comunal a comprobar las lindes. Ante la primera discrepancia, no vacilan en medirse el uno al otro con virulencia. Pero enseguida aparece un hombre bueno, un "plaza gizona" que ayuda a serenar los ánimos. Y es que esa es la tarea diaria: aprender a llevarse bien.

Empiezan ya de jovencitos a medirse unos a otros. En cierta ocasión que se avecinaban las fiestas patronales, el concejo del pueblo donde vivía por aquel entonces pidió que se hicieran ciertos trabajos para el común. Y con ese objeto se solían juntar cuadrillas de chicos y chicas de unos veinte años. Era digna de verse la forma de hablar que empleaban entre ellos. Aquello era un ambiente extraordinario. Andaban buscándose las cosquillas los unos a los otros en la conversación, midiéndose. Un día uno de los jóvenes, Daniel, irrumpió en el cónclave con una noticia drástica: resulta que los bertsolaris no iban a venir a las fiestas del pueblo. Al punto, el responsable del grupo, José, le tomó la medida con dos preguntas: "¿ Estás conforme con tu papel en los preparativos de la fiestas?", y a continuación: "¿Estuviste con los bertsolaris el domingo pasado?".

A pesar de su extrema juventud, y una reunión tras otra, han aprendido bien a evaluar y vigilar el trabajo mutuo. Ahí empezaba a tomar forma una actitud peculiar que duraría toda una vida.

SOY MÁS FUERTE QUE TÚ

OR DAGO

"Or dago", en euskera, y del euskera al castellano, órdago, el envite del resto en el juego del mus. Sin duda, es ésta una expresión vasca muy significativa. Se la puede considerar la medida definitiva. Para saber quién es más que quién esa expresión es clave. "Or dago", ahí está: es lo que quiere expresar el que echa un órdago: "Yo soy más fuerte que tú, yo a ti te puedo".

Para el vasco todo juego es una lección de filosofía práctica pensada específicamente para evaluarse uno a otro. Este afán por medirse tiene de por sí unos objetivos que varían según cada caso y cada casa. Y es que cada cual tiene su método para ir progresando en la vida.

Los juegos populares pueden considerarse desde dos puntos de vista: por un lado son sin duda ocasiones de medirse y evaluarse. Pero extendiendo el campo de visión, tanto como la medición entre los contendientes, encontramos otra medición que involucra a todos cuantos participan de un modo u otro en el juego: la "dema"; es decir, la apuesta.

Como ya hemos dicho al principio, cada juego marca sus reglas propias: el levantador de piedras, el arrijasotzaile, tiene que levantar hasta el cuello la piedra tantas veces; el corredor, el korrikalari, debe tocar la meta el primero; el pelotari tiene que dar más golpes a buena que su contrario; en la *idi-dema*, en la prueba de arrastre, hay que arrastrar con bueyes y en público un bloque descomunal de piedra; en la *ari talka*, la lucha de carneros, la fuerza y resistencia de los animales compromete también a la de la casa; el palanquero debe arrojar lo más lejos que pueda la pesada barra, el segalari debe segar mejor y más rápido que su rival, el aizkolari ha de hacer lo propio ante una imponente hilada de troncos. Y así tantas otras pruebas de nuestro mundo rural, casi hasta la infinitud. Todas ellas miden una destreza, se

realizan dentro de un certamen abierto y ante un público que ejerce como juez y testigo. Pero eso no es todo.

En ese mundo de los juegos se encuentra también esa otra función cuyo nombre ya hemos avanzado: *dema*, la apuesta: es un elemento invariable de todos los juegos vascos. Para percatarse de esto hay que tener los ojos en un segundo nivel, más amplio y más elevado que el estrecho escenario donde se dirimen. Pues si las pruebas pasan por ser bien sencillas, el mundo de la apuesta encierra una considerable complejidad donde, una vez más, se oculta bastante más de lo que se muestra. En las "demas" se trata de determinar quién es el más fuerte, pero también quién es el más hábil tanto en el juego como en el "metajuego", es decir, en ese "otro" juego que no se ve, cosa de por sí sumamente difícil.

Los protagonistas del juego deben actuar obligadamente dentro de unas reglas: pero no hay que olvidar que casi todos los seres humanos tienen unas medidas diferentes, propias, que han ido conformando con el paso del tiempo. Para entrar en este tipo de pruebas es imprescindible ser persona de gran experiencia y, a poder ser, de no menor perspicacia. Pues, si bien las normas son las mismas para todos, aquí, como en el metalenguaje, la información es tan importante como la interpretación. El que observa pone la perspicacia, pero el que juega es dueño de sus astucias que, en los momentos oportunos, sabrá ejercer con más o menos audacia. De hecho, lo que se está midiendo y evaluando ahí es algo más importante que la mera victoria o la derrota. Por eso a muchos hombres les gusta este mundo de los juegos con apuesta. En realidad a todos, porque todos participan de un modo u otro, por medio de las apuestas, en lo que se juega.

Y así sucede que hay quienes, aunque participan en la diversión, en realidad no contemplan el espectáculo: hacen acto de presencia, pero su esencia está en lo que no se ve. Están implicados en el juego hasta el alma, pero es otra cosa la que les preocupa: el dinero de la apuesta, nada menos, y no cejan de urdir intrigas, astucias y artimañas de toda especie para ganar.

con o sin espectadores por medio, el juego más apropiado para este medirse mutuamente hasta el último resquicio del alma es el mus. Desde la primera mano los jugadores empiezan a medirse incansablemente los unos a los otros: a la grande, a la chica, números iguales, números elevados. Y además esas no son las únicas medidas que entran en el juego: el ambiente de relajación aparente y de hermandad no menos aparente, las altas horas en que se juega, los licores que lo animan. El que juega al mus en realidad trabaja sin descanso. Todo el juego implica un incesante medirse el uno al otro, hasta que llega el momento triunfal de soltar el órdago. Al decir esto, convencido de que ha podido con todos, el jugador extiende sobre la mesa todas las bazas que tenía ocultas; saca a la luz entonces, todas a la vez, las cartas que le dan la victoria: un pensamiento enérgico, audacia, lucidez y una personalidad vencedora.

En el silencio que sigue al órdago, es donde habla sin parar el metalenguaje. "Yo soy más fuerte que tú", ha dicho sin palabras el ganador. "Yo he sabido medirte y ganarte", dice una y otra vez. Es decir: "si te he ganado en el juego, más fácil te ganaré en la vida". Y en no pocas ocasiones, así sucede.

MEDIR PARA DOMINAR

NEURTU MENPERATZEKO

Muchas veces el medir al prójimo y el dominarlo van parejos: una acción sigue a la otra como el verano a la primavera y la luna al sol. Para saber dónde está el punto débil de alguien es necesario medirlo con detenimiento por todas sus costuras. Y el que mejor mide, suele ser también quien mejor corta el traje. Es decir, el que domina la medida del otro y la administra a su capricho. Mientras que aquél que se ha dejado medir, más que vestido queda al desnudo.

Según sus habilidades en este arte, a uno le adjudicarán el apelativo de *Txepetx* (reyezuelo) a otro *Xoxua* (mirlo), a otro *Otsoa* (lobo) y así surgen los sobrenombres que son la metalingüística del nombre.

De una ironía a otra, ciertamente, una de las mejores llaves para abrir la puerta de las medidas pasa por ganarse la sonrisa más confiada de aquel a quien se pretende dominar. De los tiempos de mi infancia recuerdo una imagen: José, el de Elgarresta, siempre sonriendo al borde del camino, siempre esperando a alguien. Cuando pasaba ante él, siempre me recibía con esa alegría, como un viejo amigo de la familia, y enseguida me buscaba lleno de preguntas y de curiosidad. "¿Ya te ha dado bien de desayunar la abuela?", solía decir para empezar. Quería pillar así a un niño para hacer la evaluación completa de una vida. Después de enterarse de lo que comíamos, seguía con los juegos, más tarde quería saber con quién dormía y acababa por preguntar a quién se le franqueaba la puerta en casa. Conocía hasta la sombra de cada cual. Lejano en su calidez, sólo hermano de sus propias ambiciones, viejo zorro siempre al acecho. Tal y como lo sigo viendo cuando paso por allá aunque ya no esté, a la vera del camino, siempre en el mismo sitio, esperando. Había medido a miles de hombres. A cada cual lo trataba y sonsacaba de acuerdo con su personalidad. Y, si le dejaban, se le metía hasta el hueso del

corazón para mejor conocerlo. Entre pregunta y pregunta, a medida que avanzaba en su intención, le afloraba a los labios una sonrisa de felicidad, de placer inmenso. Sabía entrar hasta adentro y luego salía muy despacio, después de darse por satisfecho en sus averiguaciones. Tenía una facilidad innata para este tipo de evaluación del carácter. Y después de evaluarlo, casi sin ser consciente de ello, empieza a intentar dominar al prójimo. Si no lo conseguía, ya experimentaba una notable sensación de tranquilidad por el mero hecho de haber medido a los demás. Ya los conocía, los dominase o no, nunca le cogerían por sorpresa.

Más allá del que evalúa al otro para satisfacer sus complejos personales, de inferioridad o de superioridad, también hay quien evalúa al prójimo por pura maldad. Después de medirlo, estos buscan ya sin ambages la ocasión de sojuzgarlo. Los problemas empiezan cuando se encuentran con una cuña de su misma madera.

Tampoco se puede ignorar la conducta de los que tiran la piedra y esconden la mano, los que se hacen los ingenuos después de sembrar su saco de cizaña, siempre acechando la ocasión de reírse de los demás, en ocasiones, sólo para quedarse en paz consigo mismos. Abrumados por sus carencias personales, quieren demostrarse que no son menos que los demás. Y para eso, nada mejor que medir al otro, tentando en su carácter hasta dónde puede llegar. Empiezan por preguntar las cosas más simples, o las más enrevesadas. La cuestión está en pillarle al otro en un renuncio. Entonces el gracioso se reirá a gusto delante de todos. Pero el objetivo único de toda su actuación es adelantarse para impedir que se burlen de él. Y para conseguir esa ventaja anda desasosegado, inseguro, vacilante, siempre en tensión, hasta que encuentra el modo más disimulado para descargarla sobre el otro, haciéndole blanco de sus ironías y midiéndole a la vez, hasta que lo saca de su medida o de sus casillas.

Por equilibrar la crítica de estos graciosos, diré que también es verdad que hay quien se enfada por bien poca cosa. Es fácil medir lo que hay debajo de tanta susceptibilidad, y todavía más escarmentar a quien se enorgullece de

poseer este tipo de personalidad. Por algo dice el dicho: ¿Qué le dijo el mirlo al cuervo?: culo negro". La inconsistencia es el pago de la arrogancia.

RISAS DE FIESTA EN EL BIDASOA

JAI TA IRRI BIDASO'KO ETXEAN

En los pueblos ribereños del Bidasoa tienen el secreto de la felicidad: se juntan los amigos para hacer una buena comida, y plato sobre plato aprovechan la ocasión para dar un repaso al vecindario y para reírse de sus vecinos hasta que se les desencajan las mandíbulas. Por lo general se comienza probando el caldo de las anécdotas en un tono casi entrañable, y de ahí, con las chuletas, se pasa a desmantecar al prójimo tajada sobre tajada, hasta dejarlo en los huesos. Lamentablemente, lo digo como vasco, eso es lo que entienden muchos vascos por divertirse y vivir: hacer astillas el buen nombre de los demás, con los oídos abiertos, la cabeza en una nube y el corazón en paz.

En parte, este comportamiento tiene su lógica: Para digerir tanto veneno, nada más sensato que intentar neutralizarlo con una buena comida.

Es digno de mención lo que presencié en cierta ocasión durante una visita a los amigos de un caserío: estuvimos sentados a la mesa cinco largas horas. Y por hacer un poco de *antropología gastronómica*, les contaré hasta lo que comimos: como entrantes había chorizos asados y jamón serrano bien curado. Luego sopa, esponjada en la mejor carne de ave. Después un perol de alubias blancas. Trajeron abundante merluza frita, luego pollo a la cazuela. Después costillas de buey asadas con pimienta. Y tampoco faltaron postres: cuajada casera, arroz con leche, flan, torrijas y queso. Para acabar hubo café, bien caliente, acompañado de diversos aguardientes, blancos o rojos. Y mientras comíamos corrieron todo tipo de bebidas: clarete navarro, vino blanco, sidra hecha en casa y para acabar aquella estupenda comida por todo lo alto, champán bien espumoso. ¿Qué más se le puede pedir a un día así?

Mientras comíamos, la conversación se alimentaba con noticias de toda especie en un banquete de lenguas que, como se sabe, es el peor y el mejor regalo de la tierra. Una vez metidos en harina, salió a colación el nombre de una persona conocida de todos, María Josefa, la de Galtzaraborda. Era una abuela listísima, les dije, que no tenía rival en cuestiones de apicultura. De ese tema, María Josefa sabía doscientas palabras vascas antiguas y desconocidas. Mientras les contaba eso, otro de los de la mesa empezó a reírse: "Pues esa mujer no sabe nada". Y poco más tarde continuó: "Hace unos pocos días le picó una abeja, y había que verla: no se podía aguantar de dolor". Las carcajadas duraron un rato. Verdaderamente la abuela salió malparada de aquella otra picadura verbal, tan gratuita y tan hiriente.

Como otros casos que ya hemos contado, ese picotazo de ingenio permitía a la mujer que lo soltó ponerse en un nivel superior delante de todos. Quedaba como una autoridad en el tema que estábamos tratando, y los demás se lo confirmaron con la risa en los labios, la alegría en las caras y el sudor en las frentes. Agotado ese tema, pasamos a otros donde tampoco faltaron voces que fueran midiendo a los ausentes con más comentarios irónicos y con la más absoluta tranquilidad de conciencia. Sin embargo, de vez en cuando, como un ritornello musical, volvía a salir el episodio de María Josefa, y la desgracia de la pobre mujer volvía a desatar la risa de todos.

Ese día, me fui de esa casa pensando por qué somos así: por qué el dolor ajeno puede llegar a ser motivo de contento para algunos. Por qué hasta en nuestras fiestas necesitamos una víctima.

EL BUEN NOMBRE DE LA CASA

ETXEAREN IZEN ONA

El buen nombre de la casa es algo muy importante en el País Vasco. Es una verdadera obsesión por la que se trabaja día y noche, un sueño personal y colectivo que se convierte en un objetivo de inacabable cumplimiento.

Conocemos el caserío vasco desde el punto de vista de su arquitectura y de su estética. Podemos encontrar muchos libros que versan particularmente sobre el tema. Al ver estos hermosos edificios, aquí y allá, es cierto que se nos alegra el corazón. Dicen tanto de nosotros, tanto nos recuerdan, tanto nos cuentan. Algunos con tejado a cuatro aguas, otros a dos, e incluso a tres. Por cualquier parte puedes ver estas peculiares construcciones: amplias y sólidas, con ese aspecto de verdadera fortaleza, inatacables. La fachada suele ser alegre y sonriente. Algunos adornan las entradas con pórticos, con recios garitones, o con macizas columnas de piedra. Otros dejan al descubierto sus nobles sillares, el blasón hidalgo o la losa medieval con su nombre labrado,. A otros les basta con mostrar las vigas de buen roble que sustentan su venerable antigüedad.

Según en qué valles predomina la tendencia de asentar sobre el dintel largas balconadas, en otros prefieren los balcones cortos y estrechos. En algunos, llaman la atención las pesadas verjas de hierro delante de las ventanas. La conjunción de piedra y hierro siempre es agradable a la vista, más aún cuando encontramos esos soberbios trabajos de forja que adornan algunos de nuestros caseríos. Otros nos hablan de la gran cultura de la madera, también ésta sabe dialogar con la piedra. No hay más que acercarse a los caseríos de la montaña, con esos tejados de pizarra que los hacen tan esbeltos, o a las casas de los pescadores en los pueblos marineros, pintadas cada cual con el color de sus barcos. En cualquier caso, de la montaña al

valle, de la costa al interior, los caseríos vascos comparten un mismo idioma hecho de historia, autenticidad y carácter.

De hecho, todas estas casas son expresión de nuestra personalidad, testimonios de la mente y el espíritu de nuestro hombre vasco. A modo de fuente y fundamento de esta alma vasca, se nos aparece una palabra que el vasco suele manejar y utilizar con entusiasmo: el verbo hacer (*egin*), que resulta extraordinariamente esclarecedor, pues sobre este concepto se construye desde sus cimientos todo el buen nombre de la casa.

Eso y no otra cosa es el vasco toda su vida: un "hacer". De ahí el conocido dicho: "Zer egin bear dut ?", ¿Qué tengo que hacer?

El otro día, un nacionalista vasco hablaba sobre el futuro de este país. Le vi tan profético que no pude por menos que sacar a colación la parábola de Juan el Bautista y, naturalmente, la conocía. ¿Qué dijo el Bautista cuando tuvo ante sí al Cristo ? La misma que se planteaba él ante su propia utopía: "¿Qué tengo que hacer?". Hacer, hacer, hacer, construir sin descanso. No se me ocurre mejor programa político para sacar adelante a este país.

Este verbo *egin*, hacer, se nos aparece con mucha frecuencia como muestra de nuestra personalidad en la conjugación vasca. Algunos lo usan incluso demasiado. Véase: "*joan egin naiz*"; "*erosi egin dut*"; "*erori egin gera*"; "*ikusi egin duzu*" (He ido, he comprado, nos hemos caído, has visto) . Ya dice mucho que el "haber" castellano se traduzca en un "hacer" vasco. No obstante, en todas estas frases el verbo *egin* es superfluo. Pero sin embargo se trata de un recurso auxiliar tan extendido como comer el queso con pan, y la razón de esto es la gran carga de significado que tiene para el vasco: el hecho de hacer, nos resulta imprescindible para entendernos, porque el vasco no puede vivir sin hacer nada. De hecho, hacer algo es la mejor manera que conoce el vasco para conocerse a sí mismo.

NECESITAMOS A LOS OTROS

BESTIEN BEARRA IZAKI

No basta con tener una soberbia casa, ya que su mantenimiento nos pide tanto como nos da, y huelga decir que eso supone mucho trabajo propio y ajeno. En definitiva, tarde o temprano necesitamos a los demás.

Inopinadamente sucede alguna desgracia en el pueblo, en el barrio, en los montes o en el bosque. Tempestades, temporales, tormentas cargadas de relámpagos o inundaciones que desbordan todos los cauces y que producen grandes daños en muchas casas. Todos sabemos que reparar los desperfectos de cada casa es trabajo imposible para un sólo hombre; debe hacerlo un grupo, y no pequeño. Ya se trate de un corrimiento del terreno, o de un aguacero que deja los caminos cortados y a los pueblos sin agua, ya de cualquier otro tipo de catástrofe. Todo supone trabajos y pesares para muchas casas y, por descontado, para todos los que viven en ellas.

Así mismo puede surgir la necesidad de poner coto a ciertas alimañas: los tejones que destrozan los rediles, los jabalies que arrasan las huertas, los perros asilvestrados que diezman los rebaños, como antes lo hicieran los lobos; y también los buitres o las águilas reales que saquean los gallineros de la casa. Contra todos esos enemigos, cuantos más se junten, mejor.

En las casas suceden también muchos imprevistos de menor importancia: que se quedan sin pan para almorzar, o que no les llega la simiente para las piezas o la huerta. Se hace imperativo llamar a la puerta ajena. Pongamos que unos primos lejanos se presentan de improviso a almorzar y nos cogen con la cocina vacía. O si no, resulta que el tempero ordena sin excusa juntar muchas manos para lavar las piezas, pues las de casa no bastan.

Todos esos avatares y muchos más son los que explican también la costumbre de pedir cosas "con vuelta". Pero también algo de mucha más trascendencia, como es el surgimiento de la tradición del *auzolan*, el trabajo comunitario. Y es que si para muchas cosas nos necesitamos los unos a los otros, llegado el caso, hay que saber recurrir a la comunidad y comportarse en suma como un ser social.

Quien sabe ser sociable, quien hace sociedad y comunidad con su comportamiento, consigue verdaderamente difundir el buen nombre de la casa. El juntarse con los demás ante un problema es la conducta más procedente, tanto para resolver ese problema como para conocer la comunidad en la que vivimos. Pues nada más cierto que es ante las dificultades donde se conoce a los hombres y a las sociedades.

Aunque parezca una obviedad, cuando se asiste a una de estas reuniones, conviene tomarse un tiempo para ver bien qué sucede, y después hay que conocer las intenciones y pensamientos de los unos y los otros, porque siempre habrá cuando menos dos posturas enfrentadas a la hora de resolver cualquier problema común. Tanto como analizar el problema en sí, en todo su alcance, es importante saber quién es quien, a cara descubierta y ante todos los demás. Conocer bien a quien se sienta a tu lado acabará por redundar en tu provecho más tarde o más temprano, sobre todo si consigues averiguar hasta qué punto es cumplidor de su palabra y cómo se esfuerza en atenerse a lo convenido.

Todo el mundo sabe que tiene que ayudar, pero cada cual tiene una prioridad bien clara en la cabeza: Qué provecho ha de sacar para casa.

Las más de las veces el objetivo de algunos convecinos es ganarse como puedan, para su beneficio, las fuerzas de que disponen los demás. Pero porque unos y otros saben que todo en la vida del caserío es "con vuelta", también saben equilibrar el peso de lo que consiguen con la ayuda que habrán de ofrecer en pago. Si uno ha conseguido que diez hombres del vecindario le ayuden a layar, sabe que queda obligado a acudir a ayudarles cuando le llamen de esas casas. Si ha pedido prestada una cantidad de dinero, también

sabe que está obligado a restituirla en cuanto pueda, ya que con esa condición se la dieron. Esa tradición ha perdurado durante generaciones para provecho general. Aunque siempre haya, como ya hemos dicho, quienes sólo piensan en cómo arreglar el camino de su casa con la ayuda de todos, así mismo, todos saben que ese camino no conducirá a ninguna parte si no tiene una vuelta de reciprocidad. Pues en definitiva, es en esa manera de pedir ayuda y ofrecerla ante todos los miembros de una comunidad, donde se juega para bien o para mal, todo el renombre de la casa.

LA FLORACIÓN DE SOCIEDADES

LAGUNARTEAK BETI LORATZEN

En capítulos anteriores hemos hablado del vasco que, más que vivir, pervive enfoscado en la hondura de sus montañas o en la lejanía de los mares. Del vasco que conjuga solo y en primera persona todos los tiempos del verbo "iraun", aquel que persiste y subsiste en su soledad interior. Pero tanto como todo lo previo, el vasco también sabe vivir en comunidad. Y ciertamente, no faltan ejemplos que ilustren esta dimensión de su existencia por todo lo ancho del País Vasco. Basta con ver, por ejemplo, la inmensa riqueza de agrupaciones corales que poseemos. No nos faltan buenas voces pero tampoco ganas de asociarnos. Cuando el vasco comienza a cantar, rarísima vez lo hará solo, sino con otros dos o tres. Esta necesidad de reunión es perentoria, inapelable.

A nuestros hombres le gustan los festivales y las celebraciones, y además, lo más importante, no disfrutan solos de las fiestas del pueblo.

Todos están ansiosos por ver qué caras se dejarán ver por la plaza en fiestas. Toda la capacidad de sociabilidad se despierta en esas fechas. Pero, además, de siempre ha habido hermandades y sociedades para cualquier cosa. En mi opinión ésta es una tendencia que perdura y que es una hermosa costumbre, de gran antigüedad.

Para averiguar algo del mundo del asociacionismo, las sociedades de todo tipo nos proporcionan una información preciosa, y un ancho camino para la investigación. En un principio estas sociedades y asociaciones satisfacían una necesidad perentoria, y esa fue su razón de ser: la ayuda mutua, tanto en términos de bienes comunales, como para el progreso personal de los individuos.

Se dice que la nobleza obliga pero, a decir verdad, obliga más la necesidad. Tarde o temprano aparece un imponderable, una catástrofe natural

o social que pone a los hombres, quiéranlo o no, mano con mano. Tomemos por ejemplo la plaga que más temor produce, como es el fuego. De alguna forma, tras la devastación, había que juntarse para salir adelante. Primero los concejos en su conjunto, y luego los vecinos por gremios fundaban asociaciones para mitigar los daños y compensar a los afectados. Y del fuego a la guerra, de las hambrunas a las epidemias, desde que las han padecido los vascos han buscado siempre caminos para la asistencia mutua. Desde las más elementales cofradías hasta las más sofisticadas asociaciones de Amigos del País, pasando por el fenómeno reciente de las cooperativas, nuestra historia está cuajada de asociaciones que surgen en primer lugar para remontar situaciones de calamidad, en segundo lugar para impulsar la convivencia, y por último el conocimiento.

Una cuestión importante relacionada con el asociacionismo es la que pauta todos los rituales mortuorios, ampliamente estudiados por nuestros antropólogos, desde Barandiarán a Caro Baroja, pasando por el norteamericano William Douglas, o por el último estudio de José Antonio González de Salazar, en el anuario de Eusko Folklore: "Cofradía de la Vera Cruz. Ritos de pasaje. La muerte en Bernedo".

Otra cuestión que tiene mucho que ver con el asociacionismo son los grupos de danza. Y es que las danzas tradicionales no servían sólo para festejar los días grandes. Impregnadas de un profundo sentido antropológico y ritual, también obraban como catalizadores de fuerza en víspera de las siembras y las cosechas, y en todos los tiempos bien pautados del calendario estacional y agrario. En otros tiempos, cada baile era una verdadera celebración para los habitantes de los pueblos y las pedanías. Y lo mismo puede decirse de los juegos, cuya función es crear una competencia festiva que fortalezca los vínculos entre la comunidad, una vez que todos se reúnen en esos escenarios para divertirse, conocerse y medirse. Pues también por su manera de festejar el descanso, se conoce la personalidad de un pueblo. Y tal vez algo más importante: su grado real de felicidad.

ASOCIARSE PARA NO PERJUDICARSE

ELKAR EZ ONDATZEKO BILDU

La voluntad de asociarse revela una fuerza humana interior. Pero esa fuerza puede ser cambiante, como lo demuestra el modo de comportarse de los vascos entre ellos. Vamos a empezar con un ejemplo muy hermoso y que todavía se puede ver en muchos pueblos pequeños. En tiempo de elecciones, todo el pueblo va a votar, casi a la misma hora y, de un tiempo a esta parte, con posturas muy unánimes en torno al nacionalismo radical, tanto entre los jóvenes como entre los mayores. De hecho, en esos pueblos pequeños sorprende ver que también los mayores son ahora casi tan extremistas como los jóvenes, cuando bien sabido es que hace cincuenta años, todos esos pueblos eran sementeras de la derecha. En tiempos de la Guerra Civil, salían todos voluntarios a luchar con los requetés, al grito de Dios Y Fueros. Y hoy, en cambio, resulta que todos van con los radicales de Herri Batasuna, en perfecta unidad. Antes fueron vivero de la derecha más reaccionaria, y hoy lo son del puro nacionalismo independentista.

Los abuelos de hoy, en su juventud, se retiraban a casa los días de fiesta al toque de oración. Los jóvenes de hoy, en cambio, entran en casa con la luz del alba.

Antes las iglesias estaban a reventar en los ejercicios espirituales. Hoy los jóvenes rehusan la acción de la fe. Pero sin embargo bien se ve que los adultos mantienen en gran medida el fundamento de su fe.

En cierta ocasión estábamos hablando de este tema el padre benedictino Agustín Apaolaza y yo: "¿Cómo se explica que los mayores vayan juntos con los jóvenes en las elecciones?" El monje me contestó: "Se asocian para no perjudicarse. Porque en esos pueblos todos tienen que estar con todos." Y con sus palabras me dio una clave importante:

"Todos tienen que estar con todos". La frase es sumamente significativa. Al juntarse personas adultas con jóvenes, no les dejan que vayan por su cuenta, solos. Con la presencia de los mayores, se esfuerzan en sujetarlos de alguna forma.

Si dejaran a los jóvenes solos, perderían todo control sobre ellos y el pueblo se rompería en dos, quedando como un barco a la deriva. Pero con las personas mayores al lado, los viejos vínculos no pueden romperse del todo. Aunque piensen de manera distinta a ellos, los jóvenes tienen que escuchar a los adultos en sus asambleas. Y si llega el momento de votar, su voto también pesa sobre el suyo. Así es como los jóvenes se miden con los adultos mientras éstos a su vez también los miden en todas sus decisiones. Bien saben los mayores que dejarlos solos sería un gran desastre para todos.

Estos adultos demuestran una sensatez muy especial al asociarse con los jóvenes, un comportamiento que afecta a la psicología profunda del vasco: estar con ellos, incluso en principios y objetivos que no comparten, es la única manera real de no romper su comunidad. Tal y como ellos lo piensan, mucho peor sería que cada cual anduviera por su cuenta. Entonces aparecería entre ellos una profundísima sima, un precipicio infranqueable.

Esta forma de no abandonar a los jóvenes a su suerte es un gran objetivo que tiene mucha relación con la preocupación por el renombre de la casa. Viene a ser como un fuerte puntal que, al juntarse todos, acaba por mantener en pie toda una estructura social. Aunque se equivoquen en sus decisiones, saben que siempre será más fácil corregirlas unidos que enfrentados.

SABER ESTAR

BILLERETAN EGOTEN JAKIN

La verdadera hombría consiste para el vasco en actuar adecuadamente en sociedad. Ya se trate de jóvenes o de mayores, es importante saber acreditar una cierta destreza en los usos sociales: "Este sí es un hombre", será el comentario que merezca quien así lo demuestre con su presencia, con su palabra y con sus actos.

Cuando el vasco se junta con sus amigos, suele llevar una intención: Esforzarse por enterarse bien de lo que se dice. Mientras los demás hablan, no tendrá cerrados los oídos. Estará con los cinco sentidos y sin perderse casi nada. Aunque se trate de un *metepullas*, primero dejará a sus contertulios que se explayen y cuenten. Luego, poco a poco, irá dirigiendo el coloquio hacia donde le interese, a poder ser sin que se le note. Pregunta sobre pregunta, tiente un asunto tras otro. Si algo le parece mal, se lo calla o hace como que se ríe. Es un maestro en ocultar sus verdaderos pensamientos. Muchas veces parecerá que no ha oído nada. Y si oye algo que no le gusta, hará como si tal cosa. Sea como sea, su objetivo es no descomponer la figura por nada y saber contemporizar, aunque caigan chuzos de punta, porque está muy mal considerado enfadarse en una reunión.

Oírlo todo en silencio, callar y saber quedarse con toda la información; eso es lo más difícil. Esa recogida de información cuesta mucho, no es nada fácil. Y es en eso en donde casi todos acaban por delatarse. Con salidas de tono no se consigue nada, y mucho menos todavía precipitándose en un juicio apresurado. Siempre es mejor hacer las cosas despacio, pensando lo que se va a decir, cuándo y cómo. Las personas medianas se ven obligadas, sin darse cuenta, a cuidar mucho las relaciones humanas: tienen que tener buena mano para cuidarlas y es eso lo que al final da el éxito.

En eso se cifra el buen suceso de las reuniones: en manifestar a las claras las necesidades. Cuando los verdaderos hombres saben medir las necesidades, entonces se les acepta bien. Es la necesidad la que enseña al hombre qué debe hacer. En su previsión de las necesidades es donde nace el buen nombre de una persona. Si las necesidades surgen en todas las casas, el hombre prevenido es aquél que sabe conjugar la suya con la de todos. De hecho, en esas reuniones cada casa tiene su lugar, se trata de un derecho inalienable. Pero es deber de cada cual dejar bien alto el nombre de su casa, con las mejores razones.

Aunque se trate de temas difíciles, quien hable por su boca y or la de su casa no debe tener miedo a exponer su opinión. El miedo es lo peor, un muy mal consejero. De entrada hay que atreverse a hablar, argumentar con razones, saber ver lo que se deduce de cada una de ellas y proponer medidas de consenso que beneficien a todos.

Al hombre de una pieza, es su comedimiento en el hablar el que le da la fuerza. Con frecuencia hombres ilustres recabarán su opinión e incluso lo visitarán para pedirle consejo. Esa capacidad de buscar la medida justa comporta una sabiduría. Su mesura, su lucidez, su acierto en el pensar y en el hablar se extenderán de boca en boca como la mejor de las cosechas.

Es la necesidad la que crea la sabiduría del hombre sensato, con claridad meridiana. Es este tipo de persona el que tiene en sus manos el buen suceso de la reunión y el cumplimiento de sus objetivos. Tomará en consideración lo que enseña la necesidad y esa será la base de sus reparticiones. El saber estar en una reunión realza el renombre de la casa en todos los rincones del País Vasco. De ahí salen los hombres de verdad, los que concilian en su persona y en su palabra el ser y el estar, el carácter y la conducta, por el bien de la casa y por el bien común.

ENTEREZA, PACIENCIA Y RESISTENCIA

JASAN BEARRA

Hay algo que es imperativo saber antes de ir a una reunión: Aprender a encajar los golpes, tomarlo todo con calma y no ofenderse por nada.

Entre los vascos las reuniones son asuntos problemáticos. Y no es cuestión de hoy, sino de siempre. Podemos oír al respecto las anécdotas de los viejos. Siempre nos revelarán el mismo mundo: la dificultad de los temas que trataban, la falta de acuerdo para tomar decisiones, las malas artes y las divisiones.

En las reuniones la persona honrada puede caer en muchos lazos que le acechan. Es ahí donde aprenderá a moverse entre infundios y traiciones, entre hipocresías y zancadillas, entre medias verdades y mentiras enteras. Ya nos lo advertían las noticias que nuestros abuelos daban sobre el siglo pasado: La desavenencia y las malas artes eran continuas entre vascos.

Y si miramos al presente siglo, podemos ver lo mismo: la palabra traidor está a la orden del día y no nos falta ocasión de oír el relato de malas jugadas, incluso entre hermanos.

Podemos decir sin miedo que para reunirse con vascos es preciso aprender antes a sentarse sobre un avispero. Los más lúcidos ven venir de lejos las picaduras y las malas artes. Han visto muchas veces cómo se avasallaba a hombres honrados. Y con mucha paciencia, con verdadera resistencia, han sabido salir del mal paso y salirse al cabo con la suya. Este aprendizaje de la resistencia es difícil, tanto como saber mantener el timón en medio de las tormentas, pero imprescindible para todo aquel que espere llegar a buen puerto.

En las asociaciones y sociedades, al vasco la necesidad le enseña, entre las dificultades, qué ha de hacer. A veces sacará a colación la historia de la gallina clueca, otras veces contará lo del gallo. Sea como fuere, lo

fundamental es no acobardarse ni ante las amenazas ni ante las traiciones, ni aunque se quede solo. Entonces ¿qué hacer? Pues tomárselo todo con tranquilidad. Esa tranquilidad es la que desbarata todas las celadas y todos los ataques, la que hace triunfar la verdad sobre la mentira, y la que muestra la fortaleza de un hombre. Cuando los demás ven con qué tranquilidad encaja los golpes, se quedan asombrados ante la fortaleza de ese hombre. Cargándolas sobre su ancha espalda, es así como el vasco restaña las heridas que le causan por dentro todas las puñaladas que le asesten.

Pero esas puñaladas, más aún cuando vienen de tius vecinos, siempre son dolorosas. ¿Cómo pueden soportarse sin romper los vínculos de una comunidad? Ahí está la dificultad. ¿Qué hace el vasco inteligente? Si le difaman, si le faltan a la palabra, si le ponen trampas por el camino, seguirá apareciendo en la reunión como si tal cosa. Así desconcierta a los demás y acaba por ganar y fortalecer su renombre.

Cuando estalla la tormenta, el odio y las disputas, el vasco de pro permanece tranquilo. Es esa tranquilidad la que abre las puertas de un futuro feliz. La tranquilidad da una nueva oportunidad a los pensamientos saludables, que se propagarán como el agua que corre por el asca de arriba abajo y beneficia a todos. Las violentas, en cambio, se vuelven ceniza sin fruto: una vez que se consume el fuego, el viento se las lleva sin dejar más huella que la de su propia quemadura.

Para llegar a ser agua y no ceniza, hay que saber resistir con temple y paciencia: insultos, injurias, negación del saludo, difamaciones, tergiversación de tus palabras, ninguneo, falsas acusaciones, malas caras, provocaciones, maledicencia, agresiones... Todo eso lo soporta el vasco inteligente, amparado en su fortaleza interna. Y además se lo toma con tranquilidad. Así consigue vencer la resistencia de sus enemigos.

El que no mantiene la calma se quema en seguida. A eso lleva el ser demasiado impaciente. No nos cansaremos de repetirlo: el impaciente, el descomedido, el que tiene su lengua demasiado suelta, está mal considerado

en el País Vasco. El que sabe mantener la calma es fuente de serenidad y de esperanza.

SILENCIOS QUE HABLAN

BAZTERTZEN IAIOAK

Cuando quieren silenciar a alguien, los vascos son unos maestros. Algunos no soportan la fortuna ajena, por miedo a que les haga de menos; por eso se callan el nombre del hombre cabal, lo condenan a la tiniebla, lo marginan por la vía del silencio.

En los pueblos de cierto tamaño sucede con frecuencia que con ocasión de una gran necesidad que surge, tienen en el propio pueblo al hombre que pudiera ponerle remedio, pero prefieren pedir ayuda lejos, marginar al del lugar y dar pábulo al extraño.

Harán lo que puedan por marginar al hombre que creen que les hace de menos si lo dejan sentarse a su lado. Buscarán todo tipo de pretextos. Dirán por ejemplo que no da la talla, que es demasiado soberbio, que se pone nervioso. Se inventarán mil y un infundios: que se cree demasiado listo, que tiene demasiadas luces pero que no se entera, que no es lo bastante fuerte para sostener su palabra, incluso que le han podido bajo tierra. Con pesar, con estas razones y cien más, podría poner cien ejemplos de cómo en nuestro país, en tantas ocasiones, se ha preferido silenciar un gran nombre a conseguir de él la asistencia necesaria, aun a sabiendas de que ese hombre resolvería mejor que nadie el problema que les acucia.

Esa tendencia a no reconocer el valor del que tienen al lado se da demasiado entre los vascos. Siempre les parece mejor lo desconocido. Quisieran denigrar a los propios, pero sobre todo silenciarlos. Por no dejar en evidencia a tantos, sólo mencionaré un caso sucedido entre escritores. Resultó que se reunieron unos cuantos escritores conocidos, animados por los grandes proyectos que se traían entre manos y con la intención de organizar unos grupos de trabajo. Por tres veces, a la hora de tomar las decisiones, dejaron de llamar a un escritor, el más capaz de todos. Se reunían una y otra

vez y siempre se les olvidaba llamar al conocido colega. Y era porque le hacía sombra a otro, por lo cual debía ser marginado poco a poco. El vasco es maestro en este arte de la marginación.

Lo que llevo dicho no es lo más difícil de creer. Hay más fuerte. A saber, lo que sucede en muchas reuniones en las que tienen que examinar un tema y empiezan a buscar algún asesor que les aclare el problema. Todos saben quién es el más entendido en el tema, y está en la mente de todos a quién necesitan. Saben que no hay otro como él. Y sin embargo, con muchísima frecuencia, nadie mencionará ese nombre. Espontáneamente, sin haberlo hablado antes entre ellos, se quedarán callados. No les saldrá de la boca el tal nombre. Cada cual por su lado empezará a dar complicadas vueltas pero aquel nombre no saldrá del silencio más total. Y todo eso, porque bien saben que es hombre de mucho carácter y no van a poder hacer de él lo que quieran. Y por eso, tienen que silenciarlo cueste lo que cueste.

¿ Cuántos hombres preclaros habrán quedado en el País Vasco sin dar fruto por esta razón? Por esta resistencia a aceptar un nombre local el País acaba por perder grandes oportunidades. Si se trata de elogiar al vecino lejano, no hay quien tenga tacha: todos son estupendos. Pero si hay que reconocer los méritos del cercano, entonces el único elogio es el del silencio.

Para que en el País Vasco se le consienta a un vasco cierto renombre, es preciso primero irse muy lejos y volver con el nombre hecho. Véase por ejemplo la Diputación Foral de Guipúzcoa y sobre todo lo que lleva grabado en su fachada: lista de los hijos ilustres: Churruca, Oquendo, Legazpi, Urdaneta ... Todos ellos labraron su fama más allá del océano. Curiosamente, se preguntarán conmigo, ¿ cómo es posible que ningún hijo ilustre se quedara en casa ? ¿ Es que no los había, o más bien que no se los reconoció en su propia tierra ? Esa voluntad de no reconocer al que tenemos al lado también dice mucho de nosotros. *Pueblo pequeño, infierno grande*; eso es lo que dice el refrán. Cuando seamos grandes para reconocer al otro en todo lo que vale, nuestro pueblo también será grande, porque habrá desaparecido el infierno.

EN BUSCA DEL CAMINO MEDIO

ERDIBIDEAREN BILLA

La convivencia entre vascos siempre ha sido difícil. Por el mero hecho de ver el mundo de diferente manera, se entablan tremendas discusiones que acarrearán rupturas dolorosas. Se comienza sembrando malentendidos, se ceba el odio mutuo, y al final surge la violencia.

El vasco tiene una tendencia natural a formar grupos banderizos: unos por un lado, los restantes por el otro. Poco importa dónde está la verdad. Lo que cuenta es andar detrás de una bandera.

Nunca faltan enredadores de marca mayor, sin gran cosa en la cabeza, pero siempre dispuestos a revolverlo todo.

Algunos lo que pretenden es pescar en río revuelto, encontrar en la confusión el medio de sacar algo para sí. No descansarán hasta conseguir su privado beneficio, aunque sea a costa de envenenar la convivencia de toda una comunidad. Hacen y deshacen mil veces el camino en ese empeño, si es preciso recurren a la violencia, y es que para ellos el egoísmo ciego es siempre más rentable que el bien común.

Están, por otro lado, los que se empeñan en pensar con los pies. Lo único que quieren manifestar es su fuerza bruta. Al primer contratiempo comienzan a proferir las palabras más insultantes. No les cabe la boca en el cuerpo y todo es hacer aspavientos y encadenar bravuconadas. Siempre dispuestos a soltar una patada, como los terneros. "*Ixtarren zimirroa*", tienen la pierna suelta, la cox fácil, y no se pueden estar quietos. Ahí van dando bandazos con la cornamenta amedrentando a todo el mundo. Mucha zarpa y poca cosa en la cabeza. Pero eso sí: la sangre caliente y el gesto impaciente, como si pudieran arreglar el mundo a puñetazos.

Muchas veces vemos que esta especie de comportamientos acaban por imponerse en nuestras reuniones. Lo mejor es saber salir de ese círculo.

Por muy difíciles que sean los temas y muy enredadoras que sean las personas, hay una fórmula en uso entre vascos que viene muy al caso: "erdibidea", el camino medio, el punto medio. Se trata de un argumento que todos entienden. Significa que no hay que dejar que se impongan las exigencias del que más grite, que hay que oír las opiniones de todos y hacer las cosas atendiendo al bien común. Por otro lado, sean cuales sean las circunstancias, siempre es difícil conciliar todas las voluntades. Por eso la expresión "camino medio" es tan eficaz como activa: hace un hueco a lo posible entre un laberinto de imposibles, y ayuda a poner en marcha aquéllo que está paralizado por las opiniones encontradas.

Sin duda, se trata de una buena bandera para ganar consideración en el País. pero, así mismo, puede resultar muy útil a los poderosos para acabar por imponerse como el aceite en el agua. Porque, a decir verdad, a menudo la verdad no está en el punto medio. No hay más que ver lo que le sucedió a Manuel Lekuona en Euskaltzaindia.

Él siempre abogaba por el camino medio. Era la palabra clave de su personalidad. Fue nombrado presidente y director de la Academia. Cuando algunos en nombre de la unidad empezaron a querer meter la letra h, Manuel Lekuona empezó a buscar el camino medio. Pero entre que para unos era demasiado blando y para otros no lo bastante joven, por lo uno y por lo otro acabaron por destituirlo de la presidencia de la academia. Y, al menos en la docta institución, se perdió para siempre el prestigio del camino medio.

Sin embargo Manuel Lekuona supo tomar el camino adecuado en la tormenta. Su intención era inmejorable. Propuso un punto medio que era la mejor opción. Pero una gran grupo no quiso aceptarlo, y su voluntad de equilibrio quedó desbordada por la fuerza de la mayoría que, a mi juicio, estaba y sigue estando equivocada.

Pero aún sin dar importancia a las palabras, es muy importante saber qué significa el punto medio. Solo que es difícil acertar.

Para Manuel Lekuona, el punto medio era el medio de unir los extremos, pero para otros muchos, el punto medio en ese caso suponía una

manifestación de debilidad, una incapacidad para afrontar un tema transcendental. Al final, un extremo venció a otro y el camino intermedio se quedó sin nadie que quisiera recorrerlo.

CUMPLIR LO PACTADO

ITZARI EUTSI

Cuando las cosas se van poniendo feas, el vasco entonces se sienta alrededor de una mesa y los que así se han reunido son, en adelante, miembros de la reunión: algo les cambia en la cabeza y la cara y se transforman en asamblearios o miembros del *batzarre*.

Les ha llegado la hora de ser hombres. Las decisiones que tomen estarán vigentes mucho tiempo y serán referente de muchas cosas. En la asamblea o *batzarre* cada miembro es representante de una casa. Por eso, no debemos extrañarnos de que el pintor Zubiaurre representara en sus cuadros tan elegantemente vestidos a los baserritarras. La razón es que están ahí para tratar temas trascendentes. Cuando están en su casa labrando la tierra, visten amplias ropas de trabajo y grandes boinas. Pero aunque a diario lleven abarcas calzadas, en las asambleas o batzarres del pueblo no se comportan de la misma forma. Ahí cada cual debe medir sus palabras y entre todos deben buscar un objetivo. Aunando las propuestas, consiguen fortalecer y dar personalidad al grupo. Esa propuesta consensuada entre todos queda equilibrada. Es la que han hecho los hombres de las casas conocidas y respetadas por todos.

En este mundo, es digna de verse la fuerza que puede tener la palabra dicha en el batzarre. El batzarre es el que convierte a las casas y los caseríos en "pueblo". De una manera espontánea, con estas reuniones vecinales se han conseguido grandes avances sociales en el País Vasco.

Es norma del batzarre no marginar las propuestas de los que concurren a él, sino más bien encontrar el modo de hacerlas viables. La casa (es decir, *etsia*, el cerrado) que tenía un fuego de antiguo, mandaba su representante al batzarre. Lo que ahí se dijera se escuchaba detenidamente y lo que allí quedaba decidido se hacía constar cuidadosamente.

Esa decisión final quedaba convertida en norma, y la norma obligaba a todos para toda la vida. Ya hubiera niebla o granizo, oscura tormenta o encalmada, el vasco siempre diría que "hay que cumplir lo dicho", con decisión y sin dudas. Esa palabra "cumplir" vendrá a ser característica de su personalidad.

Y para cumplir adecuadamente con su palabra, el vasco no necesitaba papeles ni escritos. "Palabra de vasco", se decía. Los papeles y los documentos eran para los demás: para los reyes y sus representantes. Esos sí necesitaban poner por escrito sus decisiones, pero los vascos, en cambio, no. El cumplir la palabra se dejaba a merced de la buena voluntad, afortunadamente, pero desgraciadamente para el euskera, que se quedaba sin testimonios escritos. Y es que para el vasco lo principal es la palabra, que hay que cumplir por encima de todo.

En cualquier parte hay unas palabras claves que definen definitivamente la personalidad de los hombres. Vamos a poner un ejemplo que lo demuestra suficientemente. Un vasco genuino nació en un caserío. Más tarde abrió un taller de cierto tamaño en el pueblo. Con el tiempo el pequeño taller acabó por convertirse en una gran fundición. A su tiempo tomó esposa y durante cincuenta años vivió con ella. Envejecieron y la mujer murió antes que él. No se puede contar el estado de abatimiento en que quedó aquel hombre, absolutamente destrozado. Los parientes le preguntaron si quería asistir al funeral de su mujer. Y la respuesta fue de antología: "La tomé en la iglesia y la dejaré irse en la iglesia". Así cumplía con la palabra que empeñó en vida, hasta la muerte.

TODOS SOMOS IGUALES

BATA BESTEAREN ONDOAN BERDIN

Para los vascos una cosa está fuera de discusión: desde el momento en que encienden el fuego en su casa, todos son iguales unos junto a otros. Cuando se reúnen no les gusta ver a nadie mandando por encima. Cada cual recibe en las elecciones la fuerza de una palabra y es eso lo que tiene tanta importancia.

De hecho, entre los vascos lo más importante no es decidir quién manda sino tomar las decisiones entre todos, una a una. Si fueran diferentes dejarían decidir a otros e irían ciegamente detrás de sus dirigentes. Pero no: cada palabra, como la de los demás, debe tener su sitio. Todos son iguales.

Acerca de este importante tema, conocí a un vasco de pueblo que era un hombre de gran lucidez. Vivía en su caserío, en las montañas de Zuberoa. Se llamaba Jean Pitreau. Hace ahora veinticinco años le ofrecí que escribiera un largo trabajo en Zeruko Argia. Este hombre, muy trabajador tenía una personalidad muy marcada, y tan singular como su caserío, en la falda del monte Madalen. Siempre tenía ante sí las cumbres del Pirineo, vestidas de nieve. Amaba al País Vasco como pocos, sobre todo a su Zuberoa natal. En todas las cuestiones siempre escogía lo que más conviniera a Zuberoa. Nunca le faltaba tiempo ni ocasión para hacer algo por ella. Era un hombre avezado en las reuniones, poseía cierto renombre y además imponía respeto. Se le citaba a menudo en los periódicos, y en cierta ocasión le hicieron una larga entrevista por la radio. En ella, el ilustre zuberotarra declaraba la opinión que le merecía el gobierno y nuestra manera de gobernarnos. No podemos dejar de examinarla porque es demasiado rica para ignorarla. Desgraciadamente, poco después nuestro hombre murió repentinamente en plena juventud.

En su opinión, al vasco no le gustan los líderes ni la gente que necesita líderes. Eso no está bien considerado entre nosotros. Líder, dirigente,

jefe, caudillo, son palabras que no le gusta usar demasiado. En verdad no le agradan.

En cuanto le parece que alguien tiene miras altas, hará todo lo que pueda para bajarle los humos. En silencio o a las claras, intrigará lo que pueda. Si viene de arriba, no soporta la ambición, ni la singularidad excluyente, ni menos aún la prepotencia.

Jean Pitreau veía el País Vasco como una feria de ganado: una plaza de pueblo llena de gente, todos con su boina, con su makila en la mano, todos hablando por lo bajo, con la vista alerta viéndolo todo y sin que ninguna voz se oiga más que otra.

Cuando se reúnen parece que todos se llevan bien. Estas asambleas tienen una apariencia imponente: es todo un pueblo hecho uno. Pero en opinión de nuestro Zuberotarra, aquello no es un grupo sino un conjunto de individuos. Todos forman un hermoso mercado, pero están más uno junto a otro que uno con otro. Y es que es así como se necesitan mutuamente. Lo primero para el vasco es ser un individuo, y que nadie quiera ser más que nadie.

En esto se advierte qué bases tiene la conducta del pueblo, y qué profundas raíces.

Para muchos no puede existir un pueblo sin gobierno. Sin embargo nuestro pueblo durante siglos se ha mantenido sobre el principio de que nadie es más que nadie. El País Vasco ha estado unido sobre la base aceptada de que cada cual es rey de sí mismo, tan dueño de su casa como de sus propias decisiones.

ARRUINANDO LA CASA

ETXEA ONDATZEN

Ya hemos hablado lo suficiente sobre las cualidades de la casa vasca, sobre su belleza y sobre su peculiar manera de ser a un tiempo semejantes y distintas. Incluso en Iparralde, los pueblos de cada territorio mantienen su estilo propio: las casas del interior de Labort tienen un estilo inconfundible. Las de la Baja Navarra tienden a la amplitud y la solidez. las de Zuberoa son estrechas, de tejados afilados, con cubierta de pizarra.

Esas casas son tan hermosas que es inevitable quedarse mirándolas: las blancas paredes cruzadas por los trazos desnudos de sus viguerías, el tejado inclinado a modo de chapela, los muros de piedra, los armazones de roble, sus bellísimos saledizos, sus remates, sus pórticos, su presencia monumental y callada en medio de la naturaleza. La vista descansa en esta contemplación de las mil formas de lo propio. Tanta belleza puede llegar a emocionarnos. Pero, de vez en cuando, también vemos casas torcidas, semiderruidas y ennegrecidas. No se entiende como pueden mantenerse en pie. Se les ven grandes desplomes en los costados, que muestran sus oscuras entrañas. Puede decirse que otro tanto sucede con la personalidad humana: algunos vascos cuidan sus casas y se esfuerzan en mantenerlas en pie contra viento y marea, porque saben que si la casa crece, también ellos se hacen más grandes. Otros en cambio parecen haberse venido abajo detrás de sus muros, y no hacen nada por revocar su vida vencida. Sin llegar el caso de que estén arruinados, su vida es una ruina.

Y todos son vascos, sin embargo. Pero es que tienen dos manos: una la que levanta, otra la desidiosa. De una procede el provecho y el orgullo de un merecido descanso. De la otra el dolor y el oscuro sufrimiento.

Si observamos nuestra historia, encontramos sobrados ejemplos de gentes que han trabajado duramente por sí mismos, por su casa y por su tierra.

Pero también veremos no pocos sucesos lamentables, actuaciones de desalmados que con tal de imponer su voluntad nunca han vacilado en hacer de Euskal-Herria un campo de batalla. En un tiempo fueron los señores de Oñaz y Gamboa: algo más tarde los agramonteses y beamonteses. Y al final el fuego se come las casas y el país queda arruinado y derruido. Otra tremenda división fue la de carlistas y liberales, blancos y negros. Los carlistas, defensores del fuero, también estaban divididos entre ellos: Al mismo Zumalacárregui, porque brillaba demasiado, lo querían eliminar las propias autoridades carlistas y así lo dejaron sólo, poco antes de que cayera herido de muerte en el sitio de Bilbao.

Huelga decir que hoy es lo mismo: unos vascos contra otros y odio e inquina por doquier.

Las bases de todas estas conductas lamentables bien sabemos cuáles son: son los aspectos oscuros y autodestructivos de la personalidad vasca. La lengua vasca guarda un nombre para cada uno de ellos: maldad, orgullo, traición, desprecio, rebeldía, sectarismo, terquedad, astucia... La lista podría alargarse hasta la infinitud. Pero nos bastan algunos ejemplos para ver cuáles son los males. Aunque nos duela reconocerlos, es preciso mostrarlos a la luz: si los conocemos, resultará más fácil extirparlos. Y esta tarea es siempre urgente: un comportamiento destructivo comienza por destruir a una persona y, si no se ataja a tiempo, puede acabar destruyendo el país entero.

NIÑOS MALCRIADOS

UME ZITALA

Un niño rebelde y malcriado siempre es un trastorno, para sus padres y para todos cuantos tienen que soportar sus intemperancias. Pero el trastorno se multiplica cuando ese "ume zitala" ya es un adulto que se ha negado a madurar y sigue prodigando sus travesuras, sus desplantes y su mala educación, sin cuidarse del daño que pueda hacer con sus palabras o con su conducta.

El adulto que nunca deja de ser un eterno niño malcriado solo considera lo suyo y su propio interés. Ni siquiera le importa manchar el buen nombre de la casa. Como carece de otros recursos, cuando le surge un problema o un impedimento, siempre recurre a la violencia.

En cierta ocasión dos caseros se fueron de juerga: primero comieron juntos, después fueron al frontón, y para acabar fueron a una discoteca. El portero, que ya los vio venir en un estado preocupante, les dijo: "No podéis entrar". Tambaleantes y ofendidos, los caseros se plantaron ante él y le contestaron: "¿Qué pasa? ¿Hay barro dentro, o qué?" Para este tipo de gente la razón de un impedimento solo puede venir de la culpa ajena. Nunca reconocerá que el equivocado pueda ser él, que su comportamiento esté fuera de lugar, y, si se trata de salirse con la suya, su desvergüenza no conoce límites.

Incapaces de reconocer que también ellos deben someterse a ciertos deberes, creen que todos los derechos están de su parte, y además los quieren todos. Así sucedió, por ejemplo con un declarante en el juzgado, al que el juez le preguntó si besaría la cruz para jurar decir la verdad. "Sí, contestó, claro que la besaré, si es que no quema."

Hay que aclarar el significado de la respuesta: Solo el fuego puede poner al rojo una cruz de hierro. Al parecer mentir no le daba miedo , pero sí el fuego.

Lo que quería dar a entender con esa rotunda respuesta es que la declaración en el juzgado no le daba ningún miedo.

Esta salida de tono revela muy bien la falta de vergüenza del eterno niño malcriado. No puede soportar que le midan, que le juzguen, y menos aún quedar en evidencia. Junto con todo ello, si hay algo que verdaderamente le pone fuera de sí es ser testigo del progreso ajeno, que su vecino dé un paso más, aunque sea por un camino que a él personalmente no le interesa.

Y también para ilustrar esta conducta, pondré un ejemplo:

Dos mujeres adultas eran amigas íntimas. Se solían llamar a diario y tenían largas conversaciones llenas de risas. Cualquier excusa era buena para llamarse. Pasaban horas parloteando una con otra, y los días de fiesta salían juntas a pasear o a tomar el aire.

Sea como fuere, una de ellas, que ya tenía trabajo, encontró uno mejor. La otra, en cambio, estaba en paro. La que cambió de trabajo sabía perfectamente que su amiga estaba en paro, y sin embargo, no se le ocurrió ofrecerle a la que estaba en paro la posibilidad de tomar el trabajo que dejaba. Ni se lo mencionó y de esta forma le dejó sin es posibilidad que tenía tan cercana.

La amiga que estaba en paro, por más vueltas que le diera, no podía entender el silencio de su amiga. Solo se le ocurría una explicación: Que no podía soportar el bien ajeno. Al llegar a esta conclusión, toda su antigua amistad se fue al traste. Con niños malcriados no hay ganancia, sino siempre pérdida. Y también en este caso, el buen nombre de la casa perdió lo suyo.

HAY QUE ADELANTARSE

AURREA ARTU BEAR

El eterno niño malcriado siempre está pensando en como adelantarse a los demás. Para cuando alguien empieza a levantarse, él ya está en pie, atento a lo que pueda conseguir. Siempre golpea de costado, y siempre te encontrarás ahí al malcriado, haciendo las cosas por detrás.

Ya hemos dicho que en nuestros pueblos es común la iniciativa del trabajo comunal, y también suele haber muchos que están al acecho de la ocasión para endosarle al prójimo trabajos que debieran hacer ellos. Les falta el respeto por el camino que cada cual se va haciendo. Lo que les gusta es ver trabajar a los demás. Se quedan tan tranquilos con un "ya lo hará alguien".

Pero el asunto no para ahí. Una vez instaurada la costumbre, siempre quieren más: las herramientas comunes para el trabajo, o vino de la sociedad, o también, ¿quién sabe?, la gravilla que han usado para arreglar el camino o cualquier otra cosa. Sea como sea, siempre están al acecho para apropiarse de lo ajeno. Tienen la mano larga y les gusta meter la cuchara en todos los platos.

En todo momento y circunstancia, su patrón de conducta es buscar el modo de sacar el mayor beneficio personal de cualquier proyecto común. Véase si no esta bonita anécdota: El hijo de un caserío estaba esperando para comprarse un coche. Le ofrecieron entonces uno de segunda mano en buenas condiciones y por diez mil pesetas. Un precio muy barato hace veinte años. Al casero le pareció bien, y además tomó por tonto al vendedor. Y con todo, no le pagó ese dinero. Todavía lo dejó a deber.

Del mismo modo que el mosquito no deja la última gota de sangre sin chupar, igual hace el malcriado: no para hasta chuparlo todo.

Para ver hasta qué punto es común entre nosotros este carácter de malcriado, bastará otro ejemplo, un poco duro: Eran dos amigos, los dos

amantes del euskera. Por aquel entonces el ambiente no era nada favorable para el euskera. Uno de ellos dijo: "Para promover el euskera, el mejor trabajo lo podemos hacer por medio de la radio. Ahí todo el trabajo está hecho: los temas, el número de oyentes, las relaciones que se necesitan, en fin, todo".

Pero el otro, sorprendentemente, se opuso. No hacía más que ponerle trabas, una detrás de otra. No le parecía que el euskera tuviera futuro en la radio. Ambos amigos eran vascos de alto nivel y cultura. Y sin embargo, los dos estaban enfrentados.

Poco tiempo después, el partidario de la radio empieza a oír música vasca en una emisora. Se queda asombrado: ¡Conoce esa voz! Resulta que era su amigo. Se quedó de una pieza. Y todavía se sorprendió más cuando vio que todas las semanas, hasta su muerte, durante muchos años, mantuvo aquel programa de radio en euskera. Nunca le había comentado siquiera sus proyectos de hacer un programa semanal. A la chita callando, le había arrebatado su idea y la había hecho propia sin demostrarle la menor consideración, sin tenerle en cuenta, y menos aún, sin asomo de agradecimiento. En apariencia, una travesura más de aquel eterno niño malcriado. En realidad, digámoslo con todas las palabras, una canallada.

FUERZA BRUTA

BASA INDARKERIA

Entre los que se obsesionan por estar siempre en cabeza, hay muchos que están dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de salirse con la suya. dedica a adelantarse, quiere salirse siempre con la suya. No descansan hasta que consiguen su principal objetivo: avasallar al prójimo por la fuerza. No diré que todos los vascos son así, pero sí que no ha faltado este tipo humano entre nosotros. A fuerza de enfrentarnos unos con otros, hijos de un individualismo extremado, y tantas veces extremados en nuestras actitudes, sobre nuestra tierra ha arraigado como mala hierba una auténtica Cultura de la Violencia, y muchas personas viven dentro de ella, en todos los aspectos de la vida. Solo ven lo suyo, nunca lo de los demás, y para imponerse a todos buscan el poder por cualquier medio. El bien común está fuera de sus consideraciones. Sólo cuenta para ellos su propia lectura del mundo que han de imponer por las buenas o por las malas. conseguir lo suyo. Por eso hemos llamado a este aspecto negativo de nuestra personalidad "fuerza bruta".

La fuerza y solo la fuerza es la que fascina a muchos descerebrados que no ven más allá de sí mismos el daño que causa tanta violencia. Como ciegos insensibles al dolor de los demás, le ponen una venda sobre los ojos al sentido común, para poder golpear con más sinsentido en beneficio propio, o, todo lo más, el de su pequeño grupo de descontentos. Solo a esos dedican sus esfuerzos. Y una vez que consiguen el poder, su ceguera hacia los demás ya es absoluta.

Este mal se evidencia en muchos aspectos de nuestra sociedad. Hasta en la iglesia se nos han metido pequeños grupos fascinados por la violencia, y que pugnan por desplazar a los que no piensan como ellos. Son como la nata de la leche, que siempre sobrenada. Ellos se colocan arriba y a los que no piensan como ellos, los relegan, los olvidan, o los ningunean. Su

argumentación es siempre la misma: la culpa siempre han de tenerla los demás. Su mundo es el conmigo o contra mí, y todos los que no estén con ellos, ya los consideran enemigos a destruir. Por eso nunca cuentan con los que no comparten su mesa. Incluso cuando se presentan bajo máscaras integradoras, nunca llaman a los del otro lado, ni les preguntan nada, ni los mencionan. Estos comportamientos pueden volverse todavía más arrogantes si alcanzan a la cúpula de la Iglesia Vasca. Entonces la autoridad se vuelve pura tiranía. Sutil, pero tiranía. Como mano de hierro en guante de terciopelo, debajo de las medidas excluyentes siempre hay un recurso a la violencia, aunque ésta sólo sea verbal y se imparta entre bendiciones.

Este tipo de autoridad es muy primitiva, le falta madurez. No sabe hacerse valer sino con el ordeno y mando. Los que no besan su manto no tienen voz ni voto. Los que han escogido por amigos, en cambio, son amigos del alma. Sólo con ellos saben convivir. Pero para los que no comulgan con lo suyo, no tienen perdón, ni tampoco amor. Sea como fuere, la violencia es la raíz de la maldad y por eso nos causa el mayor perjuicio.

Es muy difícil corregir un defecto, y más cuanto más grande sea. Nuestra opinión, sin embargo, es que hay que ponerse a ello con humildad, resistencia y paciencia. Sin contestar a los golpes, sin hacer daño a nadie, pero dando ejemplo con el comportamiento propio. Es preciso salir a la luz y hablar en voz alta, ensalzar la esperanza, vivir con el pueblo y proteger al débil cuantas veces haga falta. No hay que menospreciar jamás el bien que se hace, por pequeño que sea. Pues, por más que nos cueste ensanchar entre nosotros una Cultura de Paz, más nos cuesta y nos costará a todos a la larga tolerar esas actitudes violentas, coactivas o impositivas, de las que sólo puede derivarse la ruina total de nuestro pueblo. Y si llegan a destruirlo, tal como son, aun de las cenizas surgirá de nuevo el enfrentamiento, lleno de fuerza y de rencor. Conviene pues insistir cuantas veces haga falta en el aprendizaje de nuestros errores, para corregirlos con lo mejor de nuestras conductas. Porque donde crece la mala hierba, crece también la hierba que cura. Y si en nuestra tierra no faltan "ume zitalak", sería faltar a la verdad negar que también

tenemos magníficos "plaza gizonak". Como personas y como pueblo, es importante saber perdurar: no hay que destruir el bosque a causa de la violencia del bosque. Entre espinos nacen también flores. Cuando menos se piense, el miedo puede convertirse en confianza. Y la ceguera en clarividencia. Fomentemos en todo lugar y circunstancia el entendimiento: no hay mejor camino para la amistad verdadera entre las personas, y para el bien de un pueblo.

NI PARA MÍ NI PARA TI

EZ NERETZAT, EZTE ERE IRETZAT

Ese y no otro es el programa vital de aquellas personas tan obsesionadas con ganar siempre y quererlo todo para sí que, cuando no consiguen salirse con la suya, no vacilan en destruir incluso aquéllo que más desean, con tal de que no caiga en manos de otro. Bastará un ejemplo para ilustrar lo que queremos decir.

Esto le sucedió a una maestra de ikastola. En su día, la buena *andereño* organizó un sorteo entre los niños de su clase, siendo el premio del ganador un pez con su pecera. Hecho el sorteo, cuando uno de los alumnos vio que no le había tocado a él, se fue a la pecera y aprovechando un descuido, sacó al pez del agua y lo dejó morir.

Al ser descubierto, no le faltó aplomo para razonar su "crimen": "si no es para mí, tampoco será para nadie." N le importó dejar sin su premio a uno de sus compañeros, ni menos aún matar al pez. La hipersensibilidad hacia sí mismo y la insensibilidad hacia los demás, no es sólo una característica de los niños malcriados. Por desgracia, cuando se hacen mayores, si no se corrigen, se cuajan en comportamientos que no pueden soportar la prosperidad ajena.

En vez de alegrarse por él y por su casa, las buenas cosechas del prójimo le duelen como una enfermedad. Si ya en su infancia es un consentido, ya de adulto el eterno niño malcriado pasa a convertirse, primero en un envidioso insoportable, y las más de las veces en un lamentable imbécil. Muchas veces oímos que "ese está de broma". Y es que cuesta creer que esté actuando en serio quien se comporta como un niño enrabiado y pataleante para hacerles la vida imposible a los demás.

El niño rebelde siembra resquemores que no se apagan. Si no consigue que se le tenga en cuenta, incordiará a fondo, hará todo el daño que pueda. A cambio de herir a sus víctimas, no le importará ganarse la

animadversión general. Las personas sensatas huyen de aquel que, incapaz de hacer nada positivo, es maestro en envenenar todos los ambientes. Bien saben que no se le puede hacer bien y mucho menos todavía satisfacer, pues no en vano es la insatisfacción en persona. Que no le vengan con razonamientos y ponderaciones, no le entran en la cabeza ni le dejan rastro alguno en la mente.

Ha aprendido como nadie a callarse, pero siempre es él quien hace las preguntas más malintencionadas, las más tendenciosas, aunque sólo sea por ponerte en apuros. En una conferencia, en un debate, en un encuentro, de pronto tienes delante de ti la pata de banco que menos te esperabas. En cuanto detecta tu desconcierto, se concentrará en buscarte el punto débil para humillarte. ¿Cómo? A fuerza de preguntar y preguntar, te saca toda la información, la grande y la pequeña. Y mientras va redondeando su estrategia, va cambiando de temas y acabará por utilizarlos todos contra ti. Sin que te des cuenta, te echa redes alrededor hasta que te inmoviliza. Tus propios asuntos acaban por ser tus peores enemigos.

No es de ponderar el cuidado que hay que tener con estos eternos niños malcriados. Para ellos todo es un juego despiadado, incluidas las personas que caen en sus manos. Pensabas que estaba contigo y cuando menos te lo esperas te encuentras con tus propias palabras utilizadas en tu contra. Y tal como le dan la vuelta a las palabras, tampoco vacila en manipular hasta a sus benefactores. No se lo piensan dos veces si les renta ser desagradecidos. Una vez que les has ayudado, cuando ya tienen en sus manos lo que apetecían, entonces se manifiestan como lo que son: prodigios, pero sólo de ingratitud.

En vez de agradecer los favores, por más increíble que parezca, ellos te los cobran. Así, cuando esperas buenas palabras, te encuentras de pronto con una bofetada en pleno rostro, con una puñalada por la espalda en pago a lo que hayas hecho por ellos.

Lo único bueno del eterno niño malcriado es que, una vez conocido, ya no nos puede sorprender. Tan pronto como se le ve venir, se le evita. Tarde o

temprano se le cerrarán todas las puertas, y en más de un caso, incluso las de su propia casa.

LAS LÁGRIMAS DE LA BALLENA DE ZARAUZ

ZARAUZKO BALEAREN MALKOAK

Dos de febrero de 1878, una fecha memorable en la historia del País Vasco, y a la vez dolorosa. Para más información consúltese *Arrantzaleen Bizitza*, Auspoa 133, Tolosa 1978.

En las atalayas de Zarauz los vigías habían pasado toda la noche al acecho. En eso, al despuntar el día vieron aparecer por la parte de poniente un formidable monstruo marino. Enseguida se escuchó la llamada de la caracola por toda la costa, y entre repiques de campana y voces de calle en calle, se reunieron los más diestros marinos de Orio, Getaria y Zarauz. Horas después y tras una batalla memorable, se trajeron amarrada a la popa de sus chalupas la gran ballena que les llenaba de orgullo. Hasta aquí, toda una gesta épica bendecida por el coraje y la hermandad, una hazaña cantada y celebrada por todos. Pero no bien pusieron pie a tierra, comenzó a escribirse otra historia: todavía con la ballena en la playa, los marinos empezaron a enfrentarse por su pertenencia, la euforia derivó en enfrentamiento, y como las nubes que venían del mar, toda la costa se ensombreció con el presagio de que aquello acabaría en tragedia.

Deliberadamente, he querido cotejar dos parábolas bien reales: en el capítulo anterior, la del niño que mata al pequeño pez porque no puede quedárselo; en éste, la de los curtidos marinos que cazan la ballena, pero que acaban devorados por ella, como si fuera el *Leviatán* bíblico, porque no están dispuestos a compartirla. Siempre y una vez más el viejo refrán vasco "Si no es para mí, tampoco será para ti".

Pero, si ciertamente no era aquélla la primera vez que cazaban una ballena en comandita, ¿por qué nuestros marinos no consiguieron ponerse de acuerdo en este caso? Tal vez porque esta ballena era demasiado grande para tantos intereses pequeños. A ciencia cierta, se sabe que el primero que

consiguió arponearla fue Roque Etxebe, nativo de Zarauz. Pero el arpón lo arroja desde el barco de Xabier Kaperotxipi, nativo de Getaria. Y también es cierto que, enseguida, las chalupas de Orio acertaron con sus arpones. En fin, que todos habían tenido su parte en la empresa. Pero, concluida la caza, cada cual sólo supo reconocer sus propios méritos, cerrando los ojos a los de los demás. Los de Guetaria, pretextando que el muelle de Zarauz era pequeño, que el suyo era mejor, se la llevaron a su pueblo. Y ahí la dejaron en el muelle. Poco después ya empezaron a alardear que la ballena era suya. Los de Zarauz naturalmente no se conformaron y la cosa acabó en la audiencia de Pamplona..., mientras que el hermoso cetáceo fue a parar a la playa de San Sebastián, como una última venganza del coloso hacia los balleneros que habían acabado con su vida.

De hecho, si la cazaron los arrantzales de Zarauz, Guetaria y Orio, ninguno de estos tres pueblos gozó del privilegio de poderla ver por más tiempo, salvo que pasaran por las horcas caudinas de venirse a San Sebastián. Allá acabó por pudrirse sin que se dirimiera el conflicto, y por la mera inercia de los hechos, quienes no habían tenido arte ni parte en su captura, los donostiarras, acabaron por convertirse en los propietarios de la ballena. Todavía hoy, ese magnífico ejemplar de *ballena biscayensis* sigue recordándonos esta historia desde su arrecife en el Aquarium donostiarra, reducida a un polvoriento armazón de huesos, pero bien viva en lo que nos sirve para alimentar nuestra memoria y aprender de ella. Porque, todavía hoy, esa formidable osamenta superviviente a través del tiempo sigue diciendo a los arrantzales de Orio, Zarauz y Getaria, con una voz bien cavernosa, como surgida de los abismos del mar, y también de los de nuestra conciencia: "Si no puedo ser de uno, no seré de nadie".

Pese a que supieron ponerse de acuerdo en un instante para cazarla, después, aquellos arrantzales no fueron capaces de reunirse y tomar las decisiones pertinentes en justicia. El trabajo sí, eso lo hicieron entre todos, pero a la hora de repartir el beneficio, fallaron. Antes bien: se enemistaron, y entre tanto se pudrió la ballena. De este modo, el provecho no fue para

ninguno de los que tanto habían bregado por hacerlo suyo. Una vez más el eterno "Ni para ti ni para mí" La fuerza y la actualidad del viejo refrán son un referente básico de la personalidad que asoma en la conducta del vasco. Su incapacidad para compartir aquello que sin ser de uno necesariamente, pudiera ser sabiamente de todos.

DIVIDE Y PERDERÁS

INDARRAK ERDIBITZEN

La unidad siempre es necesaria, y siempre es un bien escaso entre nosotros, así en las pequeñas empresas como en las grandes. Si queremos un País Vasco acorde con nuestros mejores sueños, deberíamos priorizar dos estrategias: Que todos los partidos políticos vascos se junten y trabajen en una misma dirección. Y en segundo lugar: anteponer a toda posibilidad de fractura política y social las razones de hermandad entre todos los vascos, sea cual sea su origen, su adscripción política o sus opiniones.

En lugar de eso, basta asomarnos al espejo de la política actual para ver que hacemos justamente lo contrario. En la calle y en los medios de comunicación vemos, cada día con más virulencia, a los vascos unos contra otros, enzarzados en enfrentamientos continuos, odiándose como si el hermano fuera el peor enemigo. Ahí donde más necesaria sería la unidad, reina la división banderiza, la desunión de los hermanos, y la confusión de todos.

Nacen foros y plataformas que dicen estar abiertos a todas las propuestas de unidad. Pero no es en el diálogo en lo que están pensando, sino en el sometimiento de los que piensan de diferente manera, por las buenas o por las malas.

Este tipo de mentalidad abunda entre nosotros en el País Vasco. No voy a mencionar nombres pero todos sabemos quiénes son. No queremos ofender a nadie. Hablaremos, eso sí, de lo que hacen y de sus actitudes, porque siempre es mejor estar informado que no estarlo. Si los vascos queremos gobernar con más independencia nuestro propio país, debemos comenzar por integrar a todos sus habitantes en un proyecto común. Pero lo que sucede es lo contrario: cada cual trabaja para su casa y no hay una casa

común suficientemente amplia y habitable para todos. Por ese camino no hay futuro, ni para los vascos ni para el país. Así no podemos avanzar.

Una pregunta necesaria: Aun siendo conscientes de la gravedad del problema, ¿por qué actuamos con semejante inconsciencia? Creo nuevamente, sin asomo de duda, que la fuente de estas conductas equivocadas está en la mentalidad ya mencionada de *ni para ti ni para mí*.

No basta con querer ser independiente. Si queremos verdaderamente un país vasco a la medida de todos, hay que saber trabajar junto con los demás y hay que tener ganas de hacerlo, sabiendo ceder unos para que también cedan otros, y así ganemos todos. Es decir, para que el *"ni para mí ni para ti..."* se complete con un sabio *"... pero sí para todos"*.

Es imprescindible educar al pueblo. El trabajo por la unidad no es algo que se haga solo, sino que además ese camino está lleno de impedimentos. Hay que abrir bien los ojos para ver mejor. Hay que verlo todo para saber cómo son las cosas. Después, corregir las equivocaciones, las injusticias, las desconsideraciones hacia el otro. Si en el País Vasco que queremos no sobra nadie, ni los que no son nacionalistas, ni los que aún no saben euskera, debemos trabajar más por ellos que por nosotros. Tenerlos en cuenta, ponernos en su lugar, integrarlos, hacerlos sentirse en nuestra casa como en su casa: ese es el camino. Y como los caminos no se hacen solos, hay que empezar a dar pasos en esa dirección.

Como alegoría de esto, pondré el ejemplo de un grupo de danza. Cuando miras el grupo de danzaris juveniles, siempre vas a encontrar muchos defectos. Habrá que repetir una y otra vez la misma danza para que las cosas salgan bien. Cuando un ensayo por fin sale bastante bien, es porque antes ha habido muchas horas de trabajo individual, y tantas o más para integrar al grupo en un mismo compás. Los defectos son cosas naturales e inevitables, no hay que asustarse de verlos, sino más bien de no verlos. El que ve un defecto, ya está en el camino de corregirlo. El que no lo ve, no se corregirá nunca.

"Ni para ti ni para mí". Cuando vemos un ejemplo de esta mentalidad, hay que aprender cómo suceden las cosas y esforzarse lo que se pueda en

hacerlo mejor, sin miedo. Hay que intentar una y otra vez abrir nuevos caminos. Porque somos nosotros mismos los que debemos corregir nuestros propios errores. Y, si estamos extraviados, también debemos ser nosotros los que encontremos de nuevo el norte.

Al saber los fundamentos de nuestros males, ganamos mucho. En el País Vasco hay más de un partido, y es de ley que así sea. Pero antes que nada, la política es el arte de convivir sin que nadie se sienta menos que nadie, ni más vasco que el otro. Aprendamos a tender la mano de corazón: el buen nombre de nuestra casa ganará mucho con eso y, por supuesto, el país también.

LA FALSA GRANDEZA DEL ARROGANTE

ARROA ESPANTUKA

Como la apendicitis es una inflamación del apéndice, la arrogancia es una inflación de la personalidad que lleva a quienes la padecen a vivir hinchados de sí mismos. Huecos por dentro y aparatosos por fuera, en cada uno de sus gestos buscan el prestigio y el aplauso de los demás. Si bien, de puertas para adentro, cuando se les deshincha ese apéndice, quedan tan agotados de sí mismos que sucumben a la indolencia.

Recuerdo un bonito ejemplo: En un pueblo, en medio de la ancha plaza, había un caserío de considerable tamaño, en el que vivían una cuadrilla de hombres jóvenes, todos bien alimentados y de buena planta. Entre semana solían pasear por la calle, arriba y abajo, hablando con la gente, charlando sin parar. Respiraban fuerza, pero luego a la hora de trabajar no valían nada, y además tenían pocas ganas. De palabra eran mucho, pero el trabajo lo dejaban para otros. Cuando llegaba el domingo todos los hermanos sin faltar uno se ponían a trabajar: cogían las guadañas, se calzaban la abarcas y decidían que aquel domingo limpiarían de zarzas el regato y ensancharían los caminos de las piezas. No dejaban de oírse risas, mientras hacían como que trabajaban. Y cuando volvían al pueblo, tarde al mediodía, siempre organizaban una reunión abierta en medio de la plaza con los montañeros que se habían encontrado, para contar lo que habían hecho aquella mañana. Querían que se enteraran los forasteros de lo fuertes y trabajadores que eran, y los dejaban completamente engañados. La gente trabajadora del pueblo, entretanto, no decía palabra. Bien sabían ellos que los días de labor son para trabajar y que el domingo es para darse un buen descanso. Pero estos vagos de nuestra historia estaban hinchados de viento: trabajo, sólo conocían el del

domingo, y éste sólo de cara a la galería. Con ellos la casa necesariamente se iría arruinando, pero lo que es a ellos les daba igual.

Estos que cultivan una fatigosa grandilocuencia con tan notoria elegancia han inspirado al pueblo una literatura oral de dos clases, nada despreciable: Una gira en torno a las ventosidades intestinales, y la segunda nos aparece en los cuentos del forzado Txomin-ipurdi, en cuyo desmesurado trasero caben el zorro, el lobo, y todas las alimañas. Basta que le apriete un poco el vientre, para que con el vano trabajo de su trasero arruine todos los campos. ¿Puede haber algo bueno en eso? Es mala cosa tener el vientre hinchado de aire, y mucho peor todavía si lo que se tiene aventado es la cabeza.

Palabras de aspecto formidable, pero en realidad vacías y llenas de aire. "¡Qué fuertes eran nuestros antepasados!" dicen las leyendas. Son todo despropósitos, exageraciones, que sólo valen para rellenar de paja la imaginación: que si no se quién estuvo ocho días sosteniendo a pulso una roca; y no sé quién corría con las piernas atadas más que una liebre, y saltaba de monte en monte y llevaba de una parte a otra a las personas cogidas de la mano. Las más de las veces, tanta pasión por las leyendas más exageradas no obedece sino a una voluntad de justificar con alardes inventados la incapacidad personal para estar a la altura del mito. Acumulando despropósitos, viviendo de las apariencias, se pierde la fuerza por la boca. Quien mucho habla mucho yerra, dice el refrán. Pero el arrogante, ése yerra siempre. Y así es como viven los amantes del aspaviento. Se inflan de palabras pero arruinan su casa. Porque no se siembra el maíz en el viento.

LA OBSTINACIÓN

SETAKERIA

La obstinación es un rasgo de carácter muy común entre los vascos. Sin duda, puede ser muy positiva cuando se trata de sacar adelante trabajos difíciles. Pero no hay mal peor cuando se petrifica en la negatividad, en la Cultura del No. Al obstinado en el no se le reconoce fácilmente, y no hay que ir muy lejos para encontrarle: en nuestras familias siempre suele haber quien ante cualquier cosa que se proponga dirá primero la palabra no. Si a estos les llamas para hacer algo, antes de acabar de hablar ya habrás oído el no. No se quitan el no de la boca de la mañana a la noche. Hablar con personas de este carácter es como darse de cabezadas contra la gran muralla de los gentiles.

Y es que la tendencia de algunas personas es llevar la contraria a todo. Hoy pretextarán que la culpa la tiene otro, y mañana lo mismo. Y todos los días la misma canción; que los demás le quieren mal y no puede soportar que nada les salga bien. Por eso siempre lo primero es decir no.

Les basta cualquier pretexto para contestar que no. Por mucho que en casa les ofrezcan algo delicioso para comer, siempre tienen que dejar un trocito en el borde del plato, que no servirá luego para satisfacer a nadie. Esto es no saber reconocer lo que se les ofrece, ni agradecerlo, ni colaborar a la satisfacción de nadie. Lo único que saben es ir con un no por delante, aunque luego, si se da el milagro de que reflexionen, hasta puede que cambien de actitud. Claro que, si se les pide que reconozcan que se han equivocado, se dejarán partir un brazo con tal de no decir: sí, me equivoqué.

De hecho, cuando se enteran de una reunión familiar, lo dejan todo para presentarse allí a levantar acta de su negatividad. Y es que lo suyo es oponerse a todo, y que todos lo oigan bien. Parece que se han casado con la palabra no.

Naturalmente, para que el obstinado se avenga a algo, hay que trabajar su voluntad con una paciencia cuando menos evangélica y con una diplomacia más que veneciana. Otras veces, cuando el obstinado no consigue salirse con la suya, su empecinamiento hace cuerpo en él y se cierra completamente, para eso y para todo. De ahí que haya entre nosotros tanta gente cerrada, que no es capaz de salir de sí misma ni de abrirle un puente de acceso a nadie. Es como si excavaran un agujero dentro de sí mismos y ahí se quedarán.

Hay entre nosotros individuos que no puede asociarse con nadie porque ese carácter cerrado no se lo permite. Es por eso que no saben ni lo que es el bien ajeno, y mucho menos todavía son capaces de aceptar las necesidades comunes. Siempre tienen que oponerse a todo, lo cual supone tanto una obstinación enfermiza como una soberbia muestra del peor egoísmo.

En cierta ocasión recuerdo que le pregunté al capuchino padre Ondarra: "¿Por qué se perdió el euskera en unos pueblos sí y en otros no?" Por ejemplo, en Bacáicoa, su pueblo natal, dejaron del todo de usar el euskera en la conversación. Los jóvenes ya no hablaban vasco y habían aprendido bien castellano. Sin embargo en el vecino pueblo de Urdiain, justo al lado, casa con casa, todos hablan euskera, jóvenes y viejos. ¿Cómo se explican esos comportamientos tan diferentes?

La respuesta del padre Ondarra fue insólita e interesante: "En un pueblo dejaron el vasco, precisamente, para diferenciarse de los que lo hablaban en el pueblo de al lado" Fue suficiente el apego al euskera de sus vecinos para que ellos lo perdieran. A eso se le llama obstinación, pero también puede llamarsele estulticia.

Por ese camino podemos estar seguros de que veremos ante nuestros ojos la ruina de la casa y la desaparición del euskera. La obstinación y el empecinamiento, cuando se vuelven negativos y estériles, son de por sí grandes males. Por desgracia, están muy extendidos entre nosotros, por eso son tan difíciles de corregir cuando hacen cuerpo en la personalidad. Tanto como convertir una manzana amarga en sidra dulce.

EMPERRADOS DE CINISMO

ZAKUR UGARI

Los griegos llamaban cínicos a los filósofos que vivían como perros salvajes. Es decir, a los que mostraban al desnudo todas las debilidades de su naturaleza: dóciles o agresivos según su conveniencia, y, desde luego, bien capaces de responder con cualquier perrería a quien espere de ellos algo parecido a la lealtad. ¿ Por qué cree la gente que el perro es un modelo digno de imitar ? Tal vez porque nos hemos habituado a ese lugar común que dice que el perro es el mejor amigo del hombre. Pero también entre los perros, como entre los hombres mismos, hay de todo. Y por supuesto, tanto como perros leales hay perros interesados o traicioneros.

Así como sucede con estos últimos, también hay entre nosotros individuos que vienen a lamernos las manos cuando necesitan algo. Y ahí se te acercan moviendo el largo rabo entre sus piernas y hacen todo lo que pueden para que les prestes atención. Te harán fiestas entre ladridos, y no cejarán hasta que respondas a sus conmovedoras solicitudes. Pero cuando han conseguido lo que quieren, también saben enseñar los dientes.

Después de bien comidos, ya no te conocen. Y se quedan profundamente dormidos. O te miran como a un extraño. O, todavía peor, rompen a ladrarte como si fueras un ladrón. Se les olvidaron los tiempos de la amabilidad, y ahora todo son malas caras. Han olvidado las complacencias y te miran desabridos.

A veces tienes a muchos detrás de ti para conseguir algo, pero sólo hasta que lo consiguen. Así suceden las cosas cuando tienes delante un vasco emperrado en su propio cinismo. Mientras estén detrás de conseguir la suya, los tendrás día y noche llamando a tu puerta. En el tiempo de conseguir algo

que les importa mucho, parecerán ser tus mejores amigos y sabrán poner buenas caras.

Pero después de conseguido lo que quieren, se les olvida todo lo que de ti han tomado; y en adelante, olvidada la amistad que simulaban, te encontrarás con que son tus peores enemigos y como tal te tratan.

El cinismo más o menos disimulado, cuando no la abierta perrería, es un gran mal de nuestro pueblo. Tanto, que a veces es preferible vértelas con los que primero muerden, antes que hacerlo con los que ladran después.

EL ETERNO INSATISFECHO

GIZASEME PETRALA

Tal vez la palabra sea un poco demasiado polisémica, Me temo que sí, pero trataré de mostrar el que en mi opinión es su contenido fundamental.

Por acción o por omisión, el caprichoso redomado, el perfeccionista compulsivo, el eterno insatisfecho, es alguien que no se contenta con nada y al que con nada puedes ganártelo. Su hambre no es de las que se apaciguan con cualquier bocado, y no te dejará en paz hasta darte el último.

Por lo general, se trata de personalidades tan descontentas consigo mismas, tan insatisfechas, que no pueden soportar el contento o la satisfacción ajenas. Si se te ocurre la temeridad de ofrecer a su juicio alguno de tus trabajos, siempre encontrará un defecto, por pequeño que sea, suficiente para derribártelos. Siempre dirá que hay quien lo hace mejor. Si eres escritor no te reconocerá ninguna virtud. te dirá directamente cosas como estas: "¿Qué? ¿Te esperabas el premio Nobel?" Entre ironías y desaires, te quitará toda la ilusión, ...y quizá sólo entonces comience a darse por satisfecho.

Si estás trabajando en la cocina, y resulta que se te da bien asar anchoas, por más buena pinta que tengan no dejará de espetarte: "No les has puesto sal. A ver si a alguna les pones sal." Nada puede parecerle bien. Siempre saldrá con alguna impertinencia para aguarte la fiesta. Nada está suficientemente bien, nada es suficiente. Lo tuyo no vale nada y, por tanto, por más que le des, nada te debe.

No dirá nunca que tus nueces son deliciosas e inmejorables para comerlas con un trago de vino y un poco de pan. Siempre se quedará con que una nuez estaba vacía, y la otra agusanada. No puede reconocer nada bueno entre sus amigos.

En vez de darte gusto con su agradecimiento, con tal de no darlo, no le importa hacer daño a todos por uno y arruinar por completo el buen ambiente.

Voy a poner un buen ejemplo. En cierta ocasión alguien le dijo a un amigo: "En ese trabajo gano cuatro mil francos." Es digna de recogerse la respuesta de su amigo: "Ya voy a hablar a ver si te pagan lo suficiente." Con esta respuesta deja a su interlocutor en la duda; lo deja colgado y sometido a la vez. Ese "a ver si" lo deja bien preocupado. Y además "Ya voy a hablar": con eso te está mirando por encima del hombro. Sin que se la pidas, te ofrece una ayuda ilusoria en vez de la verdadera ayuda. inopinadamente, él se pone en el lugar del gigante y te deja a ti el del enano, bien rebajado. Cuanto mas des a ese tipo de personas, más te quitarán. Nada es suficiente para ellos: ni lo suyo ni lo tuyo. Ábreles la puerta, déjales entrar y te irán comiendo por fuera y por dentro.

A decir verdad y en todos los sentidos, nada puede calmar el hambre insaciable del eterno insatisfecho. "Ume zitala" a su manera, también él, eterno niño malcriado, si los llevas a ver una obra de arte, les faltará tiempo para empezar a buscar otra mejor que, por supuesto, nunca encontrará. Si les has ofrecido algo de valor, ya no se acuerdan. Para él hasta sus padres han hecho una vida nueva. Antes de reconocer una deuda o un agradecimiento, son capaces hasta de volver la cabeza con tal de no saludarte, probablemente porque ya están saludando a otro.

Es lo que sucede con algunos niños: no bien les has dejado en las manos un bonito juguete, en vez de alegrarse, lo destrozan. Ese tipo de alma es de por sí insatisfecha y además desasosegada.

Está claro que el niño malcriado, el caprichoso, el eterno insatisfecho, es una ruina para la casa. Ninguna sombra es buena para él, ningún plato es de su gusto, nadie puede estar contento delante de él. Aunque salga el sol, él verá tormentas. Aunque luzca el más azul y despejado de los cielos, él es el Hombre de la Lluvia que, si llueve para él, llueve para todos.

NO TE METAS ENTRE ELLOS CON LA MAKILA ROTA

MAKIL AUTSIAREKIN EZ OIEN ARTEAN SARTU

Un casero auténtico me dijo lo siguiente un día sin estrellas. Estábamos hablando de unos crios malcriados: "No hay que meterse entre ellos con la makila rota". Ese viejo dicho es muy significativo. Es la respuesta del pueblo a los que están arruinando su casa. Y es que es cierto que no nos faltan de esos, como ya hemos dicho: ventajistas, arrogantes, espíritus mezquinos, empecinados en el no, eternos insatisfechos, niños eternos y malcriados. Es difícil no toparse con alguno y más difícil aún salir indemnes de su trato. Entonces, ¿qué partido hay que tomar para cuidar cada cual de su derecho? Ya conocemos la respuesta del pueblo: responder diente por diente a la violencia; no ceder ni un palmo a la insolencia. Pero si no eres partidario de tales soluciones extremas, mantente alejado de ellos tanto cuanto puedas. El pueblo sabe bien que no hay nada que hacer con el que arruina su casa. Tarde o temprano, acaba por arruinar también las de los demás.

En el campo de la malcrianza, salen de todas partes perros hambrientos. No hay que esperar nada de ese mundo, salvo daño y ningún pábulo para la felicidad. Por eso digo que siempre es mejor curarse en salud, saber distinguir el trigo de la cizaña, conocer bien al que tenemos a nuestro lado y a nuestro propio pueblo, tanto en lo que tiene de bueno, que tiene mucho, como en lo que tiene de malo. Ya es un gran progreso ser lo suficientemente humildes como para reconocer que nunca aprenderemos lo suficiente, y que siempre, hasta de viejos, seguimos teniendo mucho que aprender. Y entre esos aprendizajes necesarios, está sin duda el que nos lleva a preguntarnos cómo plantarles cara a los que no nos respetan.

Se pueden considerar dos respuestas: una bastante dura y la otra más humana y, por tanto, más sabia.

En cuanto a la respuesta dura, la deja bien declarada ese bastón que se menciona. Y si la tal vara es de fresno, mejor que mejor. Y habrá que ser diestro manejándola, además. En todo caso no hay que olvidarse de llevarla consigo. Porque cuando te ven con la vara en la mano hasta los perros peor intencionados se asustan. Ladrarán, pero no te morderán. Y es que el idioma de la vara es universal: la violencia, que se impone por su derecho cuando está de ley emplearla.

La respuesta más sabia, sin embargo, sería ésta: darte cuenta de que estás entre desalmados, pero no perder el alma ni el temple ante ellos. Si sabes que eres moralmente más fuerte, no es necesario que les respondas en el mismo lenguaje. Y si no te queda más alternativa, tampoco tengas miedo de meterte entre ellos, porque allí vas a aprender cómo vivir en este triste mundo. No tengas miedo y demuéstreselo con tu modo de proceder: entero y sereno. Es la única manera de no dejarte el pellejo. Quedarse dormido delante del enemigo no es proceder recomendable. Por contra, estar alerta siempre resulta muy beneficioso.

Este dicho que hemos traído a colación ha enseñado a muchas generaciones de vascos a respetarse a sí mismos y a hacerse respetar: "No te metas entre ellos con la makila rota". Ciertamente, ser dueño de una vara equivale a saber usarla con prudencia y responsabilidad. En paralelo a una vara se levantan los cimientos de nuestras casas, y apoyados en otra vamos caminando por la vida. La más importante, sin embargo, es la vara que ha de sostenerte por dentro. Hazla fuerte para que nadie la quiebre. Así, sin que nadie la vea, harás ver que siempre te acompaña.

CEGADOS POR LA APUESTA

ITSUMENA DEMAN

En capítulos anteriores ya hemos precisado cómo con el antiguo nombre de *dema* se define el mundo de los juegos populares que se realizan para determinar quién es el más fuerte. Pero ese no es el único objetivo. También el espectador tiene que participar con sus pullas. También él quiere controversia en su juego, para medir a los demás y medirse a sí mismo. Súbitamente se monta una *dema*, un juego con apuesta, y nos encontramos metidos en ella. De hecho y hablando en plata entre vascos, sin apuesta no hay verdadero juego. Y en los juegos populares los protagonistas no son los únicos participantes. También lo son, y en no menor medida, quienes apuestan por ellos. Mientras unos trabajan duro y con ganas, los otros no dejan un segundo de calentar el ambiente con sus pullas, creando una apuesta. Ahí está toda la tensión que sustenta el desafío, y la razón última de su enorme arraigo en el pueblo.

Una vez metidos en este tema de la apuesta, se nos presenta el segundo término del título: *Cegados*. Y es que cuando se menciona la palabra apuesta surge un rugido en el escenario de juego. Ahí vemos a la gente gritando con los ojos muy abiertos, pero con la mente cerrada, ciega por las apuestas. Como si hubieran sido presa de una ataque de locura súbita, ahí empiezan a gritar unos contra otros, dándole diez tantos a uno, y quitándole otro tanto a otro. Podríamos decir que están enfebrecidos, y no hay que olvidar que la fiebre es una característica de la enfermedad. Pues es la fiebre la que nos anuncia una quiebra en nuestra salud.

Cuando la comunidad de un pueblo se reúne para un juego con apuesta, bien sean segadores, pruebas de bueyes, luchas de carneros, carreras, traineras o lo que sea, siempre está por en medio el dinero. Y como

todos están jugando de esta forma, es natural que todos quieran ganar. Ese afán de ganancia acaba por traer el desastre.

En estas historias de la competición algunos llegan a perder la cabeza. Hay un afán de victoria que inflama el ambiente y produce a veces derrotas bien poco honorables. De esta forma, en estos arrebatos, algunos llegan a perder su vaca en la apuesta; otros, incluso el caserío con sus tierras. Por la ceguera de un momento, a veces hay mucho llanto y muchos días negros en la casa. Aun a plena luz del sol, la ceguera del que apuesta puede producir terribles tinieblas.

Con razón dice un viejo dicho vasco: "*Jokoa ez da errenta; obia olloa erreta*" (El juego no trae cuenta; una gallina asada, más cuenta"). Ese dicho es fruto de la sabiduría de muchas generaciones, de la sabiduría acumulada y experimentada por todo un pueblo. El pueblo ha visto y ha aprendido que la apuesta es una trampa, en la que si metes una pierna es fácil que acabes por perder la cabeza. Y una vez perdida ésta, ya todo está perdido. La incapacidad de ver las cosas claras, la espiral del que apuesta y apuesta por que ya no puede echarse atrás, esa tremenda ceguera, lleva a algunos a poner en juego hasta lo que no tienen. En estos casos no sólo arruinan a su familia y a su casa, sino que hipotecan todo su futuro, durante años, y años, nada más que por la locura de una mala noche.

Por eso, cualquier cosa es mejor que esa amenaza. Y mejor que nada una "gallina asada", como reza el dicho. Ciertamente, la apuesta ha llevado a muchas "gallinas ciegas" a la perdición. Pero el que sabe ver y mantenerse frío por más que se caldee el ambiente, el que sabe lo que vale su propia casa, ése no la pone en juego jamás. Con eso no se juega, y aunque parezca lo contrario, con las apuestas tampoco.

APUESTAS NUEVAS Y VIEJAS

DEMA BERRI ZARRA

En cierta ocasión encontré a unos caseros en apacible coloquio, tratando del tema que nos ocupa. Decían que el juego es una costumbre inmemorial, puesto que ya nuestros antepasados estaban enredados en él. Un hombre de edad contó, por ejemplo, que el padre de su madre, con más de ochenta años, jugaba a las cartas con dinero por medio. Esto no era algo fácil de digerir para una familia, sobre todo porque todo se sabe. Primero empiezan los rumores y después todo se hace público. En confianza, quien sabe escuchar, acaba siendo notario de muchas historias que no se escriben. De ellas me serví discreta y lícitamente, para ampliar mi conocimiento del hombre vasco.

Los vascos conocen a la perfección, por su nombre, a los buenos jugadores, incluso en qué pueblo han nacido. Tienen en su cabeza un archivo completo de noticias, con la intención principal de transmitírsela a la siguiente generación. Uno, por ejemplo, sabía que "El zurdo de Mandubi, que era muy buen jugador, solía ganar sus partidos jugando descalzo; y diciendo "¡cara!" sacaba y ganaba." Y ahí siguió diciendo a grandes voces que los de Bedabio también eran gente de la misma pasta. Parecía conocer bien a los buenos jugadores.

El jugador iba a ganar como fuera: los perdedores eran siempre los caseros espectadores que entraban en ese mundo tenebroso, llenos de curiosidad, pero vacíos de experiencia. Un hombre de gran fuerza me decía: "En Asteasu y en Larraun no hay dos o tres jugadores limpios que puedan ganarles como es debido a los caseros de ahí". Por supuesto, ni siquiera el "limpio", el que alardeaba de serlo, mostraba limpieza en su juego. Y el perdedor, al fin, resultaba ser el pobre casero. Los nombres de los pueblos que hemos mencionado nos dejan bien de manifiesto una cosa: Que ese mal

estaba muy extendido en los pueblos pequeños. Y el daño que ha producido todavía hoy se puede notar hasta en los caseríos más grandes.

En aquellos tiempos pretéritos probablemente jugaban uno a uno. Me lo aseguró un abuelo de muchos años: "A nuestros viejos les gustaba jugar de uno a uno". Los jugadores, los enredadores que vivían de buscar ocasiones para apostar y desplumar a los incautos, bien sabían a quién debían recurrir en cada caso. Es lo que me dijo otro hombre: "Aquél se fue con la ternera al matadero". Y claro, si el de la ternera era un vecino de poco cuajo, no tardaba en encontrarse por el camino con un liante que no vacilaría en inventarse cualquier pretexto para sacarle los cuartos.

Además de los apostadores de ocasión, también había jugadores más o menos empecinados que se citaban en días y lugares fijos. Uno, por ejemplo, de mucha fama, era Alegi. Un abuelo que fue de esa cuadrilla me lo señaló con estas palabras: "Iban allí a jugar, a que les quitaran el dinero".

A los jugadores se les calentaba la sangre, y solían recorrer a pie largo camino para satisfacer su afición, por ejemplo, de Asteasu a Alegi. Veamos lo que dice otro informante: "Los domingos la misa matutina era a las seis de la mañana en Asteasu. Algunos, cuando iban a misa, se solían encontrar en el camino con los que venían de jugar de noche en Alegi." Así se enteraban de quiénes iban a Alegi. Al parecer el garito estaba allí, en Alegi. Los jugadores tenían, además, sus costumbres. Un hombre muy fiable nos decía, por ejemplo, que solían estar encima de una piedra haciendo sonar sus onzas de oro. Y añadía a continuación: "Mi abuelo estuvo tiempo buscando esta onza de oro, que creía que se le había caído al agua, y nunca la encontró". A alguna gente la ciega el juego; otros en cambio siempre andan detrás de los jugadores... con los ojos bien abiertos.

¿ POR QUÉ NOS APASIONA EL JUEGO ?

JOKUAK ZER DAUKA BARRENA ZIRIKATZEKO ?

La pregunta nos viene de inmediato a la mente cuando tratamos de este tema y, enseguida, de ella nos surge otra: Cuál será el origen del mal ?

La respuesta más evidente y más directa se puede resumir en la palabra vasca "amalau" (catorce): Hay gente que siempre quiere descollar por encima de los demás. Siempre tienen que ganar, sobre todo en el juego. Quieren sobresalir como el aceite en el agua. Así es por ejemplo José "Amalau". Va a cazar y abate palomas a cientos de las ramas del haya; de creerle, es un portento andante. Hay que ver cómo habla: Y cuando pone hierros en su fábrica trabaja, dice, más que todos los demás juntos, haciendo dinero y levantándolo... Porque lo hace desde muy joven y, evidentemente, es el mejor.

Dentro de esta mentalidad fanfarrona es lógico que se metan en el juego y quieran ganar.

Este afán de ganar a toda costa, desemboca inevitablemente en la costa de todos los desastre. En primer lugar parece que el objetivo principal es ganar. Pero enseguida el qué llama al cómo. Y ese es el origen de tantas malas artes y trapacerías. El afán de ganar como sea, lleva a mucha gente a perder la cabeza. Si no ganan por las buenas, ya sólo les queda hacerlo por las malas; es decir, jugándole alguna mala pasada al que puede, a poder ser en su propio terreno. Si se trata de un segador, intentará esparcirle un buen saco de piedras en el prado. Si es una apuesta de aizkolaris, hará lo posible por cambiar las medidas de sus troncos. El boyero le dará aguardiente al buey para avivarlo. Y así, juego por juego y apuesta por apuesta, hasta el infinito. Así como se dice que hecha la ley, hecha la trampa, el tramposo siempre

encontrará el modo de ganar, sea como sea pero con la mayor discreción, sin que nadie advierta el engaño ni la trampa.

En gran medida, ésta es la razón de la mala salud del deporte rural vasco: tiene este mal metido hasta el corazón. Una y otra vez, me lo corroboran quienes conocen mejor que yo este mundo. Con todo, siendo lamentable que esté enfermo un rasgo tan identitario de nuestra personalidad, más grave nos parece aún que la enfermedad haya llegado a ser necesaria para quienes viven a costa de su aparente buena salud.

Los hábitos del juego crean a su vez hábitos sociales, y el viento negro que sale de ahí llega a todos los rincones de nuestra sociedad. Peor aún: a algunos les encanta ese ambiente de corrupción.

El jugador está calentándose. Se le enrojece la cara, cierra los ojos, grita, incluso da alaridos, está empapado en sudor, desquiciado, como si se comiera las tripas; no tiene siquiera figura humana. No puede creerse si no lo ve uno mismo. Más aún cuando ese comportamiento que debiera limitarse a ciertos juegos, ha acabado por contagiarse a los espectáculos que se programan con motivo de cualquier fiesta: ahí vemos a hombres cegados a punto de reventar, gritando a pleno pulmón, como enloquecidos, fuera de sí. Se comportan como si siempre tuvieran la razón. Y eso es lo más impresionante: cada cual sólo atiende a lo que quiere, y ya no es capaz de ver la fuerza ajena. Para algunos el juego es un volverse loco; para otros es un medio de enriquecerse. ¿Por qué medios? Ya lo hemos dicho: como sea. Para otros el juego sirve para medir y evaluar a los demás. Medirlos, claro está, para poder dominarlos mejor.

Por medio del juego, se levantan todas las malas pasiones del hombre. Pero es que muchos, para sentirse vivos, necesitan de una pasión que los abraze.

FUERA DE SÍ

BERE ONETIK ATERATA

Ese afán de ganar que se da en los juegos llega a sacar de quicio a la gente. "Fuera de sí" (*bere onetik aterata*): esa vieja expresión vasca es muy significativa. En ella se nos muestra la sabiduría de muchas generaciones. Su contenido más estricto y duro es que la apuesta produce locura momentánea. Se hacen grupos, cada cual escoge su candidato a ganador y empieza a aclamar a uno y a denigrar al otro con todas sus fuerzas. En seguida se apasiona y está "fuera de sí", completamente desquiciado. Una vez metido en ese camino ya no es fácil detenerse, y menos aún dar un paso atrás.

La pasión que abrasa su interior le dice que debe medir sus fuerzas hasta reventar, para dominar y vencer como sea al contrario. Para ser campeón hay que pelear. Para eso es para lo que quieren medir sus fuerzas. En el juego y en la apuesta es donde vemos estos hinchados frutos de las malas pasiones.

Pero hay que decirlo claro: muy frecuentemente vemos ese mismo mundo de malas pasiones extendido en no pocos episodios de la historia del País Vasco. Nuestra sociedad es propensa al acaloramiento, a inflamarse, a cegarse, y a estar "fuera de sí". Y ahí empiezan unos a pegarse con otros, sólo por demostrarse a sí mismos y a los demás que son los más fuertes, los que saben imponer su voluntad, los que siempre ganan.

Desde luego, y haciendo abstracción de la nuestra, si consideramos la historia del mundo en su conjunto, a veces nos preguntamos si no son sociedades enteras las que andan "fuera de sí". Es esa ceguera la que produce los desastres sociales, y, en particular, el desastre de nuestra sociedad. El origen del mal es al cabo el exceso de fuerza y la falta de reflexión, de contención, en una palabra, de ponderación. Somos como los

burros: tenemos los testículos grandes y la cabeza pequeña. Ese es el problema. Ese andar "fuera de sí" ha producido desde antiguo grandes males en el País Vasco. No es asunto reciente, pero todavía hoy seguimos ciegos a reconocerlo, y así es como en nuestra sociedad, en lugar de los encuentros, prevalecen no ya los desencuentros, sino los encontronazos

Si vamos a la Edad Media encontramos a los Oñacinos y los Gamboínos, poniendo el país a sangre y fuego, en luchas fratricidas, extendiendo el odio, destrozando casas, sembrando la guerra en los pueblos, llamando además a los castellanos para dividirnos. Fue una época funesta para nuestro país.

Al final de la Edad Media encontramos las facciones de agramonteses y beamonteses. Los agramonteses eran partidarios del rey Juan I. Los Beamonteses, en cambio, del Príncipe de Viana. En el enfrentamiento subsiguiente pusieron toda Navarra a sangre y fuego. Al final intervino Fernando el Católico, rey de Aragón y ahí perdió Navarra para siempre su libertad.

El siglo pasado tuvimos el enfrentamiento entre carlistas y liberales. Las familias vascas se dividieron y la sangre vasca corrió aullando por montes y valles. Ahí luchaban hermano con hermano, armados, y ahí acabamos por perder nuestros fueros. Otra lucha fratricida: la de los requetés y los gudarís. Otra vez ardió el País Vasco. Y un grupo sojuzgó al otro... hasta que volvió a levantar la cabeza.

Y hoy tenemos el mismo mal: El PNV por un lado, EA por otro. Y por si fuera poco los nacionalistas moderados por un lado, los radicales por otro, y un odio inmenso entre todos, pueblos y familias divididos, desavenencia entre hermanos...

¿Hemos aprendido algo de la historia? Ahí tenemos los grupos que recurren a la violencia, nuevamente cegados y fuera de sí. Cegados, indignados, desquiciados. Esa es la terna que nos define. Pero el que se ciega se pierde.

Algún día aprenderemos, sin embargo, que la suerte de nuestro pueblo no merece ser jugada como si fuera un desafío de fuerza. Mientras todos queramos ganar, no ganará nadie. Mientras cada uno apueste sólo por sí mismo, todos perderán.

LA LOCURA DE LA FUERZA

INDARRAREN EROMENA

Es evidente que el vasco ama la fuerza por encima de todo. pero la fuerza acarrea la necesidad de medir al prójimo: la competición abierta. Es decir, el espectáculo de enfrentar dos fuerzas, una contra otra, cada cual con sus partidarios tan cegados como los contendientes por asentar su dominación. Y es que, si del exceso de pasión viene la cólera, del no querer ver viene la peor de las cegueras. Si le añadimos nuestra afición a la bebida y nuestro carácter obstinado (pensamiento inflexible), ya tenemos la locura. Una locura que, ciertamente, va más allá del acaloramiento que puede generarse en un frontón y que impregna ya todos los estratos de nuestra sociedad, desde los batzarres que acaban en batallas, hasta esos políticos imbuidos de una agresividad que sólo cabría calificar como delirante.

Basta un solo ejemplo para mostrar a dónde puede llevarnos tanto y tan ciego culto a la fuerza: Sucedió entre dos levantadores de piedras, los dos jóvenes, los dos amigos, que solían competir muchas veces juntos, por las plazas de pueblos en fiestas. Habían pasado mucho tiempo juntos, a veces compitiendo y otras sólo divirtiéndose. Pero en cierta ocasión estos dos amigos fueron a Madrid a levantar piedras. Uno dijo que pensaba levantar la piedra de tantos kilos. Pero en vez de cumplir su palabra, la mejoró y levantó más de lo convenido. La respuesta del otro no se hizo esperar. Al poco, volvieron a encontrarse en Urnieta, y ahí fue el que había perdido en Madrid quien ganó la dema, pero claro, con la piedra cambiada.

En fin, entre pullas y bromas, llegó el día en que se citaron en el frontón Jai-Alai, para jugar a pelota. La lucha es tremenda, ya que los dos quieren ganar. La temperatura sube. Al final pierde el de mayor renombre, precisamente, el que ganó en Madrid en el levantamiento de piedra.

Acto seguido van los dos a cenar, como si no hubiera pasado nada, y menuda es la cena: comen y beben a lo grande: buenos pedazos de carne copiosamente regados de vinos tintos y blancos. Los dos tienen estómago de sobra y están bien entonados. A la sobremesa se les acerca la cuñada del que ha ganado el partido, muy femenina, una mujer hermosa. El pelotari perdedor ya estaba para entonces bien bebido y con la mano se sacó los testículos del pantalón y se los enseñó. En esto se presenta la mujer del pelotari vencedor, y el perdedor, no contento con la proeza anterior, le echa mano a los pechos y se los toca. La mujer empieza a gritar y entonces el pelotari vencedor se levanta de la mesa, y de un golpe derriba al otro y lo deja en el suelo. El otro se levanta y lo vuelve a derribar, y así se enzarzaron en una pelea de borrachos donde las dos familias quedaron marcadas para toda la vida. Lo que empezó como una fiesta, acabó en una desgracia, porque en el culto a la fuerza está latente la predisposición a la violencia. Entre los que están habituados a desafiarse, todo es competición día y noche. El que pierde siempre quiere tomarse la revancha, y si no tiene ocasión en un lugar adecuado, acaba por tomársela en cualquier parte, sin importarla a quien haga daño con tal de imponerse por las buenas o por las malas.

Con los desafíos entre jugadores sucede como con los enfrentamientos entre las personas: se sabe cómo empiezan, pero nunca cómo acabarán.

LA PRUEBA DE BUEYES

IDI DEMA

La prueba de bueyes es un espectáculo con mucho arraigo en nuestro pueblo, tanto como la fuerza y la pasión que hacen de ella una fuente insaciable para conocer la personalidad vasca. Empecemos por describir un poco el espectáculo. En aquella ocasión nos juntamos en un pueblo costero, alrededor de un frontón viejo, cerrado y estrecho. Eramos unas doscientas personas, casi todos de caserío.

La prueba estaba muy bien organizada, y la organización se debía al celo de los propios baserritarras. Querían demostrar que se atenían a unas normas, y para que se respetaran habían tomado las decisiones pertinentes. Estaba la yunta de bueyes con su piedra y alrededor los ayudantes y los árbitros y medidores, cada uno con su quehacer asignado. Una y otra vez y por todos los medios querían decirnos que todo el trabajo estaba en manos que sabían lo que se hacían, para que el nutrido grupo de espectadores que estábamos allí supiéramos que todo estaba bien hecho. Un gran número de personas andaba arriba y abajo con la yunta de bueyes. Los dos boyeros eran imprescindibles: uno por delante y otro por detrás con la piedra. Después el juez o árbitro, y detrás los limpiadores, por lo menos cuatro, dos por cada buey y otros dos para quitar la suciedad del suelo. No nos olvidemos tampoco del que se ocupaba de los números y de los recorridos. En un momento dado se deja ver el dueño de los bueyes, que se pone a explicarles a los boyeros cómo tienen que hacerlo.

Desde el comienzo se nos ofreció un espectáculo soberbio. Al par de los bueyes, los boyeros compartían su enorme esfuerzo con las bestias, tensos y alertas, cada cual con su cometido, y poniendo cara de desafío. Entre tanto, los jueces mantenían el gesto severo y circunspecto de los que no se

casan con nadie. Querían darnos a entender que lo habían medido todo bien, y que eran los guardianes de la norma ante todo el mundo.

Sin duda, los baserritarras conceden gran importancia a las apariencias y también al ambiente de trabajo. Pero tanto como la ley del juego, tienen toda su trama bien controlada, y los ojos más allá de la palabra.

Y es que en efecto hay que tener la vista atenta, porque una cosa son las apariencias y otra lo que de verdad sucede.

Y a decir verdad, en esa prueba de bueyes sucedió algo bien escandaloso para nuestro deporte rural, aunque nadie se atrevió a denunciarlo: para quien supiera ver resultaba evidente que la primera pareja de bueyes estaba drogada. Bastaba con reparar en la inusual ansiedad de los animales. Subían y bajaban las cabezas, se les resbalaban las piernas, y todo eso antes de empezar la prueba. Yo estaba con un buen aficionado, entendido en estas pruebas, y fue él quien me confirmó lo que estaba sospechando: "Esos bueyes están completamente drogados; les han dado unas pastillas que se llaman Simpatina". Cuando llegó el tiempo de empezar la prueba, a las cinco de la tarde, pusieron los bueyes a trabajar. Todos se callaron y al parecer los daban por buenos, ya que nadie dijo nada. Los bueyes hicieron una buena marca: cuarenta y tres vueltas en media hora, con la piedra de 1.800 kilos.

La siguiente pareja, aunque eran más grandes, no fueron tan rápidos. Pero en este caso me sorprendió, en contraste con la brutalidad del primero, la piedad del propietario de estos bueyes. Sabiendo cuál había sido la marca de la pareja anterior, en lugar de azuzar a los boyeros, les insistía para que no puyaran tanto a los animales: "Id más lentos", les decía una y otra vez.

No es preciso señalar quién ganó y quién perdió. Pero claro, lo importante no era tanto quién perdía y quién ganaba, sino que el ambiente no decayera.

¿Qué es lo que atraía a todos aquellos hombres a la prueba de bueyes? Venían principalmente a presenciar un espectáculo de fuerza: una pareja de enormes bueyes arrastrando aquellos ciclópeos bloques de piedra, y

el boyero puyándoles y tirando de ellos fuera de sí, en el límite de la extenuación, hasta caer derregado al suelo.

Después de la primera, a renglón seguido, la segunda prueba. Eso es lo que tienen en la cabeza: medir los juegos, por supuesto, medir a los bueyes que participan en la prueba y, por encima de todo, medir a las personas involucradas en la acción. Medirlos a fondo, para juzgarlos mejor.

Cuando las marcas de unos aprietan a los otros, entonces los contendientes empiezan a perder los estribos, salvo que la prueba haya sido "arreglada" de antemano, con la intención de repartirse luego el beneficio de las apuestas entre los dos. No quiero decir que éste sea el caso de la prueba en cuestión, pero sí es cierto que entre la administración de drogas a los animales y los posibles arreglos entre sus dueños, también en esos juegos se dirime bastante más que un juego. ¿ Fue siempre así la personalidad vasca ? Eso es algo que no sabemos. Pero en cambio, no nos cabe duda de que la raíz de estas conductas está en el culto a la fuerza. Nos gusta la fuerza, no podemos negarlo, pero no estaría mal que además de admitirlo, comenzásemos a preguntarnos por qué.

LA LUCHA DE CARNEROS

ARI TALKA

En Azpeitia, hermoso y gran pueblo vasco, se pueden ver todos los domingos del año verdaderas pruebas de lucha de carneros. Otro espectáculo pensado para medir y medirnos, de la casa al hombre.

En una de las últimas a las que asistí se habían congregado no menos de quinientas personas. Se estaba haciendo en público la selección de los carneros, con fines de apuesta. Muchos de estos carneros son criados y preparados especialmente para el combate que, por lo común, se celebra en la plaza de toros, sin que las autoridades lo autoricen ni lo prohíban expresamente.

Allá concurren cinco o seis parejas de combate, envueltas en un silencio expectante que sólo se quiebra con las primeras apuestas. De pronto, recién concertado el primer choque, los carneros miden la distancia con las pezuñas y se arrancan a la carrera, desbordantes de fuerza y derechos hacia su contrario. Y lo hacen con tanta rabia que, a un paso de la colisión mutua, parecen apoyar las patas traseras colgándolas en el aire para darse impulso. En vilo, levantan la cabeza como un arma y la proyectan con tremenda fuerza, cráneo contra cráneo. Inmediatamente se oye el sonido seco y siniestro del primer choque, del tremendo testarazo.

Y eso lo hacen los dos carneros a la vez. El ruido tétrico del choque deja a todo el entorno en silencio, encogido. Y es que cada carnero recibe con toda su fuerza y en medio de la frente el repentino embate. Lejos de horrorizarse, los espectadores se animan con el espectáculo. Los carneros babean sangre, con el corazón acelerado y los ojos fuera de sus órbitas, dando enormes saltos, ciegos de dolor, cada vez más brutales.

No les basta con un topetazo, sino que se pegan una y otra vez, uno contra otro, llenos de esa oscura fiereza que les asemeja a dos vendavales,

los dos ciegos de cólera, temblando de rabia contenida, a veces con un cuerno partido o ya con la cabeza abierta y sangrante. Los carneros están destrozados, reventados, no se tienen de pie. Y aún así, se retiran, vuelven a medir el terreno que tienen para cargar hacia adelante, y ahí que vuelven a golpearse testuz contra testuz y cráneo contra cráneo, con tremenda fuerza. Hasta la tierra tiembla estremecida por el eco de tales testarazos. ¿ Qué tiene ese tétrico sonido de huesos quebrándose, de cabezas partidas, ese matarse a golpes entre dos carneros encarnizados ? Hasta los caseros más curtidos se quedan como hipnotizados por el asombro y el espanto.

En aquella ocasión, de cinco parejas una salió lo que se considera "muy buena". Eran carneros de ochenta kilos, de cuatro años los dos. El más grande, de Mendizábal, venía de las Landas; el otro, de Matxinbenta. Peleron duramente y sin parar, hasta que se dieron treinta y cuatro golpes. A partir de ahí ya en vez de cargar retrocedían. Los dos estaban sangrando y temblando. "El de Matxinbenta ha reventado" le oí decir a uno. Otro decía: "Este carnero no vale". Ni asomo de compasión. Tenían que trabajar hasta el último golpe. El juez no designó vencedor. Los dejó empatados en la lucha.

El objetivo de esta pruebas de carneros no es solamente la lucha como espectáculo. Además de eso se trata de apostar sobre la competición. Por eso se pasean los corredores animando a la gente a apostar: "Apuesto mil contra cinco mil". "Apuesto mil contra dos mil a que no llegan a cincuenta y tres golpes"... Llegaron a apostar un millón. Oí a uno decir por lo bajo: "Ese se está jugando un millón."

En silencio o en medio del estrépito, suceden muchas cosas alrededor de la prueba de carneros: también aquí, el dueño de uno de los carneros le había dado una buena dosis de *Sinpatina* al suyo. Una vez más, el mismo objetivo. Ganar por encima de todo, sin respetar las normas de los hombres, y sin piedad para los carneros

EL HOMBRE VASCO Y LA APUESTA,**EN EL ESCRITOR MIGUEL PELAY****EUSKAL GIZONA DEMAN, MIGUEL PELAY IDAZLEAK DIONEZ**

Excepcional conocedor de nuestro país y de nuestras gentes, Miguel Pelay Orozco era un gran amante de los deportes vascos, sobre todo del frontón, al que le dedicó unas novelas verdaderamente magníficas y no pocos ensayos llenos de sabiduría y perspicacia, hoy imprescindibles para entender la cultura y la personalidad vasca. No puedo por menos que citar algunos de sus títulos, que considero memorables. Desde su primera novela, "*Preludio sangriento*", publicada durante el exilio, en Argentina, hasta las que dedicó al personaje de Kapero -"*Kapero y los dos*", "*Jai Alai en América*", o "*El último pelotazo*". Ahora bien, si lo que buscan es algún estudio verdaderamente original sobre nuestra tierra, les aconsejo que se acerquen a su "*Gran país, difícil país*", que lean sus ensayos sobre figuras clave como Bilintx, Baroja u Oteiza. O, ya que vamos a hablar del mundo de la pelota, acerquense antes a su magnífico "*Pelota, pelotari, frontón*". En él encontrarán una verdadera suma de nuestro deporte, desde sus orígenes hasta sus incontables modalidades, desde sus grandes personajes a sus mayores gestas.

Ciertamente, a ese gran escritor y mejor persona que fue Miguel Pelay le entusiasmaba el juego de pelota en todas sus variantes. Con un mismo entusiasmo hablaba de los trinquetes y de los *konsejupes*, de las pelotas de *joko garbi* con panza y sin panza, de los *sares* y las palas, de las chisteras de cesta punta y de las de remonte, por supuesto, del país entero frontón por frontón. Y como corolario, un soberbio recorrido literario por nuestros mejores pelotaris de ayer, de hoy y de siempre, desde el mítico Perkain al colosal Mondragonés, desde Chiquito de Eibar a Chiquito de Cambó, desde los siete Atanos a aquel Embil que fue el paladín del rebote.

Así como diferenciaba bien la psicología del rebote y del remonte, en su opinión diferenciaba dos clases de pelotari: Uno que sería semejante a un cazador paleolítico, indómito y fuerte en su libertad, como una alegoría de los caseríos más apartados y remotos. Y otro, mejor formado, más hecho a las astucias del frontón, que representaría al mundo de las villas y las ciudades.

Uno de sus personajes literarios más emblemáticos, el ya citado Guillermo Kapero, correspondería a la primera especie. En cierta ocasión, en la Habana, iba perdiendo, y el público le gritaba. Empezó a ganar, y entonces él empezó a gritar y el público se partía de risa. No le faltaba desparpajo para hacer lo que quería, ni a Pelay sabiduría literaria para contarlo.

Fueran pelotaris de raza o de aprendizaje, inspirado por las teorías de Oteiza, Pelay tiende a ver al pelotari como a un cazador primitivo, como un chamán en su santuario, que es el frontón, como un danzari que danza con esa pelota entendida como un símbolo del sol. En él se funden las dos miradas del vasco, así como sus dos perfiles esenciales: el de la fuerza y el de la astucia, el que le lleva a medirse y el que le enseña a resistir. Ciertamente, el pelotari vasco no tiene grandes ideas en la cabeza, pero las que tiene las tiene bien medidas, bien arraigadas. Aguanta de pie las jugadas, a izquierda y derecha.

Otro tema recurrente en la literatura de Miguel Pelay era el contrabando, actividad en la que encontró personajes bien singulares para sus novelas, como aquel inolvidable "*Choperena el contrabandista*".

El tal Choperena sigue siendo un personaje muy popular entre los vascos. Fue un hombre audaz sin duda, genuino arquetipo del genio vasco, genial e ingenuo a un tiempo y, por tanto, inocente a su manera. Nunca pensó que al dedicarse al contrabando estuviera haciendo nada malo, ni mal alguno a nadie. Él recibía su paquete en cierto lugar, en euskera -es decir, entre vascos-, con el encargo de llevarlo a tal otro. Y así emprende un camino lleno de dificultades, que recorre de noche, si puede ser cerrada y negra, mejor.

Cuando lleva su carga al sitio convenido, se la toman también en euskera, pues todo queda dentro de la gran familia. Para ese trabajo solo hace

falta una cosa: ser atrevido, y para eso también hay que ser astuto. Hay que tener las piernas y los brazos ágiles para huir cuando aparezca la policía. Entonces es hora de ser rápido. En ese trabajo es muy importante la audacia, ya que a menudo hay que tomar decisiones en un instante.

En otro libro suyo, "*Pórtico Euskariano*", Miguel Pelay vuelve a dividir a los vascos en dos grupos: por un lado el casero, auténtico y sedentario, amante del desafío, que recoge su cosecha. Por otro lado el pescador, audaz en su trabajo y nómada en todas sus apuestas.

Menciona también otros dos grandes hombres como característicos de la personalidad vasca: Unamuno y Baroja. Unamuno es el hombre urbano, de grandes pensamientos abstractos y filosóficos. Baroja, en cambio, es el hombre del pueblo, ceñido a lo concreto y tangible, el que conoce al hombre en su entraña, el que sabe mostrarse abierto ante quien se le abre, y cerrado ante quien se le opone.

De esos dos caracteres esta hecha la personalidad vasca, y de ella nos habló siempre Miguel Pelay en sus libros. Hoy como ayer, siguen siendo su mejor legado, y una de nuestras mejores escuelas de comportamiento.

FRAUDES Y FIESTAS

IRUZUR TA JAI

Ahora que hablamos de los deportes vascos, hay que conocer todas sus variantes para dar buena cuenta de nuestra personalidad.

En los deportes vascos, tanto como la fuerza visible, el fraude invisible está a la orden del día. Se echa de ver inmediatamente, nada más decir sí o no. En las apuestas, a veces, los protagonistas del juego de competición, en vez de esforzarse en ganar, hacen todo lo posible por perder. Pierden a propósito, y ganan dinero con las apuestas.

En este sentido, se conocen por lo menos dos clases de componendas o fraudes: El engaño en frío o en caliente. El primero sería aquél en que, después de cerrar una apuesta con dinero por medio, un contrincante no se prepara adecuadamente, si bien tiene el descaro de asegurar a todo el mundo que va a ganar, incluso apostando contra sus amigos.

El segundo llevaría aún más lejos el fraude, hasta el mismo día de la fiesta en que sucede el juego. Y éste consistirá en que, una vez hechas las apuestas, uno de los contrincantes, aun siendo acaso el mejor, considere en un momento dado "más rentable" perder que ganar. Empieza haciendo ver que domina fácilmente, inclinando así las apuestas a su favor, pero como él sabe que va a perder adrede, juega ocultamente dinero contra sí mismo, por ejemplo mil duros, o dos mil, o cuarenta mil. Cuando ya ha llegado al límite de credibilidad de su engaño, simula que le fallan las fuerzas, y pierde.

Sin embargo, en ocasiones las cosas no son tan sencillas: también puede suceder la paradoja de que los dos contrincantes intenten dejarse ganar, porque de pronto al presunto ganador le conviene perder, y el otro aún no lo sabe. O viceversa. Porque, en verdad, el arte de la trampa es variopinto. Se ha visto, por ejemplo, en las apuestas de hacha, que un aizkolari tenía que

levantar el hacha diez veces por minuto, pero su ayudante le señalaba apostado mal el lugar donde debía golpear, para que solo la levantara nueve.

Es también común entre pelotaris que los dos decidan y convengan aguantar el engaño hasta el último tanto: al llegar a veintiuno, uno saca corto, el otro la coge al aire... y la tira bajo chapa. O también puede optar por dejar corta la pelota en el primer saque y pasarse en el segundo, para perder así con más garantías.

Lejos de toda tentación purista, bien sabemos que la posibilidad de fraude ronda a todos los juegos con apuesta que se establezcan en el ancho mundo. Pero, ahora bien, la universalidad de un mal no debe hacernos ser condescendientes con él si también lo padecemos en nuestra propia casa. Y por eso quiero insistir en la gravedad de ese mal que aquí todos conocemos y nadie denuncia: No hay deporte vasco tradicional, los que deberíamos preservar más limpios, en que no ronde la sospecha de la componenda, la trampa y el fraude.

Puede darse en las pruebas de bueyes o de carneros, en las regatas de traineras, en los concursos de siega, en la pelota y en todos los demás juegos vascos.

Irónico, como era de natural, el escritor Miguel Pelay Orozco consideraba el fraude en el juego como un espectáculo paralelo al verdadero. Como el juego real dentro del juego aparente, el verdadero factor humano que convierte el azar en necesidad. Así mismo, una vez que los espectadores detectan ese doble juego, son ellos los que se convierten en los verdaderos protagonistas del espectáculo. Ya no hacen sus apuestas a favor de un jugador u otro, sino en función de la trampa que pueda beneficiarles más. Y, a decir verdad, en ese salto de espectador a actor, el juego gana un nuevo aliciente. Pues ya ni el ganador ni el perdedor las tienen todas consigo, sino el propio público que les mide y les juzga sobre la marcha, desbaratando sus componendas con sus apuestas. Visto así, como un mal inevitable, conocido y tolerado, el fraude es la sal del deporte vasco, por no decir la pimienta.

El sacerdote Juan Talamas, solía argüírle a Miguel Pelay que el fraude era pecado. Este, sin embargo, le respondía así: "¿usted ha visto alguna vez que alguien se confiese por haberse dejado ganar?". Por supuesto que no, y así nos va: en este país hasta los que pierden creen que a la larga salen ganando.

HIPÓCRITAS Y FALSARIOS

ZURI-ZURI USTELA

Hemos visto como ciertos vascos hacen todo tipo de diabluras en las competiciones poniendo cara de santo, sin que se le mueva el viático ni la peana. Ahora bien, esto que les sale tan bien en las competiciones, ¿no es de pensar que también lo ejerzan en otros aspectos de la vida?

Aunque por fortuna no sea éste el patrón de nuestra conducta, aunque entre los vascos haya caracteres nobles y honestos a carta cabal, no es menos cierto que entre nosotros también se dan redomados arquetipos de hipócritas y falsarios. Vascos hasta la raíz, a veces se cubren con las virtudes ancestrales de nuestro pueblo para mejor engañar y utilizar a sus semejantes. Estos lobos con piel de cordero, son las manzanas podridas que pueden contagiar a todo el cesto. Si queremos evitarlo, lo primero es reconocer que el mal de la hipocresía y la falsedad también ha arraigado entre nosotros, y que es de nosotros mismos de donde ha de surgir el remedio.

En cierta ocasión, en un pueblecito vasco, tenían una ikastola abierta sin la pertinente licencia. El alcalde le dijo al director del centro que no podían seguir enseñando sin esa licencia. Pues bien, lejos de molestarse en tramitarla, el director de la escuela no les dijo una palabra a los padres de los alumnos, ni tampoco a las maestras. Se quedó callado como un muerto.

Unas semana más tarde, apareció la Guardia Civil con la intención de cerrar la escuela. Cuando vieron este proceder tan perentorio, sin haber sido avisadas para nada, las maestras empezaron a llorar, y los niños se fueron a sus casas llenos de temor y angustia..

Las maestras le preguntaron entonces al director si sabía algo de antemano, pero éste, hipócrita consumado, lo negó todo. No contento con ello, arguyó que fueran a la iglesia, que allí le habían prometido que las acogerían. Pero cuando llegaron a la iglesia, allí no sabían nada de la promesa: el

director de la escuela nunca les había pedido permiso para dar clases allá. De nuevo era todo hipocresía y simulación: un hombre encarnado en una mentira.

Poco después, este personaje tuvo el atrevimiento de dirigirse a la iglesia para hacer fotocopias. La autoridad eclesial lo vio venir y le salió al encuentro diciendo: "¿Cómo se atreve? ¡Le dije que no volviera a poner los pies en esta casa!". Como el director volvió a hacerse el desentendido con todo el descaro del mundo, el sacerdote fue a buscar a un feligrés como testigo de lo que estaba sucediendo. Pero para cuando regresó con éste, el director ya se había escapado con sus fotocopias, fotocopiado así mismo en su estilo: hipócrita y mentiroso, "ume zitala" hasta la el hueso del alma.

El eclesiástico decía: "Nunca creí que fuera a ver algo igual en mi vida. Hasta si me dice que es de noche, iré a la ventana a comprobarlo antes de creerle. Le he pillado en mentira una, dos, y tres veces."

Otro día se encontraron y el sacerdote le preguntó como podía tener un hombre un comportamiento tan poco honrado y tener además el rostro de mentir en público. "Pues yo lo tengo", fue su respuesta, se levantó y se fue.

Merece la pena comparar su comportamiento con este otro: Un padre le dijo a su hijo: "¡Si has dado tu palabra, cúmplela!". La palabra sirve como vehículo y sostén de la verdad. Para algunos eso es la palabra. Para otros, en cambio es un juego, un instrumento para sustentar sus mentiras. Al mentiroso, dice el refrán, se lo coge antes que al cojo. De falsas apariencias se puede construir una persona, decimos nosotros, pero no una casa. Por eso el que miente no sólo se destruye a sí mismo. Mentira por mentira, mientras echa piedras sobre su propio tejado, siembra la ruina de todo su apellido. Cuando su casa se caiga, apedreada bajo el peso de tantas mentiras, ya no le quedará ninguna verdad que pueda levantarla.

EL SEGUNDO Y EL TXO

TXALUPA-MUTIL ETA "TXO" ERDUA

Pueblo de marinos y navegantes por excelencia, los vascos han practicado la pesca desde que se tiene memoria, sea entorno a sus costas, en embarcaciones de bajura como las txalupas o los vaporcitos, sea en esos grandes veleros que se abrían a la pesca de altura hasta el legendario Gran Sol de los bacaladeros y los balleneros vascos. Claro que, en esto como en todo, los tiempos han ido cambiando. Si antes los barcos de bajura no pasaban de veinticinco toneladas y se movían entre Bayona y Santander, hoy superan las cien toneladas y alcanzan desde las Azores a Venezuela.

En ese otro tiempo, los barcos de bajura eran empresas familiares, de donde surgían sus armadores y sus patronos. Cada salida al mar se hacía bajo la autoridad del patrón, a cuyo cargo estaban el propio barco y la operaciones de pesca. La mitad de lo pescado era para el armador, y la otra mitad para los marineros, que solían ser unos diez.

Por descontado, toda la autoridad y la responsabilidad recaía en el patrón. Pero éste siempre tenía como ayudante un segundo un marinero, un "txalupa-mutil", al que también se llamaba el "segundo".

El txalupa-mutil, el segundo, siempre era el tercer ojo del patrón a bordo del barco. De entrada, se encargaba de soltar amarras antes de hacerse a la mar, y de volverlas a amarrar una vez regresados a puerto. Mientras estaban pescando, en cambio, sólo era uno más.

Sin embargo, una vez de regreso al puerto, después de vaciar la pesca entre todos, El segundo limpiaba bien el barco y lo amarraba bien en los gruesos norays de hierro. Vigilaba las amarras y las secaba bien. El mantenimiento del barco estaba enteramente a su cargo.

Cuando están navegando, el patrón está al cuidado del timón. Pero si llega el caso, ahí está el segundo para relevarle cuando se fatiga. Así mismo,

si necesitan repostar gasoil, también es el segundo quien ayuda al maquinista en el muelle. Cualquier asistencia que necesite el maquinista se la pide al segundo. Cuando las cosas son de mucha importancia, el asunto sea cual sea hay que tratarlo con el patrón en primer lugar. Las averías del barco, su pintura y su calafateado quedan bajo responsabilidad del segundo. También se ocupa de la herramientas y el material. Hasta vigilar la velocidad y las revoluciones del motor entran dentro de su campo de responsabilidades. En resumen, bien puede decirse que el segundo es la mano derecha del patrón, el encargado de las amarras y el diligente supervisor del barco.

También nos parece conveniente apuntar cuál es el sueldo del segundo. Le pertenece su parte, como a todos los demás pescadores, pero por lo general el armador le paga de su bolsillo un plus del veinticinco por ciento.

La figura del segundo es muy significativa para nuestro estudio: es el hombre de confianza del patrón y del barco, y también su buena voluntad.

Tampoco hay que olvidar, en este sentido, otro personaje esencial de nuestros viejos pesqueros: el "txo", es decir, el grumete. Este puesto le incumbe al más joven de los pescadores. Le toca pelar las patatas, fregar la vajilla, hacer recados en el muelle y cumplir todo lo que le manden los demás.

En lo grande y en lo pequeño, en las tareas de gran responsabilidad y en los pequeños menesteres de a bordo, el segundo y el grumete configuran otra pareja esencial para entender nuestro carácter.

Por su manera de ser, siempre bien dispuestos a acometer cualquier trabajo, a echar una mano a cualquiera, y siempre vigilando el buen rumbo del barco y de la tripulación, representan algo muy importante para nosotros: La energía de aquellos vascos que hacen de sus raíces mástiles, labrados en su propia rectitud y hechos a sí mismos desde los años de juventud a los de la experiencia. Representan, por tanto, la antítesis de tantos malos ejemplos y la mejor cantera de la que podemos sacar las piedras para levantar nuestra casa. Hoy la "*Nave Euskadi*" navega en mares de tribulación. No nos preocupemos tanto por los patrones, ni por los armadores, y busquemos a nuestro alrededor buenos "txalupa mutil", jóvenes que lleven un humilde "txo" dispuesto a

trabajar de proa a popa por el bien del barco. Sólo entonces nuestra casa comenzará a navegar por otros mares, fuerte desde los cimientos y abierta a todos los vientos.

CIMIENTOS DE LA CULTURA VASCA*²

Dos palabras son las columnas principales de la cultura vasca, lo que podríamos llamar sus cimientos fundacionales. Una de ellas es EUSKALERRIA, y se refiere desde los orígenes del término tanto a la geografía como a la dimensión humana de nuestra comunidad. El otro término es el expresado por la palabra EUSKARA, y se refiere a nuestra lengua.

Ambas palabras aluden a una totalidad concebida en singular. Como nombres colectivos que son, parecen definir un todo homogéneo. Sin embargo, todo el mundo sabe que ambos conceptos incluyen una inmensa diversidad de matices. Cada modalidad del euskara nos habla de una diferencia con relación al sistema. El euskara vizcaíno se diferencia muy seriamente de las otras ramas de la misma familia. La estructura de esa lengua es la misma pero denota diferencias fundamentales en cuanto a la morfología. El zuberotarra se distingue muy claramente de las otras modalidades. La unificación de esas distintas modalidades parece fácil, pero después aparecen las dificultades inherentes a la estructura de las lenguas. Veamos algunos ejemplos.

Don Manuel Lekuona aceptó la fusión académica de los distintos euskaras en uno, y siendo el responsable de la liturgia se propuso pasar a la práctica unificada al menos el Padre Nuestro. Quería una traducción unitaria de la oración más significativa de la fe católica. A mi juicio, no lo consiguió. Y para corroborarlo basta con acercarse cada domingo a la liturgia de las distintas provincias vascas. Las diferencias son irreductibles.

² Tanto este capítulo como los dos siguientes, JATORRA y ERIKOIA, han sido añadidos con posterioridad a la última corrección del texto -ésta fue en Marzo de 2000, la actual en Octubre de 2001-, por expresa voluntad del autor.

Sucede lo mismo con el habla viva de nuestros baserritarras frente al euskara que se escucha en las ciudades: todos ellos dicen hablar la misma lengua, pero su morfología sigue preservando grandes diferencias.

Asimismo la palabra Euskalerría está dotada de un amplísimo significado. En esencia, define la naturaleza de un pueblo bien definido, todos los atributos de la gran familia vasca, y así abarca desde las tierras a las personas, hasta una manera de pensar. Pero una vez más, las diferencias surgen en cuanto intentamos conjugar lo singular con lo colectivo. La palabra que define la pluralidad de grupos, se abre igualmente a paisajes muy diferenciados, y dentro de cada paisaje encontramos comunidades que nada o poco tienen que ver las unas con las otras. Bizkaia es Euskalerría pero no es Gipuzkoa o Lapurdi, o cualquiera de las otras provincias. De este modo, bien podemos decir que una misma palabra refleja tan fielmente la homogeneidad como la diversidad, hasta el antagonismo, y no por ello deja de ser fiel a ambas definiciones, pues todas ellas caben dentro del concepto Euskalerría. Sucede entonces con este término lo mismo que con la palabra "euskara", que se abre a dos espacios donde han de conjugarse la homogeneidad y la diversidad.

No es casual, ni debiera parecerse accidental, que las dos palabras básicas de nuestra cultura habiliten acepten la coexistencia de esas dos realidades: unidad del grupo y diversidad de los componentes. La misma palabra que alude a una identidad común, abraza igualmente la convivencia en la diferencia. Es decir, que tenemos una patria común y distintos componentes. Una misma familia lingüística, pero compuesta de distintos miembros.

No aceptar que los vascos somos hijos de la complejidad, plurales y multiculturales, es imponernos un planteamiento falso del que sólo pueden derivarse las más nefastas consecuencias. Hasta dentro del euskara, hay siete euskaras. Sucede lo mismo con cada comunidad de vascos. Tal vez incluso con cada vasco.

JATORRA

Más humilde en apariencia, más social y menos esencial, ésta es otra de las palabras más definitorias del genio y del carácter vasco. Incluso nos transmite el valor supremo, la más alta estima de la lengua vasca. Iremos describiendo su contenido según nos vaya facilitando la inteligencia los datos más objetivos. Y trataremos de ser lo más cercanos al pueblo en la transcripción de nuestro pensamiento. Hablaremos para los hombres más sencillos, por ejemplo, los pastores.

Pongamos en columna los significados que encierra el término "Jatorra":

Personalidad muy positiva

Mentalidad muy abierta

Buena acogida al vecino

El modelo para todo hombre despierto, sencillo

presto a escuchar

humano en sus apreciaciones

hombre de buena palabra

incapaz de venderse ni de ser comprado

honesto a carta cabal.

Podríamos añadir a estos otros aspectos no menos positivos. Por encima de todo el jatorra es una persona capaz de amar y de ayudar al prójimo. Un hombre sabio y sencillo que sabe perder antes que quedar mal. El hombre bueno capaz de sacrificarse en silencio por los demás, incapaz de hacer daño. El jatorra tiene un gran sentido social, no da demasiada importancia al que dirán y a lo que hace. No se glorifica a sí mismo. Tiene buen temple. Es un hombre de ideales y amante de la verdad.

Semejante bendición se le desea a todo viviente. Es el logro por alcanzar en la mente de todos. Se trata de la cumbre de lo que representa el hombre vasco, y así mismo el término más positivo que ha surgido de la antropología

vasca. Veinte mil años de historia son pocos si su resultado es un hombre así, hijo de su pueblo pero hermano de todos, siempre con una mano tendida a los demás, amigo de la paz, y mediador en todo buen entendimiento.

ERRIKOIA

Traduciríamos Errikoia como "popular", es decir, casi como hijo del pueblo, como un hombre parecido al buen tejido.

Por delante de "errikoia" hemos querido glosar el término "jatorra". Sin embargo, las preferencias entre los vascos se decantan hacia este último, al que llamamos "errikoia".

Suena como un hallazgo muy personal, parecido a un golpe seco, profundo, que se impone con gallardía. Se siente aliado de la fuerza vital. Supera en otra categoría de cosas al amarillo del oro. El pueblo lo reconoce de inmediato, pues lo mejor del pueblo está en el "errikoia". Toda ofensa contra este nombre perjudica al conjunto del género humano. Todo mal entendimiento entre quienes lo heredaron, testimonia una ofensa permanente al pueblo en el que habitan.

Este tipo de hombres suelen ser maestros de la vida. Enseñan a vivir, por eso se convierten en personajes muy populares.

Conviene acostumbrarse a vivir con el pueblo en un abrazo continuo y bien fundado en los valores inherentes a lo más humano de nosotros mismos.

NO LAS DEJAMOS PARA LUEGO

GUK EZ DITUGU GEROKO UZTEN

Cuando estuve de cura en Oreja, en cierta ocasión un niño me dio una respuesta muy significativa. Esa frase plena de sustancia me pareció característica de la personalidad vasca y verdaderamente digna de investigación. Como con tantas otras cosas, escribí unas observaciones en un pedazo de papel y lo metí en una libreta para examinarlo cuando tuviera tiempo. Allí se quedó veinticinco años, debajo del brazo, hasta hoy.

Aquel niño se llamaba Jesús María Balerdi y era del caserío Txuneberri. Tenía nueve años. Hoy, naturalmente es un hombre adulto y tiene un bar en Betelu. Este inteligente niño venía al catecismo y además solía hacer también de monaguillo. Un mediodía de invierno, nos vimos en la plaza del pueblo. Le pregunté, mal hecho, pero le pregunté: "¿Habéis comido morcillas el día de la matanza?" La respuesta fue inmediata: "Sí. Nosotros no las dejamos para luego". La contestación me dejó asombrado. De vuelta a casa la apunté en un papel para no olvidarla. Hasta hoy.

¿Qué significan esas palabras? La pregunta me andaba todo el tiempo en la cabeza, ansiosa por encontrarse con su respuesta.

Una vez más y antes de analizar la frase en cuestión, insistiré en el principio por el que he comenzado este libro: en este país somos bilingües en más de un sentido. No sólo hablamos euskera y castellano, también dentro del euskera hablamos dos lenguas: la explícita, la que nos permite conocer las cosas como son, y otra, la metalingüística. Es decir, aquélla en la que las cosas parecen lo que no son. Esta última lengua es la más difícil de entender, porque aquí el matiz y el tono, lo que está implícito en lo que se dice sin llegar a decirse, es más importante que lo que se dice realmente. Por eso, para conocer la verdad debemos penetrar hasta lo más adentro de lo que hemos oído en nuestro ejemplo, hasta su significado.

¿Qué significaban las palabras de Jesús Mari?. Pues en su brevedad, significaban muchas cosas. De entrada me estaba diciendo: "Por muy cura que sea, señor Latxaga, no meta usted las narices en nuestras cosas", así de claro y rotundo. Pero, a su vez, también me estaba hablando del orden de su casa, porque su segundo significado era éste: "Nosotros sabemos lo que hacemos, y en nuestra casa lo hacemos mejor que en ninguna". Esa es una de la claves de la frase. Con eso conseguía proteger el buen nombre de su casa, antes que nada y ante todo el mundo. Pero por último, su respuesta - "No las dejamos para luego"- admite un tercer significado: "Nuestras necesidades son lo primero". Y éste, en suma, sería su mensaje principal.

Tanto en el fondo como en la forma, aquel niño de nueve años era ya un consumado maestro en los dos euskeras: no sólo había aprendido a no revelar noticias de su casa y a pararles los pies a los indiscretos, también sabía hacerlo notar sin dejar suelta la lengua, manifestando un asombroso autocontrol.

Podemos pues mencionar la perfecta adecuación de la frase, que prescinde por completo de cualquier exabrupto o termino ofensivo. No hace quedar mal al cura, pero lo pone en su sitio. Y además deja muy alto socialmente el pabellón de su casa. La cabeza de este niño nos pareció muy distinguida y su educación excelente, como para conformar una rica personalidad.

Esa es nuestra lectura de esa frase tan corta y sorprendente. Como otras muchas de nuestro país donde lo breve, si no es malo, bien puede llegar a ser dos veces bueno.

LOS VASCONES Y LOS TOROS

BASKONES DELAKOAK ETA ZEZENAK

El conocimiento de los orígenes de las fiesta de Pamplona puede permitirnos conocer mejor los fundamentos de la personalidad vasca. Esta averiguación, bien conducida, puede llevarnos lejos. Los llamados vascones, nuestros antepasados, saben mucho de este tema y ofrecen más noticias interesantes de las que cabe suponer. En las monedas que acuñaban hace dos mil doscientos años, por ejemplo, en las cecas de Calahorra y Cascante, aparecen imágenes muy significativas: en casi todas ellas el animal totémico por antonomasia es el toro.

Hijos del culto a la fuerza, aquellos antiguos vascones veían en los toros auténticas personificaciones de sus dioses. Por el negro cetrino o el rojo incendiado de su piel, por su afilada cornamenta, por su potencia física y seminal, por su aliento caliente y sus mugidos en la noche. En una palabra, por ser el más grande, el más fuerte, y el más temible de los animales que vivían en su entorno.

Aquellos jóvenes pastores, es de suponer, imaginarían más de una vez en sueños, o en pesadillas, que medían sus fuerzas con aquellos tremendos animales. O que, de algún modo podía pasar a ellos la fuerza descomunal del toro, como habían oído otras historias de dioses que se convertían en toros para aparearse con sus doncellas.

Llegado el día de la fiesta, cuando los toros se despertaban con las primeras luces del día, la juventud de entonces ya estaría con ganas de medir sus fuerzas con el gran animal mitológico. Vencerle de un modo u otro, en la carrera o en la plaza, equivaldría a demostrar un coraje o una astucia superiores a las del animal y, por tanto, equiparables a las de los dioses.

No en vano, es muy probable que hubieran pasado la noche previa durmiendo al sereno junto a sus toros, bajo una misma luna. Ya al alba, al

teñirse de rojo los cielos, sus dioses sellaban un pacto de sangre entre el hombre y el toro, una profecía de sangre que habría de cumplirse en el ritual de la fiesta.

Todavía hoy, en el pueblo navarro de Goizueta, pueden verse toros y vacas salvajes que no serían muy diferentes a los de aquellos tiempos. Se trata de unos animales pequeños y coriáceos, de pelo duro y crespo, semejantes a las *pottokas* o caballos de montaña, que viven todo el año en el monte en plena libertad.

Cada pastor sabe cuáles son los suyos. Cuando llegan las fiestas del pueblo, los jóvenes se reúnen para capturar a dos o tres de ellos. Los meten en ciertos desfiladeros de la montaña, a la carrera, y al final los encierran en una borda. Para eso se reúne una buena cuadrilla de jóvenes que conocen bien el monte, y entre gritos y silbidos, armando un considerable estrépito, consiguen acorralarlos por las cañadas hasta que los dejan bien amarrados.

Oigamos ahora un sucedido de hace veinte años. En la última carrera, un toro de estos se revuelve, emprende la huida, y de un salto le pega una cornada en la ingle a un pastor, de forma que le saca los testículos y le produce una tremenda hemorragia. Sin perder un segundo, el pastor va adonde su mujer y le dice: "Dame aguja e hilo" y ni corto ni perezoso se mete los testículos en su sitio y se cose la piel para dejarlo todo como era. Todo eso, lo hace en caliente, bañado en sangre y, por supuesto, sin anestesia. Y ahí lo tenemos bien vivo todavía hoy, gracias a aquello que hizo. En este ejemplo se echa de ver la similitud entre nuestro goizuetarra y aquellos pastores vascos. El toro le había dado la cornada, pero también el coraje para remediarla y sobrevivir, como un dios de la muerte y de la vida que por su mero contacto de igual a igual con el hombre deparase una suerte de inmortalidad.

En cierta ocasión le mencioné este tema al benedictino Agustín Apaolaza, y me contó que en su caserío de Zerain también decían que los pastores de antaño solían medir sus fuerzas con los toros jóvenes. Es parte de nuestra tradición este medir las fuerzas con toros.

En las fiesta de San Fermín lo podemos ver claramente: la carrera delante de los toros, en auténtica hermandad, tras una noche pasada a la intemperie... y bien regada por todos los vinos, como en los viejos cultos orgiásticos. Bajo los imponderables de la modernidad, estos rasgos de primitivismo perviven entre nosotros y resultan esenciales para conocer las raíces de nuestro carácter. Nuestra naturaleza humana se ha forjado en estrecha relación con la naturaleza física. De la cueva a la casa, del etsia a la etsea, el vasco no ha cambiado más que una vocal. Pero la voz de su genio, desde la noche de los tiempos sigue siendo la misma.

EPÍLOGO

Al comienzo de este trabajo mencionábamos un tema de mucha importancia en estos términos: "Los vascos tenemos hombres y mujeres de gran personalidad, pero somos difíciles." Y con dificultad, de capítulo en capítulo, hemos intentado sacar de su nuez de sombras los aspectos más significativos de la personalidad vasca. No están ahí todos, desde luego, sino sólo algunos. Tal vez los que más nos duele reconocer, los que menos halagan nuestros oídos, pero sin duda alguna aquellos que más nos interpelan, del pasado al presente, buscando en nosotros una respuesta para llegar a ser mejores en el futuro.

También lo decíamos al principio: El euskera no es nuestro único patrimonio. Tanto como la lengua y en la lengua misma es donde se expresa ese gran otro patrimonio, que es el de la gran riqueza de la personalidad vasca. Y es que así como toda lengua incluye una "metalengua", una metalingüística, tan importantes como las lenguas son los valores que acreditan quienes las hablan. En contra de lo que pudiera parecer oyendo a algunos de nuestros políticos y aunque parezca una obviedad, no basta con hablar euskera para ser una buena persona.

Ahora bien, sigue siendo en el euskera, cuando menos en los siete euskeras distintos que se hablaron y se hablan aún en Euskal Herria, donde encontraremos las llaves para adentrarnos en el estudio de la personalidad vasca. Por supuesto, con este humilde ensayo no lo hemos dicho todo al respecto, bien lo sabemos. Nuestro trabajo es sólo el inicio de un camino que ayudará a conocernos y a conocerse a quienes lo sigan. El camino nos dice

que nuestra lengua es antigua, misteriosa y compleja. También lo es, por tanto, nuestra personalidad.

Hemos visto los aspectos positivos y los negativos. Hay que conocer bien ambos, para afirmar los unos y corregir los otros. Porque los vascos tenemos de ambos aspectos. Una cosa ha quedado bastante clara: que no hay nada más difícil que unir a dos vascos, y nada más fácil que dividirlos.

Esta es nuestra desgracia, y la causa final que nos ha llevado tantas veces a la autodestrucción. Somos demasiado egocéntricos, demasiado individualistas y demasiado obstinados, tanto para lo bueno como para lo malo. Por eso, llegado el momento de concluir este libro me gustaría darles a los vascos un consejo: "Evitad las cosas que os desunen. Dividir a los vascos es lo más fácil del mundo. Y esforzáos por unir a los vascos por todos los medios a vuestro alcance."

Para conseguir este objetivo, unos y otros debiéramos priorizar un imperativo ético y social: que prevalezca siempre la voluntad de hacer prevalecer la hermandad sobre la discordia, y la semejanza sobre la singularidad. Por más diferentes que sean nuestros caseríos, aquí navegamos todos a bordo de un mismo barco y tenemos que aprender a remar juntos, en una dirección que sea buena, no para los más fuertes, sino para todos.

A este batzarre abierto en que se ha convertido nuestra sociedad, hay que empezar por abrir las puertas a todos para hacer más grande nuestra casa, sin marginaciones, sin despreciar a nadie, escuchando todas las opiniones y haciendo del respeto una norma.

Cuando alguien está sufriendo alguna clase de marginación o de discriminación, lo peor que puede hacer es quedarse en un rincón: ahí sí que está perdido. El que merece el nombre de varón tienen el deber de aparecer en público. Que no lo espere de nadie, porque de sí mismo ha de sacar el coraje de levantarse y tomar la palabra. Y si aun en ese trance vuelven a ponerle palos en la rueda, el remedio es quitarlos sin alterarse y seguir adelante. Incluso cuando la vida te aprieta más de lo que crees que puedes soportar, hay que seguir caminando. Con serenidad, con esa forma de la

voluntad que se alía con la esperanza, sin acuñar resentimientos y manteniendo la mejor disposición para el trabajo en común.

Por mucho que hayamos dicho que el vasco es un hombre solitario, empeinado y poco sociable, no es menos cierto que también abundan entre nosotros vascos de bien a los que les gusta compartir lo mejor de su casa con el prójimo, escuchar a los demás y emprender andaduras comunes.

El hombre isla a veces se nos vuelve hombre público. Es la comunidad la que conforma a nuestro hombre. Es ahí donde se encuentra el modo de educar a un pueblo, y también la ocasión de conseguirlo.

AGRADECIMIENTOS

Hace tantos años, cuando vivía en el pueblo de Oreja y recorría el País Vasco pensando ya en este libro, conocí a hombres de mucha personalidad que no sólo me proporcionaron valiosísimas informaciones, puntuales y generales, sobre los más diversos temas. Su propia personalidad, su manera de ver, de medir y juzgar, fueron uno de los estímulos decisivos a la hora de poner la pluma sobre el papel. Y por hacer justicia a su memoria, me siento obligado a destacar algunos nombres:

Modesto Arana, Natural de Unsalu, soltero. Ya de mucha edad. Sabla bien lo que quería.

José Iturrioz de Txunezar, hombre bajito, de natural reservado y de pocas palabras. Cuando empieza a hablar le salen bien las frases. Sólo si se las piden, dará sus opiniones como un reloj. Es el amo del caserío Txunezar. Le gusta levantarse temprano, no teme al trabajo, y tiene una buena familia para ayudarle. Su mujer, Josepa Ibarluzea, siempre sonriendo.

Martín Balerdi, amo de Txuneberri, hombre inteligente. Hombre tan inteligente como la mirada penetrante con que lo examina todo. Tiene el discernimiento de un buen juez y de un mejor testigo. Le gusta abrir la puerta. Hijo de una mujer trabajadora.

Miguel Abxega Txakon, abuelo de Legasa, vasco e pro y un verdadero gigante cuando abría la boca. Agradable en el trato social. Dispuesto a sentarse delante de cualquiera. Generoso de corazón y de palabra limpia.

Sabía vivir con las estaciones, y vivió al abrigo del estatuto de Estella. Sabía dar explicaciones, incluso mediante su silencio.

Juan Maioz, Amo joven de Altziturrieta. Nacido en Anoeta. Del caserío Agiñazpi. Vino a Oreja a casarse con María, hija del caserío. Hombre muy inteligente, la mirada alerta, la boina tiesa, como una larga pértiga, hombre sabio y listo, capaz de hablar en cualquier sitio.

Solía tratar con frecuencia todos estos hombres y jugar con ellos al mus. Me gustaba anotar en una libreta cosas que les oía decir, para luego darles vueltas. Acabé por reunir una nutrida colección. Logré además juntar más salidas y ocurrencias de otra gente con sólo tener los oídos atentos. Quisiera ahora publicar y agradecer al mismo tiempo las más importantes de aquellas fuentes de información.

En primer lugar, quiero mencionar a dos hombres muy peculiares, imprescindibles para levantar los cimientos de la personalidad vasca: *Anastasio e Ignacio Mimendia*, naturales de Abaltzisketa, del caserío Bidaxune. El mayor, Anastasio, se solía levantar al amanecer. Cogía la azada y se iba a la huerta hasta que anochecía. Decidía la tarea que tocaba hacer según las fases de la luna. Hablaba poco. No sabía saludar. Era cuidadoso y efectivo en su trabajo. No había como él para acabar siempre lo que empezaba. Pero por otra parte era un obstinado sin remedio. Siempre decía lo primero que no. Tenía un corazón lleno de ternura y una fe firme. Siempre andaba solo. Nadie tenía su mano para las berzas, las flores y las hortalizas.

Su hermano *Ignacio Mimendia* era muy distinto. Trabajaba sosegadamente, le gustaba conversar y hablaba mucho. Llevaba una vida recta, era un hombre irreprochable. Los dos hermanos eran solteros. Estuvieron más de treinta años sirviendo de criados (*morroi*) en el caserío Latxaga.

Joaquín Rodrigo Guerediaga, hijo de miqueletes, hombre fuerte y corpulento. Enseñaba los dientes al sonreír. No sabía comer sin sidra. De hecho, había aprendido vasco en la sidrería. Aunque su debilidad era saber de la vida ajena, de lo suyo, en cambio, no contaba nada ni por dinero.

Justo Azkue, uno de mis grandes amigos y hombre de mucho talento, que no vaciló en proporcionarme muchas informaciones interesantes relativas al hombre vasco. Cuando empezaba algo siempre lo acababa con bien. En su vida social confraternizaba con el pueblo. Gran pelotazale.

Pabxi Alberdi, excelente médico, que conoce a la perfección al vasco por dentro y por fuera. Le debo un capítulo entero: el del desconfiado.

Julián Bereziartua, orador, magnánimo, trabajador incansable, hijo del país, aficionado al deporte vasco, sobre todo al de los caseríos. Me llevó de la mano a conocer las pruebas de bueyes y la lucha de carneros. Para nuestro médico la felicidad era una buena mesa en ambiente festivo.

Con el escritor *Miguel Pelay Orozco* hemos hablado mucho sobre la personalidad vasca. él ha tratado de este tema, sobre todo en lo referente a los deportes vascos.

El trabajo de Miguel Pelay es imprescindible como fuente de la personalidad vasca, sobre todo para hacer un doctorado, por ejemplo. Encontramos ahí material de sobra para hacer una buena investigación. Siempre ojo avizor y alerta. Daba gran importancia al modo de decir las cosas, más que a la lengua, a la metalingüística: por ejemplo, me comentaba que los vascos tienden mucho a hablar en "omen" (*dicen que*). Quieren siempre guardar la ropa y no comprometerse, por eso tiende al punto medio.

Sabio en frontones y en pelotaris, siempre consulté con él todo lo relativo a las componendas más o menos fraudulentas en los deportes vascos. Pelay siempre tenía una respuesta certera, ingeniosa y ponderada, como era

él: sabio y sagaz, hombre entero y entrañable, trabajador e inteligente. Solo cojeaba en una cosa: de tan buen escritor como era en castellano, no se atrevía a escribir en euskera.

El padre *Agustín Apaolaza*, natural de Zerain, Guipúzcoa, monje en Estíbaliz, hombre honradísimo e inteligente en grado sumo. Le gusta la huerta y la tierra y se esfuerza por que ambas sean felices. Siente un respeto ilimitado, y es también perspicaz y amante del país.

Jean Pitreau, casero de Zuberoa, nacido para líder. Conocía muy bien el País y a los vascos. Buen orador, trabajador intachable. Muerto joven, sabía juntar a los caseros. La muerte de este joven dejó huérfano al País Vasco.

Padre Mauro, sacerdote de Lazcano, el que mejor ha comprendido a Sabino. Hombre acostumbrado a hablar claro. Inteligente, enamorado del euskera.

Juan José Álvarez Zabaleta, que me proporcionó información sobre el segundo de a bordo. En cuestiones del mar y la navegación yo estaba desinformado y perdido. Sus noticias me ayudaron mucho. Era un hombre sencillo, de verbo entusiasta y agradable.

Con esto quedan declaradas mis principales fuentes de información y vuelvo a darles las gracias. Me han dado mucho, más de lo que creen.

¿Cómo podría ser uniforme la personalidad vasca? Esa es nuestra pregunta. No podemos acabar el libro sin decir algo sobre eso. ¿Por qué? Porque el campo de la antropología es infinito, de ahí que su belleza sea así mismo tan grande. Vamos a recordar algunos problemas de división.

Antropología Física es la que estudia la naturaleza humana a partir de los rasgos naturales de los hombres y las razas a las que pertenecen. A ella se atuvo lo que fue la primera antropología vasca: mediciones de la cabeza, el rostro, la boca etc. Se hizo mucho el siglo pasado, así como investigaciones sanguíneas.

Antropología Antigua: la ciencia del hombre primitivo. Explica las características de los huesos humanos antiguos en este nivel científico.

Sin salir de las principales divisiones de la antropología, hay que mencionar también la llamada *Antropología Cultural*: los rastros dejados por los diferentes grupos culturales, sus costumbres y sus fundamentos. Así como sus posibles lecturas comparativas, por ejemplo, las personalidades concretas y los vascos, o la afición a la escritura y los vascos etc.

Antropología Social, que estudia los comportamientos sociales y las medidas de similitud. Aquí se incluirían los niveles similares de los grupos étnicos, es decir, qué comportamientos se manifiestan en un grupo étnico. Este ha sido el campo de trabajo de este libro: cuáles son las respuestas fundamentales de los vascos en sus comportamientos sociales. No hace falta decir que esta investigación de la personalidad vasca es muy útil para conocer mejor los grupos humanos y también para saber mejor cómo es nuestro prójimo. Creemos haber dado suficientes ejemplos para que, conociendo a nuestros semejantes, nos conozcamos un poco mejor a nosotros mismos.

L A T X A G A

TEXTO DE SOLAPA

SAN SEBASTIÁN ZUBILLAGA, José María. "LATXAGA". Otros seudónimos: José María de Lachaga. Ugain borda. Aida (fotos) Escritor en lengua euskérica y también en castellano, francés, inglés. Nació en San Sebastián en 1933. Ordenado sacerdote en Notre Dame de París en 1958. Se doctora en Teología en el Instituto Católico de París (1976). Doctorado en Antropología (Escuela de Altos Estudios de París, 1979) y en Lingüística (Sorbona, 1983). Después residió en los EE.UU. y en México.

Entre sus publicaciones destacan: *Sistemas de Educación en los Seminarios* (1964); *Aralar'ko San Miguel* (1973); *Naparroa Euskal Arrobia* (1973); *Errioxa'ko San Millan* (1974); *Orexa Etnografia Alkdetik* (1975); *Jaka'ra Oñez Naparroan Zear* (1976); *Arkaitzetako Bisigotiko Baselizak Araban* (Ed. Trilingüe -1976); *Eglise Particulière et Minorités Etniques* (1978); *Minorités Nationales et Liturgie Romaine* (1979); *La Comunidad Hispana en la Iglesia Católica de EE.UU.* (1979); *Iglesias particulares y grupos étnicos* (1981); *El Pueblo Hispano en EE.UU.* (1982); *Euskalerriko Sinodua* (1984); *Acto por la Noche Buena de Pedro Ignacio de Barrutia* (1984); *El Sínodo del País Vasco* (1990); *La Misión de Nuestra Señora de Guadalupe del Paso Norte en Ciudad Juárez, Chihuahua* (1991); *La representación del tiempo en el verbo vasco* (1994), y un gran número de artículos publicados en diversas revistas. **B.E.L.**

- BIBLIOGRAFIA -

LATXAGA

BIBLIOGRAFIA

LIBROS ANTIGUOS

Muchas veces encontramos en los libros antiguos referencias al euskera. Aquí incluimos algunos ejemplos:

- Diccionario Trilingüe, Manuel de Larramendi, Tomo I, San Sebastián, 1745.
- *El imposible vencido*; Manuel de Larramendi, Salamanca 1729.
- *De la universalidad del bascuence en España*, Salamanca.
- *Corografía*; P. Larramendi, 1882.

Entre otros conviene citar a los apologistas del euskera: Astarloa, etc.

EL CARÁCTER VASCO EN SENTIDO AMPLIO

FRANCISQUE-MICHEL, *Le Pays Basque, sa population, sa langue, ses moeurs, sa littérature et sa musique*; París, 1857 (reed. 1981).

BERNOVILLE (Gaétan), VEYRIN (Philippe), ITHURRIAGUE (Jean), ETCHEVERRY (Michel), *Visages du Pays Basque*; París, 1942 (2ª ed. 1964).

GALLOP (Rodney), *Los Vascos*, trad. española de *A book of the Basques*, Madrid, 1948.

CARO BAROJA (Julio), *Los Vascos*, Madrid, 1958 (2ª ed.).

GOYENETCHE (Eugène), *Notre terre basque*; Bayonne, 1961.

MOREAU (Roland), *Histoire de l'âme basque*; Bordeaux, 1970.

VIERS (Georges), *Le Pays Basque*; Toulouse, 1975.

VEYRIN (Philippe), HARITSCHELHAR (Jean), *Les Basques du Labourd, de soule et de Basse-Navarre, leur histoire et leurs traditions*; Grenoble, 1975.

TORRE (Jose Miguel), *Historia del País Vasco norpirenático*, *La Gran Enciclopedia vasca*; Bilbao, 1976, 2 vol.

AZAOLA (Jose Miguel de), *Los Vascos ayer y hoy*, *Revista de Occidente*; Madrid, 1976, 2 vol.

ALLIÈRES (Jacques), *Les Basques*; París, 1977.

GOYENETCHE (Eugène), *Le Pays basque, Soule, Labourd, Basse-Navarre*; Pau, 1979.

BIDART (Pierre) et coll., *La nouvelle société basque, Ruptures et changements*; París, 1980.

Enciclopedia general ilustrada del País Vasco, San Sebastián:

- Cuerpo A, *Diccionario enciclopédico vasco*; 12 vol.
- Cuerpo B, *Historia general de Euskalerrria, Epoca romana*, 221-476 (1978), *Epoca vascona*, 476-824 (1981).
- Cuerpo C, BILBAO (Jon), *Euskobibliographia*, 10 vol.

HARITSCHELHAR (Jean), *Etre Basque*; Toulouse.

CARACTER VASCO Y LA TIERRA

LEFEBVRE (Théodore), *Les modes de vie dans les Pyrénées atlantiques orientales*; Paris, 1933.

VIERS (Georges), *Le relief des Pyrénées Occidentales et de leur piémont, Pays basque et Barétous*, Toulouse, 1960.

SEGUN LA CLASIFICACIÓN DE LA SANGRE

COLLIGNON (R.), *La race basque: étude anthropologique*; Paris, 1899 (Colección de trabajos presentes en Congrès de la Tradition basque, Saint-Jean-de-Luz, 1897).

FUSTÉ (M.) "El tipo racial pirenaico-occidental" en *IV Symposium de Prehistoria peninsular, Problemas de la Prehistoria y de la Etnología vascas*; Pamplona, 1960.

Sobre la exploración de las grutas:

J.M. BARANDIARÁN, "Exploración de la cueva de Urñaga (en Itziar, Guipúzcoa)", en *Gernika-Eusko-Jakintza*, 1947.

La revista *Munibe* ha publicado artículos muy útiles:

- J.M. BARANDIARÁN et J. ALTUNA, "Exploración de la cueva de Lezetxiki (Mondragón)", 17, 1966.
- J.M. BASABE, "El húmero premusteriense de Lezetxiki", 18, 1966.
- J.M. BASABE, "Dientes humanos del Paleolítico de Lezetxiki (Mondragón)", 22, 1970.
- J.M. BASABE, "Restos humanos del yacimiento de Marizulo", 23, 1971.
- J. ALTUNA, "Fauna de mamíferos de los yacimientos prehistóricos de Guipúzcoa", 24, 1972.
- J.M. APELLÁNIZ, "El grupo de Santimamiñe durante la prehistoria con cerámica", 27, 1975.
- J.M. BASABE, "Antecedentes prehistóricos de la población actual basconavarra", en *IV Symposium de Prehistoria Peninsular: problemas de la Prehistoria y de la Etnología vascas*; Pamplona, 1960.
- J.M. BASABE, "Restos humanos de algunas cuevas sepulcrales de Alava", en *Estudios de Arqueología Alavesa*; 2, 1967.
- J.M. APELLÁNIZ, "El grupo de los Husos durante la prehistoria con cerámica", *ibid.*, 7, 1974.

MARQUER (P), *Contribution à l'étude anthropologique du peuple basque et au problème de ses origines raciales*, Bull. et Mém. de la Société d'Anthropologie de Paris, IV, 1963.

- T. de ARANZADI, "Síntesis métrica de los cráneos vascos", en *Revue internationale d'études basques*, 13, 1922.
- J.M. BASABE, "Rapport entre l'introversión du basion et la bascule de la région occipitale chez le type pyrénéen occidental", en *VI Congrès international des Sciences anthrop. et ethnolog.*, Paris, 1962, 1.

Algunos trabajos más: Etcheberry (1945 y 1949), Jaureguiberry (1947), Vaccaro, Stolding et Ganzarain (1948), Chalmers, Jkin et Mourant (1949), C. Elosegui, Carrion et Iraola (1949), Khérumian (1950), Nijenhuis (1956), Lauglien, Gray et Hopkins (1956-57), Goti (1967 y 1971), etc...

- W. et L. BOYD, "New Data on Blood Groups and other inherited Factors in Europe and Egypt", en *Aner, Journal of Physic., Anthropol.*, 23, 1937.
- J.M. BASABE, "Sensibilité au P.T.C. de la population basco-navarraise", en *Congrès d'Anthropologues tchécoslov.*, Brno, 1965.
- A. VALLS, "Distribución de la pilosidad digital de las manos en una muestra de población vasca", en *Munibe*, 23, 1971.

ASPECTOS DE LA PSICOLOGÍA VASCA

- OLZA ZUBIRI (Miguel), *Psicología del habitante de la ribera tudelana*; Pamplona, 1975.
- OLZA ZUBIRI (Miguel), *Estudio psicológico de una población vasca mediante la aplicación del test de Rorschach*.

PUEBLO Y CIUDAD

- VINSON (Julien), *Folklore du Pays Basque*; París, 1883.
- CARO BAROJA (Julio), *Los pueblos del Norte de la Península Ibérica*; Madrid, 1943.
- CARO BAROJA (Julio), *La ciudad y el campo*; Madrid-Barcelona, 1966.
- CARO BAROJA (Julio), *La Hora navarra del XVIII (personas, familias, negocios e ideas)*; Pamplona, 1969.
- CARO BAROJA (Julio), *Etnografía histórica de Navarra*; Pamplona, 3 vol., 1971-72.
- CARO BAROJA (Julio), *Le mythe du caractère national*; Lyon, 1975.
- CARO BAROJA (Julio), *De la superstición al ateísmo (meditaciones antropológicas)*; Madrid, 1974.
- CARO BAROJA (Julio), *Los Vascos y la historia a través de Garibay*; San Sebastián, 1972.
- CARO BAROJA (Julio), "La tradición técnica del pueblo vasco", y "Los asentamientos humanos y el pueblo vasco", en *Vasconiana*, 2ª ed.; San Sebastián, 1974.
- CARO BAROJA (Julio), *Introducción a la Historia social y económica del pueblo vasco*; San Sebastián, 1974.
- NARBAITZ (Pierre), *Le matin basque, ou histoire ancienne du peuple vascon*; París, 1975.
- SCHULTEN (A.), "Las referencias sobre los Vascones hasta 1810 después de Jesucristo", en *Revue internat d'Etudes basques*, XVIII; 1972.
- GROSSE (R.), "Las fuentes de la época visigoda y bizantina", en *Fontes Hispaniae Antiquae*, IX; Barcelona, 1947.
- VIGIL (M.) et BARBERO (A.), "Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: Cántabros y Vascones desde fines del Imperio romano hasta la invasión musulmana", en *Boletín de la Real Academia de la Historia*; CLVI, 1965.

- LACARRA (José María), *Historia política del Reino de Navarra*; Pamplona, 1971.
- LACARRA (José María), *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*; Pamplona, 1975.
- ZABALO ZABALEGUI (Fr. Xavier), *El registro de Comptos de Navarra de 1280*; Pamplona, 1972.
- CARRASCO PÉREZ (Juan), *La población de Navarra en el siglo XIV*; Pamplona, 1973.
- ECHEGARAY (Carmelo de), *Las provincias vascas a fines de la Edad Media*; San Sebastián, 1895.
- MARTÍNEZ RUIZ (J.J.), *La Pamplona de los burgos y su evolución urbana, siglos XII-XIV*; Pamplona, 1959.
- IRURITA LUSARRETA (María A.), *El municipio de Pamplona en la Edad Media*; Pamplona, 1959.
- MARTÍNEZ DÍEZ (Gonzalo), *Alava medieval*; Vitoria, 2 vol., 1974.
- CARO BAROJA (Julio), "Vitoria", en *Vasconiana*, 2ª éd., San Sebastián, 1974.
- GOROSABEL (Pablo de), *Diccionario histórico-geográfico descriptivo de los pueblos, valles, partidas, alcaldías y uniones de Guipúzcoa*; Tolosa, 1862.
- SUMADLE (Ignacio), *Historia de Oñate*; San Sebastián, 1957.
- CIRIQUIAIN GAIZTARRO (M.), *Los puertos marítimos vascos*; San Sebastián, 1951.
- GUIARD y LARRAURI (Teófilo), *Historia de la noble villa de Bilbao*; Bilbao, 4 vols., 1906-1912.
- GUIARD y LARRAURI (Teófilo), *Historia del Consulado y Casa de Contratación de Bilbao y el Comercio de la Villa*; Bilbao, 2 vol., 1913-1914 (reimpr.).
- BALASQUE (Jules), *Etudes historiques sur la ville de Bayonne*; Bayonne, 3 vol., 1862-1865.
- LAMBERT (Elie), *Bayonne*; Toulouse, 1958.
- DOUGLAS (William A.), *Death in Murelaga*, Seattle-Londres, 1969.
- GREENWOOD (Davydd J.), *Unrewarding Wealth, The Comercialization and Collapse of Agriculture in a Spanish Basque Town*; Cambridge, 1976.
- OTAZU (Alfonso de), *Haciendistas navarros en Indias*; Bilbao, 1970.
- ARPAL POBLADOR (Jesús), *Una familia en un mundo tradicional: los Garagaza de Elgoibar*; San Sebastián, 1973.
- SAGÜES AZCONA (Pío), *La Real Congregación de San Fermín de los Navarros*; Madrid, 1963.
- FERNÁNDEZ ALBALADEJO (Pablo), *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1883: cambio económico e historia*; Madrid, 1975.
- ZAVALA (Federico de), *De los Fueros a los Estatutos, Los conciertos económicos*; San Sebastián, 1976.
- SOLOZÁBAL (Juan José), *El primer nacionalismo vasco: industrialismo y conciencia nacional*; Madrid, 1975.
- LHANDE (P.), *L'émigration basque*; París, 1910.
- BAULNY (Olivier), *Les Grands Basques dans l'histoire universelle*; Pau, 1976.

LA RIQUEZA JURÍDICA

- RITOU (Etienne), *De la condition des personnes chez les Basques français jusqu'en 1789*; Bordeaux, 1897.
- DARICAU (Albert), "France et Labourd", en *Bull. de la Société de Borda*, 1906.
- DURAND (Henri), *Histoire des biens communaux en Béarn et dans le Pays basque*; Pau, 1909.
- CHAMPAGNE, *La conservation du bien de famille chez les Basques français*; Paris, 1911.
- YTURBIDE (Pierre), *Cahier des doléances de Bayonne et du Pays de Labourd pour les Etats Généraux de 1789*; Bayonne, 1912.
- ORTIZ DE ZÁRATE (Ramón), *Compendio foral de la provincia de Alava*; Bilbao, 1931.
- FOUGÈRES (Alain), *Les droits de famille et les successions au Pays basque et en Béarn, d'après les anciens textes*; Bergerac, 1938.
- ETCHEVERRY (Michel), *A travers l'histoire anecdotique de Bayonne et des pays voisins*; Bayonne, 1941.
- IRUJO (Manuel de), *Instituciones jurídicas vascas*; Buenos Aires, 1945.
- GALÍNDEZ (Jesús de), *El derecho vasco*; Buenos Aires, 1947.
- DRAVASA (Etienne), *Les privilèges des Basques du Labourd sous l'ancien régime*; Bordeaux-San Sebastián, 1950.
- ECHEGARAY (Bonifacio de), *Derecho Foral privado*; San Sebastián, 1950.
- OURLIAC (Paul), "Las costumbres del Sudoeste de Francia", en *Anuario de Historia del Derecho Español*, 1953; "La famille pyrénéenne au Moyen Age", en *Recueil d'Études... Le Play*, 1957; "L'esprit du droit meridional", en *Droit privé et institutions régionales, Etudes... Jean Yver*; Paris, 1976.
- CELAYA IBARRA (Adrián), *Vizcaya y su fuero civil*; Pamplona, 1965; "El régimen de bienes en el matrimonio vizcaíno", en *Estudios de Deusto*, XVI, 1966; *Derecho civil foral de Vizcaya y Alava*; Durango, 1976; *Comentarios al Código civil y Compilaciones Forales*, tomo XXVI, "Compilación de Vizcaya y Alava", en *Revista de derecho privado*; 1978.
- COYENETCHE (Eugène), *Onomastique et peuplement du Nord du Pays basque, XI^e-XV^e siècles*; Bourdeaux, 1966; "Instituciones administrativas del país vasco francés en la Edad Media", en *Anuario de la Historia del derecho español*; Madrid, 1973.
- MARICHALAR (Aurelio) et MANRIQUE (Cayetano), *Historia de los fueros de Navarra, Vizcaya, Guipúzcoa y Alava*; San Sebastián, 1971.
- SALINAS QUIJADA (Francisco), *Derecho civil de Navarra*; Pamplona, 4 vol., 1971.
- MONREAL ZIA (Gregorio), *Las instituciones públicas del señorío de Vizcaya (hasta el siglo XVIII)*; Madrid, 1973.
- OTAZU (Alfonso de), *El igualitarismo vasco: mito y realidad*; San Sebastián, 1973 (érudite et polémique).
- NAVAJAS LAPORTE (Alvaro), *La clasificación consuetudinaria del caserío de Guipúzcoa*; San Sebastián, 1975.
- ETCHEZARRETA (Miren), *El caserío vasco*; Bilbao, 1977.
- LAFOURCADA (Maïté), *Les contrats de mariage du Pays de Labourd sous le règne de Louis XVI, Etude juridique et sociologique*; Bourdeaux, 3 vol., 1978.
- ETCHEVERRY-AINCHART (Jean), "La transmisión jurídica de la maison basque", en *Etxea ou la maison basque*; Lauburu, 1979.

INVESTIGACIÓN DE LAS ELECCIONES

- ARDEN, *Andanzas de un veterano de la guerra de España (1833-1840)*; Pamplona, 1965.
- CORDOVA (F. de), *Memorias íntimas*; Madrid, 2 vol., 1899-1903.
- SAGARMINAGA (Fidel de), *Memorias históricas de Vizcaya*; Bilbao, 1880.
- CUADRADO MARTÍNEZ, *Elecciones y partidos políticos en España*; Madrid, 2 vol., 1969.
- LARRONDE (J. Claude), *Le nationalisme basque, Son origine et son idéologie dans l'œuvre de Sabino de Aranagoiri*; Bordeaux, 1972 (trad. esp., San Sebastián, 1977).
- CILLÁN APALATEGUI (Antonio), *Sociología electoral de Guipúzcoa*; San Sebastián, 1975.
- ESTORNES ZUBIZARRETA (Idoia), *Elecciones y partidos políticos en Euzkadi*.
- DROUIN (J.C.), "Notes sur les élections à Bayonne et à Pau de 1848 à 1870, en *Bull. de la Société des Sciences, Lettres et Arts de Bayonne*, 1970.
- CUZACQ (René), *Les élections législatives à Bayonne et au Pays Basque (de 1848 à 1969)*; Bayonne y Mont-de-Marsan, 7 vol., 1948-1973.
- MICHEU-PUYOU (Jean), *Histoire électorale du département des Basses-Pyrénées sous la III^e et la IV^e Républiques*; Paris, 1965.
- TAUZIA (Pierre), *Aspects du ralliement dans les Basses-Pyrénées (1890-1914)*; Bourdeaux, 1975.
- FOURSANS - BOURDETTE (G.), *Les conseillers généraux des Basses-Pyrénées de 1919 à nos jours (mémoire soutenu à Bourdeaux en 1969)*.
- MARTÍNEZ (Julien), *Les élections législatives de 1958 à 1967 dans la vie politique des Basses-Pyrénées* (s.l.n.d.).
- DESCAMPS DE BRAGELONGNE (H.), *La politique des Basses-Pyrénées*; Pau, 1958.
- DARRETICHE (Bernard), *Jean Errecart* (Mém. Maitrise Bordeaux, s.d.).
- BIDART (Pierre), "Les élections présidentielles de mai 1974 au Pays Basque", en *Bull. du Musée basque*, 1974.

EUSKARA

- VAN EYS (W.), *Grammaire comparée des dialectes basques*; Paris, 1879.
- CAMPIÓN (Arturo), *Gramática de los cuatro dialectos de la lengua euskara*; Tolosa, 1884.
- LAFON (René), "Basque", en *Th. Sebeok, Linguistics in Western Europe*, 1972.
- LAFON (René), "La lengua vasca", en *Enciclopedia Lingüística Hispánica*; Madrid, 1959, vol.1.
- LAFON (René), "La langue basque", en *Bull. du Musée Basque*, 1973.
- TOVAR (Antonio), *La lengua vasca*; San Sebastián, 1954.
- TOVAR (Antonio), *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*; Madrid, 1980.
- MICHELENA (Luis), *La lengua vasca*; Durango, 1977.
- ALLIÈRES (Jacques), *Manuel pratique de basque*; Paris, 1979.
- GAVEL (Henri), *Éléments de phonétique basque*; Paris, 1921.

- MICHELENA (Luis), *Fonética histórica vasca*; San Sebastián, 1961 (2ª ed., 1977).
- GAVEL (Henri), *Grammaire basque*; Bayonne, 2 vol. (le 2ª inachevé), 1929.
- VILLASANTE (Luis), *Sintaxis de la oración simple*; Aranzazu, 1980.
- VILLASANTE (Luis), *La H en la ortografía vasca*; Aranzazu, 1980.
- INCHAUSPE (Emmanuel), *Le verbe basque*; Bayonne-Paris, 1858.
- LAFON (René), *Le système de verbe basque au XVI^e siècle*; Bourdeaux, 2 vol., 1943.
- INTXAUSTI (Joseba), *Euskal aditza, Gipuzko-Bizkaierak*; Zarauz, 1960.
- EUSKALZAINDIA, *Euskal aditz batua*; San Sebastián, 1979.
- REBUSCHI (Georges), *Structure de l'énoncé en basque*, dactyl., Paris VII, 1982.
- AREJITA (A.), *Euskal joskera*; Durango, 1978.
- N'DIAYE (Genevière), *Structure du dialecte basque de Maya*; La Haye-Paris, 1970.
- ROTAETXE (Karmele), *Estudio estructural del euskara de Ondarroa*; Durango, 1978.
- YRIZAR (Pedro de), *Contribución a la dialectología de la lengua vasca*; Zarauz, 2 vol., 1981.
- MICHELENA (Luis), *Sobre el pasado de la lengua vasca*; San Sebastián, 1964.
- MICHELENA (Luis), *Apellidos vascos*; San Sebastián, 2ª ed., 1955.
- AZKUE (Resurrección María de), *Morfología vasca*; Bilbao, 2 vol., 1923.
- ALTUBE (Severo), *Erderismos*; Bermeo, 1929.
- ZAMARRIPA y URANGA, *Gramática vasca*; Bilbao, 7ª ed., 1950.
- AROTÇARENA (Sauveur), *Grammaire basque*; Bayonne, 1951.
- LAFITTE (Pierre), *Grammaire basque*; Bayonne, 2ª ed., 1962.
- GÈZE (Louis), *Eléments de grammaire basque, dialecte souletin, suivi d'un vocabulaire basque-français et français-basque*; Bayonne, 1873.
- TXILLARDEGI (Alvarez Enparantza José Luis), *Euskal gramática*; San Sebastián, 1978.
- GOENAGA (Patxi), *Gramática bideetan*; San Sebastián, 1978.
- MUJKA (José Antonio), *Perpauz vacunaren sintasia*; Bilbao, 1978.
- VILLASANTE (Luis), *Hacia la lengua literaria común*; Aranzazu, 1972.
- VILLASANTE (Luis), *La declinación del vasco literario común*; Aranzazu, 1972.
- VILLASANTE (Luis), *Palabras vascas compuestas y derivadas*; Aranzazu, 1974.
- VILLASANTE (Luis), *Sintaxis de la oración compuesta*; Aranzazu, 1976.
- VILLASANTE (Luis), *Estudios de sintaxis vasca*; Aranzazu, 1978.
- TOVAR (Antonio), *El euskera y sus parientes*; Madrid, 1959.
- MOUTARD (Nicole), "Etude phonologique sur les dialectes basques", en *Fontes Linguae Vasconum*; Pamplona, 1975 y 1976.
- TXILLARDEGI (Alvarez Enparantza José Luis), *Euskal fonología*; San Sebastián, 1980.
- HOLMER (Nils), *El idioma vasco hablado*; San Sebastián, 1964.
- ALZO (Fr. Diego de), *Estudio sobre el euskera hablado*; San Sebastián, 1961.
- AZKUE (Resurrección María de), *Diccionario vasco-español-francés*; Bilbao, 2 vol., 1905-1906 (reimpr., 1969).
- LHANDE (Pierre), *Dictionnaire basque-français*; Paris, 1926.
- MÚGICA (Plácido), *Diccionario castellano-vasco*; Bilbao, 1973.
- LAFITTE (Pierre) y TOURNIER (André), *Lexique français-basque*; Bayonne, 1954.
- HAIZE GARBIA, *Dictionnaire basque-français*; San Sebastián-Hendaya, 1972.
- HAIZE GARBIA, *Dictionnaire français-basque*; ibid., 1975.
- CARO BAROJA (Julio), *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*; Salamanca, 1945.
- PEÏLLEN (Dominique), *Lexique basque de l'anatomie (de la langue écrite à la langue parlée), morphologie et sémantique*; 1981.

- MICHELENA (Luis), "L'Euskaro-caucasien", en *Le Langage*, Paris (*Encyclopédie de La Pléjade*, tomo XXV).
- LAFON (René), *Etudes basques et caucasiques*; Salamanca, 1952.
- JOSÉ MARÍA DE LACHAGA, "La representación del tiempo en el verbo vasco"; Bilbao, 1994.

SOBRE LITERATURA

- LAFITTE (Pierre), *Le basque et la littérature d'expression basque en Labourd, Basse Navarre et Soule*; Bayonne, s.d.
- LAFON (René) y HARITSCHELHAR (Jean), "La littérature basque", en *Histoire des littératures*, III, La Pléiade; Paris, 1978.
- MICHELENA (Luis), *Historia de la literatura vasca*; Madrid, 1960.
- VILLASANTE (Luis), *Historia de la literatura vasca*; Bilbao, 1961.
- SARASOLA (Ibon), *Euskal literaturaren historia*; San Sebastián, 1970.
- SARASOLA (Ibon), *Historia social de la literatura vasca*; Madrid, 1976.
- MUJICA (Luis María), *Historia de la literatura euskérica*; San Sebastián, 1979.
- LEIZAOLA (Jesús María), *Estudios sobre la poesía vasca*; Buenos Aires, 1951.
- LEIZAOLA (Jesús María), *La "crónica" en la poesía popular vasca*; Buenos Aires, 1961.
- LEIZAOLA (Jesús María), *1808-1814 en la poesía popular vasca*; Buenos Aires, 1965.
- LEIZAOLA (Jesús María), *Romances vascos y literatura prehistórica*; Buenos Aires, 1969.
- LEKUONA (Manuel de), *Literatura oral euskérica*; San Sebastián, 1936 (2ª edición con el título: *Literatura oral vasca*; San Sebastián, 1965).
- ITHURRIAGUE (Jean), *Un peuple qui chante, les Basques*; Paris, 1947.
- ONAINDIA (Xanti), *Gure bertsolariak*; Bilbao, 1964.
- LABAYEN (Antonio María), *Teatro euskaro, Notas para una historia del arte dramático vasco*; San Sebastián, 1965.
- HÉRELLE (Georges), *La représentation des pastorales à sujets tragiques*; Paris, 1923.
- HÉRELLE (Georges), *Le théâtre comique*; Paris, 1925.
- HÉRELLE (Georges), *Les pastorales à sujets tragiques consideres littérairement*; Paris, 1926.
- HÉRELLE (Georges), *Le répertoire du théâtre tragique, Catalogue analytique*; Paris, 1928.
- MICHELENA (Luis), *Textos arcaicos vascos*; Madrid, 1964.
- ALTUNA (Francisco María), *Versificación de Dechepare, Métrica y pronunciación*; Bilbao, 1979.
- ALTUNA (Francisco María), *Bernard Etxepare, Linguae vasconum primitiae*; Bilbao, 1980.
- HARITSCHELHAR (Jean), *Le poète souletin Pierre Topet-Etchahun (1786-1862), Contribution à l'étude de la poésie populaire basque du XIX^e siècle*; Bayonne, 1969.
- HARITSCHELHAR (Jean), *L'œuvre poétique de Pierre Topet-Etchahun*; Bilbao, 1970.
- OYHARÇABAL (Bernard), *La pastorale souletine, Edition critique de Charlemagne* (th. 3^a cycle, 3 vol., 1982).

BELLAS ARTES

- ALTUNA (Jesús), *Lehen Euskal Herria, Guía ilustrada de Prehistoria vasca*; Bilbao, 1975.
- BARANDIARÁN (Jose Miguel), *El hombre prehistórico en el País Vasco*; Buenos Aires, 1953.
- FLORES KAPEROTXIPI (M.), *Arte vasco*; Buenos Aires, 1954.
- PEÑA SANTIAGO (L.P.), *Arte popular vasco*; San Sebastián, 1969.
- URANGA (J.E.) y IÑIGUEZ ALMECH (F.), *Arte medieval navarro*; Pamplona, 5 vol., 1971-1973.
- GAILLARD (G.) y LOJENDIÓ (L.M.), *Navarre Romane, La Pierre qui vire*, 1967.
- LAMBERT (Ellie), *L'architecture religieuse dans le Pays basque français*; Toulouse, 1952.
- ARRAZOLA (M.A.), *El Renacimiento en Guipúzcoa*; San Sebastián, 3 vol., 1967-1969.
- CHUECA (F.), *Arquitectura del siglo XVI*; Madrid, 1953.
- BAESCHLIN (A.), *La arquitectura del caserío vasco*; Barcelona, 1930.
- O'SHEA, *La maison basque*; Bayonne, 1897.
- YRIZAR (J.), *Las casas vascas*; San Sebastián, 1929.
- COLAS (L.), *La tombe basque*; Biarritz, 1923.
- LOZOYA (Marqués de), *Artífices vascos en América*; Bilbao, 1952.

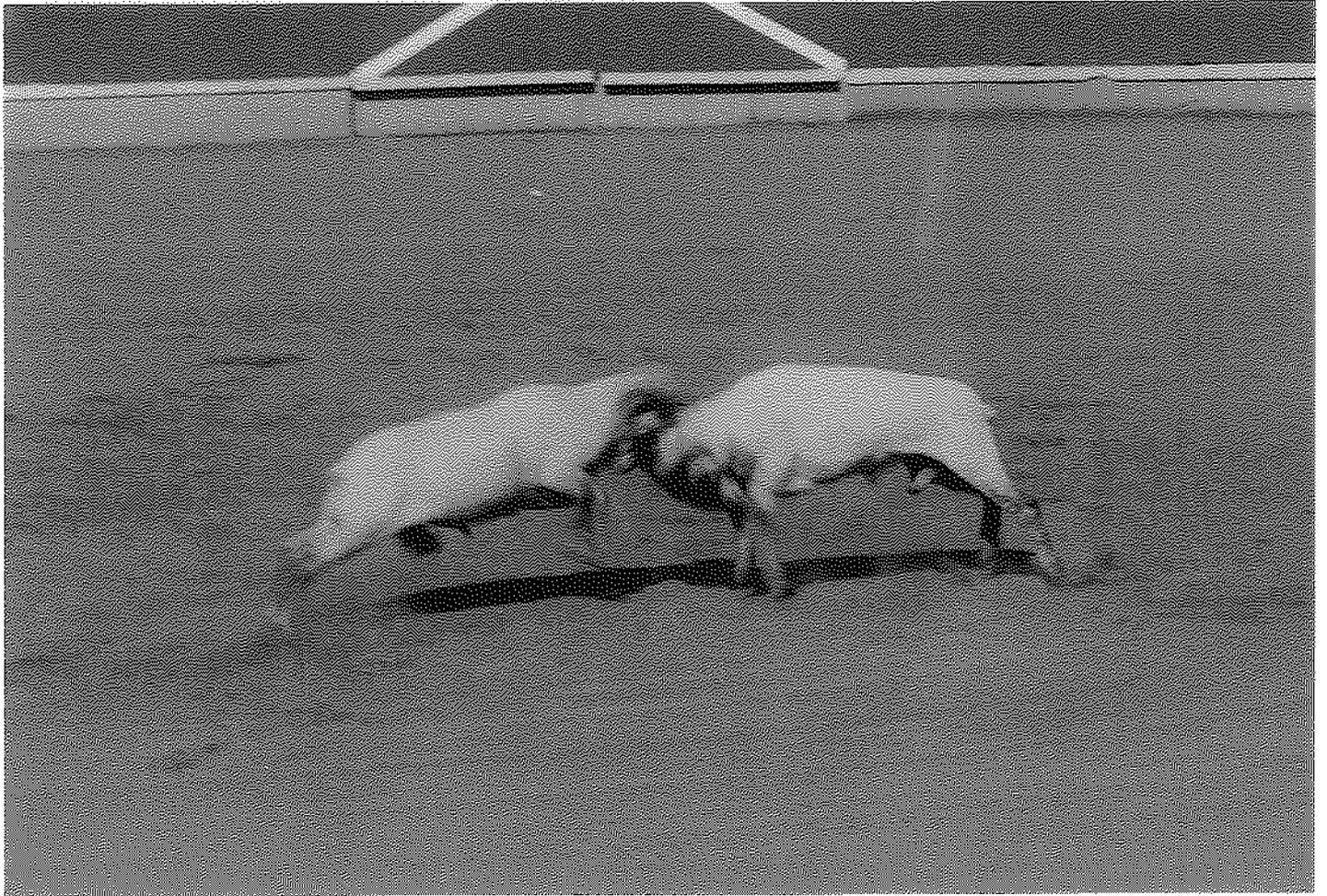
LA DANZA

- La danse basque*, Bidart, 1981 (Association Lauburu).
- OLAZARAN (Hilario de), *Mutil dantza de Baztán*; Pamplona, 1925.
- IZTUETA (Juan Ignacio de), *Gipuzkoa'ko dantzak* (Cahier de mélodies, Bordeaux, 1929).
- IZTUETA (Juan Ignacio de), *Gipuzkoa'ko dantza gogoangarriak* (danzas antiguas de Guipúzcoa ed. Bilingüe); Bilbao, 1968.
- BARANDIARÁN (Gaizka de), "Roncal, Riñón de Vasconia", en *Bol. de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, 1956.
- BARANDIARÁN (Gaizka de), "Danza de San Miguel de Cortes", en *Príncipe de Viana*, 1959.
- BARANDIARÁN (Gaizka de), *Danzas de Euskalerría*; vol. 1, San Sebastián, 1963.
- BARANDIARÁN (Gaizka de), id., vol.2, San Sebastián, 1963; vol.3, ibid., 1969.
- BARANDIARÁN (Gaizka de), "Eusku dantza de Olagüe", en *Dantzari*, 1968.
- BARANDIARÁN (Gaizka de), "Zozo dantza d'Arraras", ibid., 1968.
- BARANDIARÁN (Gaizka de), *Gizon dantza: liturgie et sens*, ibid., 1968.
- BARANDIARÁN (Gaizka de), "El zortziko en el texto de Iztueta", en *Dantzuriak*, 1971 y 1973.
- BARANDIARÁN (Gaizka de), "Catálogo de contrapases", en *Bol. de la Real Sociedad vascongada de los Amigos del País*, 1974.
- BARANDIARÁN (Gaizka de), "Sorgin dantza", en *Dantzuriak*, 1975.
- BARANDIARÁN (Gaizka de), mss.: *Dantza askatua*, "Eusku dantza nekatxena", "Ingurutxo de Leiza", "Jota de Cortes", "Vals de Cortes".
- GARRO (Bernardo M. de), "Cómo bailar el Auresku?", en *Dantzari*, 1966.
- ETXEBARRIA y GOIRI (José Luis de), *Danzas de Vizcaya*; Bilbao, 1969.

- ARGIA, "Danzas de Otxagabia", en *Dantzariak*, 1970.
- ARRAS (Francisco), "Danzas de Navarra", *ibid.*, 1972.
- IRIGOYEN (Iñaki), "Danzas de Vizcaya", *ibid.*, 1972.
- JIMÉNEZ (Joaquín), "Danzas de Alava", *ibid.*, 1972.
- SUMADLE (Iñaki), *Las danzas del Hábeas de Oñate*, San Sebastián, 1974.
- SAGASETA (Miguel Angel), "Estudio de los bailes de Valcarlos", en *Cuadernos de etnología y de etnografía de Navarra*, 1975.
- GUILCHER (Jean-Michel), *La tradition de danse en Béarn et Pays basque français*, Paris, 1976.
- GUILCHER (Jean-Michel), "Les formes basques de la danse en chaîne", en *Bull. du Musée basque*, 1969.
- GUILCHER (Jean-Michel), "Danses et cortèges traditionnels du carnaval en Pays de Labourd", en *Arts et traditions populaires*, 1969.
- CHAHO (Agustín), *Biarritz entre les Pyrénées et l'Océan*, Bayonne, 2 vol., 1855.
- SALLABERRY (J.D.J.), "Les mascarades souletines", en *La tradition au Pays basque*, Paris, 1899.
- DASSANCE (Louis), "Les sauts basques et les vieilles danses labourdines", en *Bull. du Musée basque*, 1927.
- HARRUGUET (Sauveur), "La danse en Basse Navarre", *ibid.*, 1927.
- VEYRIN (Philippe), "Le fandango", *ibid.*, 1927.
- VOGEL (Florentin), "Note sur la danse dans la région de Saint-Palais", *ibid.*, 1927.
- ALFORD (Violet), "The Basque Masquerade", en *Folk-Lore*, 1928.
- ALFORD (Violet), *Pyrenean Festivals*, Londres, 1937.
- CUZACQ (René), *La pamperruque, danse bayonnaise*, Bayonne, 1942.
- GUILCHER (Hélène y Jean-Michel), "L'enseignement militaire de la danse et les traditions populaires", en *Arts et traditions populaires*, 1970.

JUEGOS

- AGUIRRE FRANCO (Rafael), *Juegos y deportes vascos, Enciclopedia general ilustrada del País Vasco*, Auñamendi, San Sebastián, 1968.
- ABRIL (Enrique), *Dos siglos de pelota vasca*, San Sebastián, 1971.
- BLAZY (E.), *La pelote basque*, Bayonne, 1929.
- BOMBIN (Luis), BOZAS URRUTIA (Rodolfo), *El gran libro de la pelota, deporte universal*, Madrid, 2 tomos, 1976.
- BOTA, *La pelote basque, son art, ses regles, ses secrets*, Solar, 1974.
- BOTA, *Chiquito de Cambo, l'unique*, Bayonne, 1981.
- TOULET (Louis), ESKUTIN, *La pelote basque, Histoire, technique et pratique*, Paris, 1979.
- ESKUTIK, *La fabuleuse histoire de la pelote basque. 1° La Galerie des champions*, Biarritz, 1982.
- LUZE (Albert de), "Les jeux de paume et les trinquets", en *Bull. du Musée Basque*, 1930.
- LUZE (Albert de), *La magnifique histoire de jeu de paume*, Bordeaux, 1933.
- PEÑA Y GOÑI (Antonio), *La pelota y los pelotaris*, Madrid, 2 tomos, 1892.
- TOURNIER (André), *La pelote basque, ses jeux*, Bayonne, 1958.
- SEIN (Pierre) y DANIEL, *VIII° Championnat du monde de pelote basque*, Pau, 1979.



ARI-TALKA



ARI-TALKA



